



MEMORIAS DE UNO DE LOS HEREDEROS

LLAMANDO A LAS PUERTAS DEL CIELO

LEONARDO SERRA LLADRA

edición

Annotation

Silvia, estudiante de Medicina, marcha a la India para trabajar como cooperante durante el verano en un hospital ubicado en un recóndito lugar lejos del mundo. Siguiendo su instinto y su corazón, una decisión que cambiará su vida y su forma de pensar.

JORDI SIERRA I FABRA

LLAMANDO A LAS

PUERTAS DEL CIELO

PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA JUVENIL

EDEBÉ

Novela ganadora del Premio Edebé de Literatura Juvenil, según el fallo del Jurado compuesto por: Teresa Colomer, Anna Gasol, Xavier Brines, Rosa Navarro y Robert Saladrigas.

© Jordi Sierra i Fabra, 2006

© Ed. Cast.: edebé, 2006

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte

Diseño de cubiertas: César Farrés

Fotografía de cubierta: Corbis

ISBN 978-84-236-9826-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos — www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

A todos los que están en ello,

y creen en ello,
y dan incluso la vida por ello.

Cuando haces una elección, cambias el futuro.

(frase del envoltorio de un caramelo,
Medellín, Colombia)

Le habían dicho que aun antes de aterrizar, comenzaría a aprender.

Y fue verdad.

Asomada a la ventanilla del avión, con el asombro de toda iniciada, contempló la extensión de Bombay, y sus contrastes, reflejados de forma directa y contundente a las primeras de cambio. Contrastes como el del campo de golf, visto desde la breve altura por la que volaba en la maniobra de aproximación a la pista, en el que un simple seto separaba el abismo de dos mundos. A un lado hombres elegantes, vestidos adecuadamente para la ocasión, jugaban con sus sonrisas perfectas y sus ojos claros. El verdor del césped era puro en aquel espacio abierto y cuidado. Al otro lado del alto muro vegetal, en cambio, se arracimaba la miseria en forma de pequeñas, diminutas viviendas, si es que el término no resultaba demasiado eufemístico, porque se trataba de meros refugios adosados al seto, formados por cartones y restos de otras materias amontonados en un simétrico caos. Servían tan sólo para guarecerse, permaneciendo tumbado en su interior, sin ninguna otra posibilidad, pero decenas de personas se movían en su entorno vivo o se asomaban ahora por los huecos frontales para ver la proximidad del enorme jumbo que procedía de un mundo desconocido e irreal para ellos. Un mundo tan lejano como la Luna lo estaba de la Tierra.

Todo fue muy rápido.

Con ese primer golpe en la retina, después de que el aparato aterrizara, descendió y se enfrentó al segundo, el esperado.

Los olores.

—Allí todo es distinto, pero sobre todo lo son el color y los olores —le habían dicho.

Llenó sus pulmones y dio sus primeros pasos por la India.

El trayecto hasta el hotel fue una prolongación de su aturdimiento inicial. El sueño por el cambio de horario, la conmoción, la adrenalina disparada en sus venas y en su mente, el despertar y la primera inmersión en aquella cultura del abigarramiento. Vio los carteles de las nuevas películas producidas por Bollywood, con actores y actrices sonrientes que cantaban en silencio desde las alturas. Contempló las primeras vacas instaladas impunemente en medio de algunas calles a pesar de que se trataba de una gran capital. Se sorprendió con la mezcla de seres humanos medidos por un mismo patrón común pero que daban muestra de la extrema versatilidad ambiental del país.

—First visit to India? —le preguntó en un inglés chapurreado el taxista.

—Sí..., yes.

Su primer indio de ojos brillantes, bigote negro, sonrisa abierta.

El Taj era impresionante. El mayor y más lujoso hotel en el que jamás hubiera estado. Su última concesión a la comodidad antes de partir al día siguiente rumbo a su destino, primero en avión, después en coche. Frente al hotel, la Puerta de la India, con su monumentalidad, la saludó de la misma forma que saludaba a los visitantes que, antaño, llegaban por mar a la ciudad.

Fue la última sacudida.

En el momento de cerrar la puerta de su habitación y quedarse sola, recordó a Bill Murray en *Lost in translation*. Aquella imagen inicial, en la que el actor, sentado en la cama, miraba al vacío, sintiéndose tan perdido en Tokio como ella lo estaba allí.

En la película sólo era un plano, duraba apenas unos segundos.

Ella se enfrentaba a toda una noche.

Y no era más que el comienzo de su aventura.

Así que rompió a llorar, llena de miedo, de incertidumbres, de soledad, preguntándose una vez más si, lejos de hacer lo que debía, lo que sentía, no estaba huyendo de todo.

Hasta de sí misma.

PRIMERA PARTE

La diferencia entre la pobreza y la riqueza son
8 horas de vuelo y 50 años de historia.

Tomás Martí Huguet

Capítulo uno

Cuando el coche enfiló la recta final, en dirección al edificio de gobernación, hizo sonar el claxon una sola vez. Fue suficiente para que la doctora Roca saliera al exterior vestida con su blanco uniforme, una mancha de pureza en aquel contorno formado por el color ocre de la tierra y la exuberancia de la vegetación que lo circundaba.

Silvia la observó con curiosa atención.

Había oído hablar de ella, y mucho, pero ahora, por fin, la tenía delante. Le bastó un solo vistazo para darse cuenta de que las palabras no eran más que pálidos reflejos de una realidad. Su fama la precedía, pero fue suficiente con verle los ojos y mirarle las manos. Ojos determinantes. Manos de lucha.

Elisabet Roca era toda una mujer, en la mayor y mejor dimensión del término. Le calculó entre cuarenta y cinco y cincuenta años, aunque más lo segundo que lo primero. Alta, fornida, recia, mentón cuadrado, ojos limpios, cabello ya grisáceo recogido en una correcta trenza, cuerpo firme. Inspiraba fuerza. Daba credibilidad al conjunto de pequeños edificios que formaba el centro después de aquel largo camino en coche a través de la India más profunda. Casi parecía como si, de pronto, sin aquella presencia, todo aquello no fuese más que un decorado irreal.

Al bajar del vehículo se encontró con sus brazos abiertos, una sonrisa cordial de salutación y un collar de flores.

—Bienvenida al RHT —pronunció la sigla en inglés. Luego juntó sus manos, inclinó la cabeza y pronunció el saludo indio—: Namaste.

—Namaste. Gracias.

No le dio la mano. No pudo. Se vio envuelta en sus brazos y sintió la presión en su cuerpo. Una presión cálida y vital que le transmitió, en menos de los tres segundos que duró, toda la confianza que le faltaba. Al cesar se encontró con su sonrisa y aquellos ojos transparentes.

—¿Cansada?

—No —mintió.

—Deberías estarlo, a pesar de tus insultantes diecinueve años de fortaleza —acentuó su sonrisa franca—. El vuelo desde Bombay no es nada, pero todas esas horas en coche y por estas carreteras... ¿A que se te han puesto los pelos de punta?

Tuvo que reconocer que sí. Los coches, sobre todo camiones, circulaban por el centro de las angostas carreteras. En los dos sentidos. Ninguno aminoraba la velocidad hasta que el choque parecía inevitable. Entonces, como siguiendo una sincronización perfecta, cada uno se apartaba lo justo para cruzarse, dejando también lo justo entre ellos y las personas que caminaban incesantemente por los arcones, inmutables ante el peligro.

El equilibrio del milagro.

—Sea como sea, da lo mismo —el tono era conminante—. Hoy te lo tomas con calma y mañana ya veremos. Ya sé que tienes ganas de empezar y estás dispuesta a trabajar y crees que el tiempo apremia y... —movió la cabeza de un lado a otro con un deje de resignado cansancio—. Olvídate, ¿de acuerdo? Esto es un choque, un gran cambio. Primer aviso, que no consejo: calma. No vas a ayudar más por querer correr y aprovechar el tiempo. Aquí el tiempo cuenta en la medida que sirva para algo, no por la cantidad.

—Está bien.

—Te acompañaré a tu cuarto. Y fíjate bien en que digo cuarto, no habitación —miró al conductor del coche y ordenó—. ¡Equipaje!

No era mucho. Una maleta con lo imprescindible y una bolsa de mano. Pudo haberlo cogido ella, pero lo hizo el hombre, sin rechistar. Las siguió por el polvoriento suelo hasta un entramado de casitas y chozas ubicadas en la parte más frondosa y alejada del camino principal.

—Vas a estar sola —le informó Elisabet Roca—. Los bungalós son mayoritariamente de dos personas, pero ahora mismo estamos faltos de personal y siendo tu primera experiencia prefiero que goces de un poco de intimidad.

—Bien —no supo qué decir.

—Esta noche cenamos y charlamos.

Ya habían llegado. La doctora Roca abrió la puerta y ella se asomó al que iba a ser su hogar a lo largo de aquellas semanas de verano.

Cuatro paredes, un jergón con la mosquitera anudada encima, un estante, una mesa, una toalla y una silla.

—Fantástico, ¿verdad? —le presionó el hombro Elisabet Roca.

* * *

Tardó muy poco en deshacer la maleta y guardar su ropa en el estante, toda cómoda, sin ninguna prenda lujosa. Y aún menos en disponer sus utensilios de aseo a un lado de la mesa. La puerta carecía de cerradura. Pensó en darle su documentación y el dinero a Elisabet Roca, para que se lo guardara, pero al momento se le antojó que ese simple atavismo occidental la situaba fuera de la realidad.

Estaba allí para ayudar.

Y el RHT parecía el lugar más seguro del mundo.

No tenía sueño. Y se sentía excitada. Había dormido profundamente desde su llegada al Taj de Bombay. Por la mañana sólo tuvo tiempo de dar un breve paseo en taxi, caminar por la estación, comer algo y regresar al aeropuerto para tomar el vuelo hasta Mysore. El resto, las más de cinco horas en coche a través de la intensidad de la India del Sur, formaba ya parte de la primera memoria cincelada con aquel abrumador cambio. Quería desprenderse cuanto antes del último vestigio occidental, quitarse aquella piel que, de pronto, la molestaba.

Necesitaba tanto ver el exterior como ahogar su propio interior.

Desde la ventana se veía el lago, muy grande, tan plácido que el cielo azul moteado de nubes blancas se reflejaba igual que en un espejo, produciendo un efecto de duplicidad mágica. Por la izquierda, se iniciaba la amplia curva que lo cerraba por ese lado, recortando la costa frontal a poco más de un kilómetro como mucho. Por la derecha, se prolongaba en forma de habichuela, exactamente como lo recordaba en los mapas de la zona examinados con verdadera devoción en Barcelona.

Quizás pudiera ir en barca por allí.

Quizás.

Regresó a la puerta y la abrió. Se apoyó en el quicio para inspeccionar su nuevo hogar temporal con un poco más de calma. El Rural Hospital Trust lo formaban diversas construcciones amalgamadas en una amplia zona que bordeaba el lago por el sur y seguía un poco la carretera por el norte. La entrada y la explanada central dividían el conjunto en dos partes, con los edificios del hospital a la izquierda, flanqueados por improvisados jardines en los que crecían las plantas, y los comedores, cocinas y el teatrillo a la derecha. Las dependencias del personal y las oficinas, salvo la de la entrada, cerraban la U por la parte baja. Tal vez por la hora, el movimiento era mínimo. Pronto anochecería y la principal atención médica debía llevarse a cabo por la mañana, desde la salida del Sol.

Había tanta paz...

Paz en un mundo de dolor representado por la silueta del centro médico.

Silvia pensó en su casa, su habitación, sus lujos y comodidades. Y por extensión en sus padres, siempre ellos.

Oía sus voces.

Sobre todo la de él.

—¿La India? ¿De cooperante? ¿Estás loca? ¿Vas a perder todo un verano por tu estúpida vena solidaria? ¡Es aquí, trabajando, como puedes ser solidaria! ¡Allí ya van los otros, los que no tienen más remedio, pero tú...!

Los otros.

¿Por qué no se había atrevido a decirle a su padre que lo que más deseaba, aparte de seguir su vocación y su instinto, era alejarse lo máximo posible de su grandiosa estrella para respirar, para no sentirse aplastada por su peso?

Y no sólo era su padre.

También estaba Arturo.

Un verano para trabajar, pensar, formarse, aprender, cambiar, encontrarse a sí misma.

Muchos necesitaban una vida para tanto.

Ella sólo disponía de un soplo de tiempo.

Con toda la urgencia empujándola por detrás y la penumbra del más incierto futuro por delante.

* * *

La voz de su madre, a miles de kilómetros de distancia, le llegó exactamente igual que si estuviera sentada en el bungalow contiguo.

—Hola, soy yo.

—¡Cariño! —el estallido fue más emocional que sorprendente—. ¿Ya has llegado?

—Sí.

—Cuenta, ¿cómo es todo eso?

—Aún no le he tomado el pulso. Acabo de aterrizar. Ahora cenaré con ella y me contará, supongo.

—¿Qué tal es?

—Responde a la leyenda —reconoció—. Parece todo un carácter.

—Por lo menos sé que estás en buenas manos.

—Mamá...

—Lo siento, cariño —suspiró la mujer—. Tú te sentirás muy mayor y todo lo que quieras, pero para mí sólo tienes diecinueve años. A tu edad yo sólo había ido a París, Londres, Roma y Nueva York.

—Pues ya es mucho más de lo que yo he viajado —le recordó.

—Me refiero a que una cosa es viajar por Occidente y otra...

Ya habían hablado de ello, pero insistía, que para algo era su madre. Tal vez Elisabet Roca fuese todo un carácter, como acababa de decirle, pero ella, Cristina Olivella, no le iba a la zaga. Su reputación no era en vano.

—Mamá, el móvil aquí no tiene cobertura, así que no vale la pena que me llames.

—Vaya por Dios.

—Ya lo haré yo de tanto en tanto, ¿vale?

—Pero dame el número de ese lugar, ¿no?

—Mamá, es un centro médico, no están para llamadas personales.

—Tranquila que no te daré la lata.

—Bueno, sólo te lo recuerdo. Espera.

Se lo dio, y esperó a que ella lo anotara pacientemente. La última pregunta le pesó más en el alma que en los labios, pero no tuvo más remedio que formularla:

—¿Está papá?

—¿A esta hora? No, mujer. Yo me he venido antes por si llamabas.

Se alegró. Se alegró mucho. Aunque únicamente fuera para decirle hola, captaría su pesar, el resentimiento que le embargaba, aquella sensación de padre frustrado que la haría sentirse como una mala hija, capaz de torcer los designios de su voluntad de forma tan arbitraria. El eminente cirujano Rosendo Prats nunca cambiaría.

Y le temía.

Eso era lo peor.

—Bueno, dile que estoy bien. Ahora he de colgar.

—Espera...

—Mamá, hay gente haciendo cola para llamar

—mintió.

Se escuchó un profundo suspiro al otro lado de la línea.

—Cuídate, Silvia —le deseó su madre.

—Estoy bien, mamá —insistió ella—. Por primera vez en la vida estoy realmente bien, y con muchas ganas de hacer algo, ¿entiendes?

* * *

Elisabet Roca levantó su copa de vino y la mantuvo así, en alto, hasta que ella hizo lo mismo con la suya. Las hicieron entrechocar con un suave tintineo que acompañó sus sonrisas de ánimo.

—Bienvenida, Silvia —formuló la mujer.

—Gracias.

Bebieron un sorbo y dejaron las copas sobre la mesa. Ocupaban una individual, en un ángulo del comedor comunitario. La mayoría del personal era autóctono. Sabía que la observaban con curiosidad, por ser la nueva, y también por ser tan joven.

O tal vez por algo más.

—Eres muy guapa —puso el dedo en la llaga la doctora.

—No —se encogió de hombros con desagrado.

—La belleza es un don, no una carga —Elisabet Roca frunció el ceño—. Aunque hay que saberlo llevar.

—De niña me asustaban tanto con eso —hizo un gesto ambiguo—. Era como si por ser guapa ya no pudiera hacer nada más. Cuando dije que iba a estudiar Medicina, por vocación propia, no por presión de mis padres, más de uno no lo creía.

—Pero fuiste modelo.

—¡No! Sólo lo hice para recaudar fondos para una ONG.

—Entonces me han informado mal.

—¿Quién le dijo eso?

—No sé, venía con tu documentación, el currículum... —cambió de tema rápidamente—.

Cuéntame, ¿qué te pareció Bombay?

—Abrumador.

—¿Verdad? —se estremeció de placer, como si acabase de decirle algo excitante—. ¿Fuiste a la estación de tren?

—Sí.

—Tres millones de personas al día, ¿te imaginas? Es de lo más impresionante.

—No me extraña que cuando hay un accidente mueran trescientas personas. Van abigarrados, por dentro y por fuera.

—En la India todo es excesivo, la vida con mayúsculas. No hay un país con tantos contrastes en la faz de la tierra. El yin y el yang de la supervivencia, lo mejor y lo peor se dan la mano aquí. Te aseguro que enamora, salvo que no tengas ojos para ver ni corazón para sentir.

Esperó una respuesta por su parte.

—Supongo que por esa razón estoy aquí —se la dio—. Tenía la opción de ir a África, pero preferí la India.

—Háblame de ti.

—No hay mucho que contar, en serio.

—Para empezar, ¿por qué has querido venir como voluntaria?

—Lo necesitaba.

—Entonces deberías volverte ahora mismo. Aquí quienes lo necesitan son ellos —señaló el mundo detrás de aquellas mesas.

Silvia se puso roja.

—No me interprete mal, por favor.

—De acuerdo, continúa —la invitó.

—Usted sabe de quién soy hija.

—Rosendo Prats, uno de los mejores cirujanos plásticos de Barcelona. Cristina Olivella, una eminencia en su campo.

—¿Le parece poco?

—Pero has dicho que quisiste hacer Medicina por vocación, no porque ellos te presionaran.

—Mis padres no querían que fuese médico. En eso son de la vieja escuela. Pensaban que el médico tenía que ser mi hermano Jordi.

—¿Y él no...?

—No.

—¿Entonces qué esperaban de ti?

—No lo sé, no estoy muy segura. Quizás que saliera economista o algo así.

—Quedé bastante impresionada con tu expediente —afirmó la doctora Roca—. Notas altas, facilidad para los estudios, comenzaste un año antes de lo normal y encima hiciste dos cursos en uno... Será genético, imagino.

—También lo es la rebeldía. Lo que pasa es que mis padres la olvidaron en el camino, por el éxito.

—Ya veo que hay crisis generacional.

—Doctora Roca...

—¿Por qué no me llamas Elisabet?

—Gracias.

—Sigue. ¿Qué ibas a decir?

—Iba a decirle que estoy aquí porque no me veo como médico de la gente rica, ni operando a

personas que puedan pagar una millonada por ello. Seré una romántica, vale, y puede que aún crea en utopías, pero siempre he visto el mundo como un lugar necesario para todos. Un lugar en el que deseo estar aportando algo, aunque sólo sea porque yo tengo la suerte de tener algo que aportar.

—Eso es encomiable, pero todos buscamos nuestro camino en la adolescencia y la juventud, y no siempre los motivos que nos guían son los más claros. A veces más que buscar lo que se hace es huir, escapar de nuestros fantasmas. Hemos de empezar por saber el porqué de nuestros actos. Y cuando lo descubrimos, actuar de acuerdo a ello.

—¿Piensa que mis motivos no son los que creo que son?

—Es lo primero que deberás averiguar tú misma, querida. En cualquier caso, como médico y como mujer, me alegro de que estés aquí. Sé que vas a trabajar duro y que lo harás bien. Mi único consejo —puso cara de mala para agregar—: Odio darlos pero éste es necesario, es que tengas cuidado con la India.

—¿Por qué?

—Cambia a las personas. De arriba abajo. La India es poderosa, así que cuídate de ella. Y más si eres vulnerable.

Lo era.

Así que tuvo un íntimo estremecimiento, como si un soplo de aire helado le hubiese recorrido la espina dorsal, pese al calor y la humedad que le hacía tener la ropa pegada al cuerpo.

* * *

La noche era muy hermosa, y estaba preñada de silencios múltiples, porque se daba cuenta de que allí no había un solo silencio, sino una infinidad de ellos. El silencio de la jungla sureña, el del hospital, el del lago...

—¿Cuánto lleva usted aquí? —lo rompió Silvia.

—Llegué con más o menos tu edad. Hace treinta años.

—Dios —suspiró ella.

—No me quedé de inmediato. Acabé los estudios, me casé, no tuve hijos, enviudé... Pero sea como sea regresé para quedarme. Entonces no había nada de todo esto. Y no me refiero sólo al hospital, la fundación, las ONG actuales y todo lo demás. Lo que no existía era la conciencia social que nos permite trabajar ahora, todavía con muchas limitaciones, pero con plenitud. Nosotros todavía no somos la Fundación Vicente Ferrer de Anantapur, en Andhra Pradesh, que es el Estado más desértico después del Rajastán. El sur de la India es verde, pero igualmente pobre. Nosotros somos lo que somos pero cumplimos. Recibimos lo justo y, aunque siempre haría falta más, nos las arreglamos. Ayudamos en algo más que curar los cuerpos. Una parte del trabajo se encauza en la educación a través de la creación de escuelas y talleres de formación profesional; otra en las asociaciones de mujeres, que son el verdadero motor económico; también ayudamos a construir viviendas, dar semillas, darles una vida mejor a los minusválidos, abrir pozos de agua... La ecología es el camino para acabar con la pobreza. Manejamos unas cifras ridículas en España, pero impresionantes por estos lares.

—¿Como cuáles?

—Construir una escuela vale tan sólo seis mil euros, y una casa mil doscientos. Una máquina de coser cuesta sesenta. Lo malo es que en la India, veinte de cada cien personas viven por debajo del umbral de la pobreza. Hablamos de mil millones de personas que hablan setenta lenguas oficiales y

mil dialectos, que todavía tienen castas, que casan a sus hijas mediante matrimonios concertados... —su rostro se llenó de serenidad antes de continuar hablando—. No se puede entender la India, es imposible, son demasiados contrastes. Se la ama y punto. Pero supongo que eso es lo que la convierte en algo vivo, mágico. Todo lo que digas en pro y en contra es cierto. Es un país rico en recursos naturales y, sin embargo, la pobreza es endémica. Es una nación desarrollada, tecnológicamente avanzada, especialmente en lo que se refiere a informática, investigación espacial, construcción de aviones, energía nuclear y muchos otros campos. Es un país fuerte, con una renta per cápita importante. Es la cuarta economía mundial, y militarmente el tercer

país más importante. En España tenemos cuatro lenguas oficiales y andamos siempre a la greña, desconfiando unos de otros. Aquí hay una unidad que ya querríamos nosotros. En momentos de crisis se unen así —cerró el puño—, pero también hay divisiones notables. La India es todo un mundo. Todas las grandes religiones existen aquí y por lo menos tres de ellas nacieron en esta tierra. Hay gente de todos los colores y de muchas culturas, pero es la nación por antonomasia, sólida, firme. Por algo ellos la llaman «Madre India». Y sí, puede que te hable desde la pasión, pero llevo aquí demasiado tiempo como para no hacerlo. ¿Te cuento algo?

—Sí.

—En mi primera estancia, un día, al salir de un templo, me vi rodeada por un centenar de leprosos que me pedían limosna. Estaba sola, y me pillaron de improviso. Sé que la lepra no es contagiosa y, sin embargo, al verlos, destrozados por la falta de carne, sin labios, sin manos..., mi primera reacción fue echar a correr. La segunda darles algo. No corrí, superé el miedo, me quedé allí. Pero lo segundo... ¡Eran cien! ¿Qué podía hacer?

—¿Y qué hizo?

—Nada —no sonó a derrota, sino a realidad—. Pero fue mi primera lección práctica. Cambié unos dólares en monedas y, al día siguiente, regresé al mismo lugar. Los organicé y les di unas monedas a cada uno.

—Así que lo único que se necesita es orden.

—No —sonrió Elisabet Roca—. Tener esos dólares para cambiar por monedas y, por supuesto, el ánimo de querer regresar al día siguiente.

Captó la intención, pero no se echó a reír. El tema era demasiado serio.

—De niña lo pasaba muy mal —confesó Silvia—. Cuando veía las desgracias en la tele...

—Querías cambiar el mundo.

—Sí.

—El mundo no lo va a cambiar nadie —reflexionó la mujer—. Lo importante es hacer algo allí donde estemos.

—Piensa globalmente, actúa localmente —repitió el viejo lema.

—¿Tienes novio? —la sorprendió con la pregunta.

Se puso roja sin poder evitarlo.

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—Tengo a alguien, pero la palabra «novio»...

—¿Qué dice él?

—Me llama Miss ONG.

—Entiendo.

En su paseo habían llegado a la orilla del lago. Se veían unas luces al otro lado. Bajo el cielo profundamente estrellado la inmovilidad ambiental era absoluta. Silvia respiró aquel aroma embriagador. Todavía sentía vestigios occidentales pegados a su piel, pero se daba cuenta de que cuanto la empujaba hacia delante se los iba cortando, igual que una cuchilla que moldease su nueva

forma. Y era como un vértigo. En Barcelona se imaginaba a sí misma en la India vistiendo un sari de color rojo, o verde, con su tercer ojo en la frente. Allí, en su casa de Sarriá, tal vez fuese un disfraz, como cuando de niña se vestía siempre de cualquier cosa para dejar de ser ella misma. En la India, sin embargo, no había disfraz posible.

Sintió el fuerte influjo de cuanto la sublimaba hacia lo más alto.

—Esto es real, Silvia —oyó la voz de la doctora Roca a su lado—. Tenlo muy presente. Aquí la gente sufre y se muere de verdad. Tú tienes un billete de regreso. Ellos no. Ellos van a nacer, a vivir y a morir aquí.

Sabía de qué le estaba hablando.

Y todavía no había empezado a trabajar.

* * *

Cerró la mosquitera y se quedó sentada en la cama.

Las vacunas, la pastilla contra la malaria, el cambio de agua y de comida... Sabía que el cólico inicial no se lo iba a quitar nadie. Cuestión de dos o tres días. Tal vez más.

Salir de la habitación para ir al baño era toda una odisea.

Pensó en lo hablado con Elisabet Roca y, a continuación, pensó en Arturo.

Más de dos meses separados. Por primera vez. Quizás fuese lo mejor. Tomar distancia para considerar los pros y los contras. ¿Podía existir el amor entre dos personas que trataban de cambiarse la una a la otra? Si él era incapaz de ver lo que veía ella, y tratar de sentir lo que sentía ella...

Miss ONG.

Le había dolido tanto, tanto, aquella expresión.

Se dejó caer sobre la cama, boca arriba. Tendría que salir antes o después para hacer sus necesidades, de noche, cubierta de repelente de insectos. Sólo le faltaría enfermar.

Necesitaba tanto ganar aquella batalla...

Nunca había estado tan sola y, sin embargo, jamás se había sentido más feliz.

Temerosa, nerviosa, agitada..., pero feliz.

Cerró los ojos.

Por la mañana comenzaría realmente a...

Ni siquiera supo cuándo se quedó dormida.

Capítulo dos

La mano que la agitaba suavemente se detuvo al verla abrir los ojos.

—Buenos días, ¿sí?

Era una chica india, una adolescente, dieciséis o diecisiete años, aunque no era muy buena calculando edades. Vestía una gastada camisa de flores que ya hacía mucho habían perdido su brillo y una falda hasta los tobillos que se le quedó corta al menos un año antes. Su sonrisa era diáfana, dientes blancos, pero le faltaba un ojo, y eso estropeaba por completo lo que, aun así, era un hermoso rostro. Llevaba un piercing en la parte derecha de la nariz. Un pequeño punto brillante.

—Buenos días.

—Llamo Viji —se presentó—. Yo ayudo aquí. Tú nueva, ¿sí?

Hablaba un español bastante correcto dentro de lo que cabía esperar. Tan correcto o más como lo pudiera ser su inglés académico y siempre falto de práctica. Un inglés que apenas le había servido desde que puso un pie en Bombay, por la forma en que lo utilizaban ellos. Por la ventana vio el primer albor de la mañana despuntando más allá de los árboles.

—Yo soy Silvia, Viji.

—Silvia —lo pronunció haciendo resbalar la ese.

Saltó de la cama con ánimo y se acercó a la ventana. El lago era, de nuevo, un espejo. Le fascinaba. Podía pasarse horas contemplándolo. De reojo vio cómo Viji arreglaba ya la cama.

Y algo más.

No sólo era la falta de un ojo. También cojeaba.

—Deja, ya lo haré yo.

—Si haces tú, yo nada —argumentó categórica.

Silvia llevaba puestos una camiseta blanca y unos pantaloncitos de color amarillo. Viji rehuyó mirarla de forma abierta. Silvia no supo si podía molestarla con su aparente desnudez, que no era tal, pero no se había llevado ninguna bata ni nada parecido.

Y tenía que ir al baño con urgencia.

Recogió su neceser, la toalla, y se dispuso a salir al exterior. Nada más hacerlo se encontró con una figura masculina, a unos diez metros, frente a los bungalós, practicando un ejercicio de taichí. Estaba de espaldas.

Apreció su cuerpo, desnudo de cintura para arriba, bellamente moldeado por la disciplina y el trabajo tanto como por su juventud.

Y no era indio, sino occidental, como ella.

Vaciló un segundo, y eso fue suficiente. El joven se dio la vuelta y sus ojos se encontraron por primera vez. Le calculó unos veintipocos años, atractivo, cabello negro y frondoso, con una incipiente barba que oscurecía sus mandíbulas aunque todavía estaba lejos de poblárselas por completo.

Silvia se olvidó de su urgencia.

Incluso de que iba en pijama.

Una camiseta y un pantalón corto eran tan dignos y decentes como cualquier otra cosa.

El aparecido se quedó rígido, un segundo, dos, manteniendo su postura con un brazo extendido y el otro por encima de la cabeza, piernas arqueadas y el cuerpo inclinado hacia la izquierda.

—Hola, Leo —le saludó Viji por detrás de Silvia.

No hubiera sabido muy bien qué hacer de no haber aparecido Elisabet Roca en ese momento.

—Vaya —dijo con cierto entusiasmo—, veo que ya os habéis conocido.

—En realidad no —manifestó Silvia—. Acabo de salir de...

El desconocido llamado Leo caminó hasta ella. Tenía el torso sudoroso por el esfuerzo a pesar de la temprana hora. Extendió su mano derecha y nada más.

Sus ojos eran fríos, incluso duros. Sus labios formaban un sesgo horizontal que no mostraba ni alegría ni curiosidad, sólo una marcada indiferencia.

—Leo.

—Silvia.

Se estrecharon la mano, con fuerza. No rehuyó el leve pugilato y aguantó la presión de su compañero. Elisabet Roca se detuvo a un lado de los dos y los abarcó con una sonrisa de orgullo que ellos no captaron porque seguían mirándose a los ojos, desafiándose.

Todo muy rápido e intenso.

—¿Llegaste muy tarde? —le preguntó la doctora.

—A medianoche.

—¿Todo bien?

—Sí, luego paso a verla para informarle.

—Como te dije, Silvia me echará una mano personalmente —colocó la suya sobre el hombro de la chica—. Pero ya sabes que aquí todos servimos para lo que sea. Espero que seáis buenos amigos.

—Claro —aseguró él.

El tono era seco, metálico.

—Adiós, Leo. Buen día —Viji pasó muy cerca, mitad coqueta, mitad vergonzosa, hundiendo en el muchacho su único ojo mientras su cuerpo caminaba siguiendo el ritual impuesto por su cojera—.

Buen día, doctora Roca. Buen día, Silvia.

—Yo... iba al baño —recuperó su detenida urgencia ella.

—Desayunamos en cinco minutos —la apremió Elisabet Roca.

La escena se fragmentó. Viji caminaba hacia el hospital, la doctora se dio la vuelta para dirigirse a los comedores, Silvia hizo lo propio hacia el baño. El único que permaneció inmóvil fue Leo.

Sintió sus ojos duros, más y más fríos, paso a paso, hasta que entró en los aseos adosados a los bungalós.

Para entonces, la extraña animadversión que sentía la hizo preguntarse si era una reacción natural frente a la hostilidad que había percibido en él, o si se trataba de una mera cuestión de piel.

Una y otra razón la desconcertaron, porque nunca le había sucedido nada parecido.

Ni tan intenso.

* * *

Allí, el tiempo apremiaba siempre, así que no lo perdió con rodeos.

—¿Quién es el tal Leo?

—Un cooperante, como tú, pero es realmente bueno en su campo, la oftalmología. Aquí importan poco los títulos académicos, aunque sean necesarios a la postre. En muchos países del Tercer Mundo el tema ocular es prioritario.

—¿Por qué?

—¿Quieres una lección rápida? —se dispuso a dársela sin esperar su respuesta—. Verás, los principales problemas oftalmológicos en los países considerados del Tercer Mundo se derivaban de la falta de recursos, la escasa higiene o los males endémicos que asolan a sus gentes. El tracoma es uno de los más extendidos. Se trata de una conjuntivitis causada por un germen de la familia de las clamidias y transmitida por las moscas. Los bebés de pocas semanas se infectan rápidamente a partir de sus hermanos. La conjuntivitis se inflama y aparecen las legañas. Al tocarse los pequeños los ojos se sobreinfectan con otros gérmenes. Así se inicia el proceso hacia la ceguera. Las infecciones sostenidas a lo largo de la infancia y la juventud derivan en problemas adultos, con la conjuntiva llena de cicatrices, lo cual hace que los párpados se contraigan hacia el ojo y las pestañas rayen la córnea. Al final, la córnea se vuelve opaca y se pierde la visión. Para erradicar el tracoma sólo se necesita agua, higiene, lavar la cara y las manos de los niños, pero en muchas casas lavarse es un lujo, no hay jabón, ni tradición de hacerlo —dijo por concluida su lección—. Y esto es sólo un ejemplo.

—Entonces Leo ya es médico.

—No, todavía no. Tiene veintitrés años y es su cuarta visita.

—¿Lleva cuatro años viniendo aquí?

—Sí, y es probable que se quede.

—¿Cuándo termina la carrera?

—Ése es el problema —admitió Elisabet Roca—. Tiene dificultades para que le renueven la beca, y sin ella...

—¿Por qué tiene dificultades?

—Porque es de los que no se calla —la doctora sonrió con un ligero pesar—. Lo admiro por ello, pero no tener mano izquierda siempre acarrea dificultades.

—Hay gente que se pelea con todo el mundo, tenga o no tenga razón —dijo Silvia, pensando en la frialdad de su encuentro.

—Leo es una persona honrada, dice lo que piensa, y eso muchos no lo admiten. Nunca le dorará la píldora a nadie, ni siquiera para conseguir lo que más desea. Este último curso lo ha pasado mal en la facultad y puede pagar las consecuencias. De todas formas te diré algo: lo prefiero a él sin haber terminado la carrera que a otro con muchos títulos. Es decir, preferiré siempre el corazón que la cabeza, aunque debemos utilizar esta última para gobernar lo primero.

—Entonces, ¿se quedará aquí pase lo que pase?

—Creo que sí, aunque es de los que piensa que el mundo es demasiado pequeño para su ansiedad —se tomó un largo segundo para profundizar un poco más en lo que estaba diciendo—. Que no te engañe su edad, Silvia. Está curtido. Ha viajado por lo más duro de África, por Asia, pasó dos meses en el Tíbet con tan sólo diecisiete años... Es un alma libre que no admite los males de la civilización occidental.

—El clásico inconformista, en guerra con todo el mundo.

Se encontró con una mirada llena de fijeza.

—Yo no diría tanto —repuso despacio la mujer—. Tú me dijiste anoche que de niña, sentada delante del televisor, siempre quisiste salvar el mundo. Leo no pretende salvar a nadie, sólo hacer que las personas se enfrenten a los problemas, a sí mismas, y luchen por ello. Ésa es su filosofía, por otra parte tan respetable como cualquier otra. Y desde luego puedes confiar en él.

—¿Confía él en los demás?

—¿Por qué lo preguntas?

—Su mirada me ha atravesado.

—Puede que representes parte de lo que desprecia. Cuando le hablé de ti, se quedó muy callado y no me hizo ningún comentario.

—¡Estoy aquí haciendo lo mismo que él!

—Con la salvedad de que Leo es un desconocido, hijo de nadie, acosado, y aun así, capaz de darlo todo, generosamente, por sus ideales. Tú eres hermosa, tienes unos padres famosos...

—No es justo.

—Dale tiempo para que te conozca.

—¿Él a mí? ¿Y yo qué?

Elisabet Roca se encogió de hombros y dobló las comisuras de los labios hacia arriba.

—Querías hablar de Leo y es lo que hemos hecho. Ahora... ¿qué tal si empezamos a trabajar?

* * *

El vértigo, la vorágine, comenzó nada más abrirse el hospital.

Por un lado, los pacientes que ya estaban en él, curándose, respondiendo a tratamientos. Por el otro, los que formaron la larga cola del día, con sus problemas y sus urgencias. Había otra cola en la ventanilla de las medicinas, donde existía un listado con nombres y se les daban medicamentos a los enfermos crónicos. El ir y venir de unos y otros se hizo agotador ya en los primeros minutos. Y de pronto era como si la mitad de la India estuviese allí. Heridas infectadas, minusvalías que tratar, parturientas con los primeros síntomas que iban directamente al paritorio donde las enfermeras llevaban un distintivo sari azul, malformaciones dolorosas, hinchazones, picaduras, problemas oculares, y todo ello multiplicado por la pobreza, la falta de alimentos nutritivos, de agua o de higiene. La comida consistía en huevo, plátano y galletas. Todos los platos iban tapados con una red para evitar que las moscas los asaltaran. Siempre las moscas. Las mujeres con niños a los que no podían dejar solos los tenían en una improvisada cuna hecha con el pliegue de la sabana, a un lado de la cama o litera. Nada que ver con un hospital convencional. Pura imaginación y utilización máxima de los escasos recursos existentes.

No hablaron mucho a lo largo de la mañana.

No hubo tiempo.

Pero bastaba con estar allí para iniciarse rápido y aprender a una gran velocidad. Ver y escuchar. Elisabet Roca se movía con celeridad, tomaba decisiones inmediatas, valoraba con presteza a las primeras de cambio, sabiendo que no había tiempo para consultas médicas, hablaba con dulzura a quien lo necesitaba y se mostraba inflexible y categórica con quien trataba de hacerle perder el tiempo. Los enfermos la respetaban y la temían, asentían con la cabeza, se tragaban el dolor y la miraban como si fuese una diosa capaz de hacer milagros. Cuando llegó el turno de las operaciones del día, Silvia entró en la última dimensión de aquella nueva realidad.

Elisabet Roca no tenía un equipo formado por media docena de profesionales. Estaba sola. La ayudaban enfermeras indias, cualificadas, o al menos expertas en situaciones límites, algunos cooperantes de diversos países y ahora ella. Abría un cuerpo, operaba sin dilación, cerraba y cosía, se quitaba los guantes, que no iban a un cubo de basura, sino a un recipiente para ser lavados y reutilizados, y pasaba al siguiente paciente. Economía de medios. Economía de tiempo. Pero la mejor atención.

Instinto por encima de cualquier otra cosa.

—Sabía que no eras una apendicitis —hablaba ella sola, dirigiéndose al centro de su interés.

Silvia intentaba fijarse.

—Entonces...

—Tenía los síntomas, pero el cuadro no estaba completo. Fíjate: una necrosis intestinal.

Silvia vio el pequeño pliegue, una especie de aleta doblada sobre sí misma, colapsada.

—Ya que estamos en ello, le quitaré el apéndice y un problema menos.

La mañana pasó en un abrir y cerrar de ojos. Tanto que no se dio cuenta de su cansancio, por haberla pasado enteramente de pie, hasta que su superiora dio por terminada la larga y maratónica sesión de intervenciones. Sólo entonces se sentaron unos minutos en uno de los bancos exteriores, ahora libres de visitantes que esperaban su turno. Viji, atenta, les llevó dos vasos de agua fresca.

—Esta chica es una maravilla —dijo la doctora viéndola marchar—. Lástima que aquí los hombres quieran algo más que una compañera.

—No entiendo.

—Tiene dieciocho años, ya es mayor, pero nadie la quiere debido a su cojera y a la falta de ese ojo. Ha sido imposible concertarle un matrimonio, aunque sea con el más vulgar de los candidatos. Y es todo corazón, te lo aseguro. Corazón y fuerza. Está sana, es trabajadora, podría engendrar hijos fuertes... Hay países en los que una mujer no es nadie si no ha tenido dos o tres hijos antes de cumplir los veinte. Está marginada socialmente. Pero por lo menos se siente útil ayudando aquí. Los indios quieren aprender, ¿sabes? Es lo mejor de nuestra relación, su necesidad de aprender.

No había visto a Leo en toda la mañana. En aquel momento lo vio caminar hacia los comedores. Se sintió irritada hasta el punto de no querer seguir hablando de la desigualdad de la mujer en ninguna parte del mundo.

No había volado hasta allí para pelearse con nadie, ni para defenderse por ser quien era.

—Mañana conocerás al doctor Giner —le anunció Elisabet Roca.

—He oído hablar mucho de él.

—¿Y quién no? No le gusta que se lo digan pero... es una eminencia, ¿sabes? Por aquí está lo justo, porque prefiere ir a nuestros otros centros, esparcidos por la zona. Tiene cincuenta y siete años físicos pero, afortunadamente, sólo veinte o treinta mentales. Te gustará.

—Espero gustarle yo a él.

—¿Bromeas? —se echó a reír—. ¡En cuanto te vea se comportará como todos los hombres mayores ante una cara bonita! ¡Te apuesto lo que quieras a que coquetea contigo y se pavonea como un gallo a las primeras de cambio!

Silvia se puso roja como la grana.

* * *

Por la noche estaba agotada en todos los sentidos.

Y mucho más mental que físicamente.

Había estado en hospitales, había hecho prácticas incipientes, era una estudiante comprometida que no rehuía dar la cara en ningún momento, e incluso había estado en operaciones con su madre y su padre, para aprender de ellos. Pero nada era comparable con aquello, en ningún sentido. Un médico se adapta a las urgencias, el dolor y la muerte en el hospital. Forma parte de su proceso y de su propia inmunidad. Las sensaciones opresivas, el desánimo, las frustraciones se superan. Al otro lado de cada puerta está la civilización, lo que equivale a decir la coraza protectora. Allí no. Al otro lado de la inexistente puerta había más pacientes, los mismos medios escasos, los mismos ojos de la esperanza depositados en ellos.

Un día era mucho más que un lapso de tiempo atrapado en veinticuatro horas.

Representaba una eternidad.

Se tendió en la cama sin desvestirse, sólo se quitó los zapatos. El cambio de horario también le pasaba la factura obligada. Y su cólico. Se había convertido en un flujo incesante a pesar de las pastillas para reequilibrar su organismo.

Tantas sensaciones...

Se había jurado escribir un diario, cada noche, sin falta, para poder recordarlo todo a su regreso, y después, algún día, cuando tratara de recuperar tantas emociones juntas. Pero fue incapaz de volver a levantarse, y menos de hallar las fuerzas necesarias para ordenar tantos acontecimientos con el debido rigor.

Cerró los ojos.

Nada más.

Capítulo tres

Jordi era dos años menor que ella, y si algo tenía claro su hermano era que no tenía nada claro. Pese a las diferencias, se llevaban bien, se protegían, habían formado un frente común contra la «autoridad competente» representada por su padre y su madre. Jordi apoyaba su extraordinaria versatilidad para los estudios, su capacidad y su fuerza de voluntad, y Silvia apoyaba en él el derecho a no tener que decidir su futuro a la fuerza si todavía no estaba seguro de lo que deseaba. En privado, antes de irse a la India, su hermano le confesó que una vez cumplidos los dieciocho a lo mejor se tomaba un año sabático para viajar. Eso sería el próximo verano. Y no le importaba que su padre no le financiara la experiencia. Tenía dinero

ahorrado. Parte de la herencia de la abuela Agustina.

Sin saber el motivo, asoció los deseos de Jordi con lo que le contó la doctora Roca acerca de Leo y sus tempranos viajes.

No había vuelto a hablar con su compañero.

¿Era posible que... la rehuyese?

—¿Cómo es eso? Cuenta —la apremió Jordi.

—Es precioso, de verdad. Aquí el sur es verde y el norte árido, al revés que en España. Los indios del sur también son más oscuros que los del norte, de piel más negra. Pero los colores no cambian. Las mujeres llevan unos saris preciosos.

—¿Y el hospital?

—Ésa es otra historia —suspiró.

—Durillo, ¿eh?

—Bueno, ya lo esperaba. Por eso vine. Las clínicas de lujo están en Suiza.

—Y en Barcelona —bromeó él, con acidez.

—¿Cómo está el patio? —se enfrentó a los hechos.

—¡Uf! —su hermano no pudo ser más expresivo—. Yo ni me atrevo a abrir la boca.

—¿Tan fuerte les ha dado?

—Mamá no, ya sabes que es más contemporizadora. Vive y deja vivir, aunque primero dice la suya para que quede claro. Pero papá... No hay quien se le acerque estos días. Es como... si no fueras a volver.

—¿Cree que me quedaré aquí? —le sonó absurdo.

—Por llevar la contraria. Ya sabes que se siente el centro del universo. Si no se está de acuerdo con él... Ayer le oí preguntar a mamá en qué había fallado. Mamá le dijo que en nada, que el hecho de que tú tuvieras tu propia vida, y tomaras tus propias decisiones, no significaba que él se hubiese equivocado en algo.

—Cielo santo —desgranó Silvia.

—Se le pasará cuando vuelvas y cuentes tus andanzas indias, no te preocupes. Luego le saldrá todo el orgullo y hasta fardará lo suyo. ¿Es que no le conoces? Por lo menos lo que sí puedo agradecerte es que gracias a ti han dejado de meterse conmigo. Ahora el protagonismo es tuyo. De la forma en que a veces hablan es como si te hubieras ido a una guerra.

—Es una guerra, contra la pobreza, la miseria, los atavismos seculares —musitó Silvia.

—Ya me entiendes.

—Sí, claro.

—Espero que te salga todo bien —le deseó Jordi—. Recuerda que luego me toca a mí.

—¿Por qué no ha de salir bien?

—Papá cree que pierdes el tiempo y malgastas tu vida y tus oportunidades.

—¿Lo crees tú?

—Yo no me habría ido a la India, sino a Centro o Sudamérica —opinó él—. Por lo del idioma.

—Estudia Medicina y la próxima vez nos iremos juntos —le propuso.

—¿Tu quoque, Bruto?

Se echó a reír por la ocurrencia.

—Tranquilo, César.

—Oye, ¿has llamado a Arturo?

El nombre la atravesó de parte a parte.

—No, ¿por qué?

—Porque él sí ha llamado aquí, un par de veces, para saber de ti. La última cogí yo el teléfono.

—¿Y?

—Nada, pero si vuelve a llamar..., ¿qué le digo?

—Que estoy bien, que el móvil no tiene cobertura y que no puedo telefonar así como así.

—¿Habéis roto?

—No, pero no quiero hablar con él ahora.

—Vale, vale.

—Eh, que no pasa nada, pero tienes que protegerme, ¿de acuerdo?

—¿Ya te han puesto el tercer ojo?

—A ti te lo voy a poner yo, pero morado.

Le gustaba oírlo reír. De niño, cuando le hacía cosquillas, se retorció entre sus brazos hasta que los dos quedaban agotados por el esfuerzo, uno debatiéndose para escapar y la otra dispuesta a no soltarlo. De eso parecía haber transcurrido mucho tiempo.

—Ayer salí con Mariasun —cambió de conversación Jordi.

* * *

Lorenzo Giner no coqueteaba con ella, pero desde luego desparramaba toda su simpatía con la elegancia y el empaque de sus muy bien conservados cincuenta y siete años. Silvia se sentía un poco la novedad, pero también que formaba parte de una nueva familia. Elisabet Roca se acababa de convertir en su madre y, ahora, Lorenzo Giner adquiría las dimensiones de un padre. La mimaban. Pese a ser una cooperante como cualquier otra, el trato era diferente. Podía darse cuenta. Y no sabía si hubiera preferido otra cosa, una mayor privacidad, o en el fondo, le gustaba no enfrentarse a todo aquello tan sola como había creído en un principio.

Nunca había sabido hasta dónde podían llevarle sus fuerzas.

Ni siquiera si tenía las justas, más de lo normal o... muchas menos.

—Necesitábamos gente como tú, querida —le acarició la mejilla con la mano derecha, un suave roce cargado de ternura—. Gente joven, con ilusión, con la mente abierta y, al mismo tiempo, no tan anónima como para que los demás piensen que esto es cosa de cuatro locos solidarios.

—¿Así que los apellidos pesan?

—¡Pues claro que pesan! ¡Y sería estúpido cerrar los ojos a eso! —fue categórico—. Una Prats Olivella aquí. ¿Sabes lo que significa algo así? Contigo no hay equívocos. Eres quien eres. ¿Crees que el dinero nos cae del cielo? Puede que hagas más por el simple hecho de ser quien eres que por lo que aportes, como enfermera ahora, o médico dentro de unos años.

—No me diga eso, por favor —le suplicó.

—¿El qué, lo primero o lo segundo?

—Lo primero.

—Es la verdad, y la verdad hay que bendecirla porque es única. Tú aprovecha las oportunidades que te da la vida. Es una tontería querer nadar contra la corriente en mitad de un rápido.

—Va a hacer que se sienta un sponsor —le reprochó Elisabet Roca.

—¡Lo que intento decir...!

—Lo que intenta decir ya lo ha dicho, y lo hemos captado perfectamente —la doctora desplegó un protector brazo por encima de los hombros de su nueva pupila—. Ahora disfrutemos de esta perfecta noche india y no hablemos de trabajo, ¿quiere?

—¿Y de qué podemos hablar?

—De fútbol —bromeó la mujer.

—Sería capaz —fue terminante él.

—¿Puedo hacerles una pregunta?

—Por supuesto —la invitaron.

—¿Mi padre o mi madre, o alguien próximo a ellos y que ustedes conozcan, les ha llamado para pedirles que me cuiden o...?

—No —fue rápido en reaccionar Lorenzo Giner—. Estate tranquila que no.

—Visto lo que nos has dicho, más bien hubiera sido lo contrario, para que te volvieras cuanto antes

—afirmó la doctora Roca—. Y en tal caso nosotros habiéramos pasado mucho del tema.

—Vive y deja vivir —concluyó el médico.

—Gracias.

—No nos las des. Sin el voluntariado, sin lo mucho y desinteresado que hacen tantas personas, todo esto no sería posible o sería más difícil —manifestó Lorenzo Giner.

—Ser cooperante es algo más que ayudar a los demás. También es una escuela, una manera de aprender y enfrentarse a la vida, no en solitario, sino de forma colectiva, formando esto —cerró su puño derecho Elisabet Roca.

—Doctor —lo miró fijamente—. ¿Por qué ha dicho antes que puedo aportar algo como médico aquí, dentro de unos años?

—Siempre tenemos la secreta esperanza de que el futuro sea mucho mejor —el hombre se sentó en su silla y alargó la mano para volver a coger su copa de vino—. La mayoría de los médicos que viene aquí repite. Y la mayoría de los voluntarios que están estudiando luego no se olvida de todo esto. Ojalá sea así en tu caso.

Acababa de llegar y le ofrecían algo más que una carga.

Suspiró con orgullo no exento de preocupación, como si acabasen de decirle que confiaban ya en ella.

A su padre le daría un infarto.

Prefirió callar y continuar disfrutando de la sobremesa.

* * *

Silvia y el médico la vieron alejarse en dirección al hospital, a buen paso, precedida por la

agitada enfermera india que la había llamado para atender una urgencia. La noche las engulló de inmediato en la oscuridad más cerrada.

—Esto es ella —dijo entonces Lorenzo Giner, abarcando el lugar en que se encontraban.

—Pensaba que era algo más que una sola persona.

—Es distinto. Nada de todo lo que ves sería posible sin su voluntad de hierro —abarcó de nuevo el complejo hospitalario con los brazos abiertos—. Cuando llegó aquí lo hizo sin nada, con las manos vacías. Pero tenía el corazón lleno, de esperanza, de amor. Y ya ves el resultado.

—Me comentó que había perdido a su marido.

—Eso es lo extraordinario —los ojos del hombre se volvieron de cristal—. Tener el corazón lleno de amor cuando la muerte te lo ha arrebatado todo.

Se había dado cuenta de un par de detalles, miradas, gestos. Ahora lo constató. Los ojos de Lorenzo Giner seguían mirando el lugar por el que había desaparecido la doctora Roca.

Y no eran unos ojos simplemente respetuosos o admirados.

Eran unos ojos encandilados.

Silvia parpadeó mitad divertida, mitad excitada, mitad perpleja. Era buena calibrando emociones ajenas. Mala con las suyas, pero las de los demás a veces se le antojaban espejos muy claros. Lo curioso sin embargo seguía siendo su peculiar reacción infantil ante el amor adulto. Una vez escuchó a sus padres haciendo el amor, y lejos de sentirse feliz de que se amaran, al día siguiente no se atrevió a mirarles a la cara, muerta de vergüenza. La idea de que «a sus años» siguieran actuando como simples seres humanos se le atravesó. Los ojos de Lorenzo Giner formaban ahora dos fuentes muy claras. Allí, en el confín del mundo, en un lugar apartado y en el que la vida y la muerte iban de la mano, también existía el amor.

Por lo menos en una dirección.

Se quedó más y más asombrada por su percepción.

—¿Usted está casado, doctor?

Se mordió el labio por su osadía.

—Lo estuve.

La respuesta era parca, escueta, así que no insistió más. Los ojos del médico, no obstante, se cerraron tras ella y dejaron de mirar la huella de la doctora Roca.

El silencio fue breve.

—Mañana he de madrugar para irme de nuevo

—comentó el hombre—. Esto es muy grande y hay tanto o más trabajo fuera que aquí.

Fin de la velada.

* * *

Leo realizaba sus ejercicios, como cada mañana. Ni siquiera el hecho de levantarse antes hacía que pudiera evitarlo al salir del bungalow para ir a la ducha. Estaba allí, con su cuerpo espléndido, formando figuras que, en ocasiones, tenían algo de etéreo y mágico. Su compañero era capaz de sostenerse con un solo pie, levantar la otra pierna y sujetarse el pie en alto con una mano. Y sin temblar o desequilibrarse.

Por un momento se quedó perpleja ante la serenidad y nobleza de su semblante, la paz y toda la fuerza interior que destilaba.

Caminó descalza hasta los baños, se metió en uno y realizó sus abluciones. Ducha, un poco de

crema hidratante, lavado de los dientes. El cólico remitía, y ésa sí era una buena noticia, aunque todavía la molestaba lo suficiente como para impedirle llevar una vida normal. Volvió a ponerse la camiseta y el pantalón corto. Cuando salió de nuevo fue imposible realizar el camino de regreso al bungalow sin tropezar con los ojos de Leo.

—Buenos días.

No le respondió de inmediato, expulsó el aire de sus pulmones despacio, concluyendo un ejercicio, o una figura, o lo que fuera aquello, y entonces sí lo hizo.

—Hola.

Silvia no supo qué hacer, vaciló. Podía continuar caminando y punto, pasando de él, o podía tratar de entablar una primera conversación después de aquella patente animadversión del primer encuentro. Decidió que, puesto que iba a pasar allí todo el verano, y Leo formaba parte de algo más que del paisaje, lo mejor sería comportarse con normalidad cuanto antes.

—¿Haces eso cada mañana? —hizo la pregunta más obvia.

—Sí.

—¿Para qué sirve? —la segunda pregunta no era obvia, era estúpida, pero mantuvo el tipo.

—Para todo. Cuerpo, mente...

No supo qué más decir. Estaban solos. En Barcelona tenía fama de ingeniosa, de no cortarse, de saber siempre qué responder, y hacerlo de forma rápida. Allí no podía ser distinto.

¿O era por él?

Nunca había conocido a nadie como Leo.

—¿Todos esos ejercicios son corporales?

—¿A qué te refieres?

—¿Hay alguno para sonreír?

Leo se puso rojo.

—Esto no es una fiesta —dijo.

—No, claro —fue contundente Silvia—, pero sea lo que sea, tampoco es una guerra, ni un funeral, y estamos en ello, juntos.

Ahora sí lo hizo: forzó una sonrisa. La miró fijamente, a los ojos. Ella sostuvo aquella inusual penetración visual, directa, cárdena pese al vivo frío que la dominaba. Como una llama pero al revés. Llevaba

la toalla sujeta a la altura del pecho, como si de pronto la ropa con la que dormía fuese demasiado procaz. Le habían dicho que allí no tratara de llevar su intimidad hasta el terreno de lo grotesco, que se olvidara de cuanto hubiera hecho en Barcelona o en cualquier otra parte del mundo habitual. Allí no iba a ser una chica guapa, sino una mujer trabajando. Por eso era capaz de salir en camiseta y calzones, por otra parte mucho más decentes que cualquier biquini.

Y ahora se sintió desnuda, aunque él no miraba su cuerpo, sólo sus ojos.

—Estás acostumbrada a que todos te vayan detrás, ¿eh? —dijo Leo, revestido de ironía y asintiendo un par de veces.

Era una puerta cerrada.

—No sé quién te hizo daño —desgranó cada palabra como si fuera un dardo, venciendo la incomodidad—, pero desde luego lo hizo a conciencia, y tú colaboras al máximo.

Le dio la espalda y reemprendió el camino.

Esperó una frase airada, o que fuera tras ella y la atrapara, pero no sucedió nada de todo eso, aunque sintió aquellos ojos ahora hundidos en su espalda, taladrándola.

Cerró la puerta de su bungalow con cuidado. No quería dar un portazo y parecer más airada de lo que se sentía.

Al otro lado del lago, justo frente a su bungalow, había una casa medio escondida entre los árboles. Y no parecía una casa normal, sino una especie de mansión.

De noche, sus luces brillaban mortecinas.

Luego se apagaban todas menos una.

Y antes de que amaneciera, seguía encendida.

No podía dormir, así que en sus dos visitas al baño por culpa del dichoso cólico se asomó a la ventana y comprobó sus sospechas. La casa ejercía cierto hechizo sobre ella, por sus dimensiones, porque no parecía como las de los demás, ni siquiera como las mejores que había visto de camino al RHT desde Mysore. Pero la luz siempre encendida de aquella habitación, o lo que fuera...

Se preguntaba quién viviría allí.

Y por qué dejaba una luz encendida toda la noche sin tratarse del porche.

—Duérmete, o mañana será peor —se dijo.

Tenía agujetas en las piernas, pero más en el alma. Cada caso, cada persona, cada operación, curación o tratamiento, dejaba una huella en su memoria. Los pacientes de su padre o su madre, intencionados en el caso del primero y accidentales en el caso de la segunda, entendían qué les sucedía, pagaban por ello, incluso en su mayoría sonreían sabiendo que se recuperarían. Allí en cambio muchos de los hombres, mujeres o niños carecían de la mínima cultura para entender lo más elemental. No sabían por qué les dolía esto o aquello, por qué la falta de higiene les volvía ciegos, por qué sus bebés nacían con malformaciones o por qué se morían en un abrir y cerrar de ojos. Iban al hospital y miraban a la doctora Roca como si fuera una diosa capaz de hacer milagros. Las explicaciones sobraban. ¿Para qué? Un dolor de estómago o un cáncer tenían los mismos síntomas. Había tanto miedo en sus miradas...

Se revolvió en la cama.

Amanecía, y no conseguía conciliar el sueño.

¿Era por Leo? ¿Había estado todo el día nerviosa después de su inusitado pique de la mañana?

¿Por qué, de pronto, se le atravesaba a alguien de aquella forma tan fulminante y áspera?

Y lo más extraño: en quien menos pensaba era en Arturo.

Sin sentirse culpable por ello.

—Dios... —gimió comprendiendo que el día sería de lo más duro y se dormiría incluso de pie.

Capítulo cuatro

Por lo general, el número de enfermos que acudía al hospital era parecido todos los días. Entre ellos y los internados, el tiempo los devoraba igual que un escorpión devora a sus crías. Sin embargo, la norma no era fija. Aquella mañana, sin que supieran el motivo, el alud había sido mucho más denso.

—Hay días en los que todo se te atraviesa —le dijo Elisabet Roca.

Enviaron a por el doctor Giner. La red de dispensarios y centros de coordinación ubicados en los pueblos más alejados actuaba como una tela de araña que cubría la zona de la mejor forma posible. Los voluntarios se repartían también por ella. Había un francés, una italiana, un alemán, una inglesa y dos holandeses, chico y chica, pareja. En el RHT, aquellos días el personal era español e indio, bajo mínimos, Leo y ella. Mayor precariedad, imposible.

Y la sección de oftalmología estaba en la zona opuesta a donde trabajaban Elisabet Roca, ella y las auxiliares indias que colaboraban como enfermeras, así que seguía sin ver prácticamente a Leo.

Tal vez la rehuyera.

Atendían a una anciana. Podía tener cien años. Era un pergamino de cristal, menuda y quebradiza. Estaba sola, sin nadie que la acompañara. La doctora le preguntó de dónde venía. Ella susurró un nombre imposible de descifrar para Silvia. Luego agregó algo más.

—No viene con nadie, está sola —dijo Elisabet Roca.

—¿Qué tiene?

—Años —le acarició la frente con ternura—. Ha venido a morir aquí, nada más.

—Pero...

—Si vas a llorar, o a poner esa cara de espanto, es mejor que te des la vuelta ya mismo —le advirtió.

No quiso rendirse. Había estado ya a punto de desmoronarse un par de veces, siempre con niños. La situación era diferente.

—Para los dálits todo es peor —suspiró la doctora.

—¿Los dálits?

—Los parias —se lo aclaró—. De entre todas las castas y subcastas, todas ocupando un lugar determinado en la estructura social, con sus propias creencias, reglas, conductas y valores, y con un sistema jerarquizado y perpetuado desde hace miles de años, ellos son la última y más insignificante. De hecho son los sin casta, los intocables, condenados a los trabajos más serviles y humillantes. Y aquí no hay posibilidad de cambiar o mejorar o... Se nace formando parte de una casta y eso no hay quien lo cambie.

—¿Pero no lo había abolido la Constitución india?

—¿Crees que en este país las cosas cambian de la noche a la mañana, en un abrir y cerrar de ojos, porque lo diga un papel? Esta mujer no sabe leer ni escribir, y aunque supiera... Todas las fundaciones que actuamos en la India estamos luchando por mejorar esto, por hacer que los dálits se conviertan en dueños de su propio destino. Y hay que empezar ahora para que, dentro de cincuenta o cien años, los cambios sean evidentes.

Cincuenta o cien años.

La anciana atrapó una mano de Silvia. Se estremeció por el inesperado contacto. Con voz entrecortada, la moribunda musitó unas palabras incomprensibles.

—Dice que eres guapa —se lo tradujo Elisabet Roca—. Y que ella también lo fue de joven.

Sintió la oleada de piedad, la dulzura. No había visto morir a su abuela Agustina. Estaba fuera. No pudo despedirse de la persona a la que más había querido al margen de sus padres y su hermano.

Tal vez el destino buscara compensarla de alguna forma, aunque fuese con una extraña.

No tenía un solo diente.

Se aferró un poco más a su mano.

—Quédate con ella y háblale —le pidió Elisabet Roca.

—Pero... ¿qué le digo?

—Tú sólo háblale. Puede que nadie lo haya hecho desde hace años. Cuando se duerma o se muera me lo dices.

Como siempre, las explicaciones sobraban. La doctora se levantó para atender a los vivos y la dejó sola con la anciana.

* * *

Todavía sentía aquel zarpazo en el alma.

—El último suspiro, ese estertor final de paz, como si exclamara «¡por fin!», ha sido...

—Piensa algo: has hecho más por esa mujer en esta hora decisiva que la mayoría de la gente que la haya podido conocer en muchos años.

Logró esbozar una tímida sonrisa.

—Usted le busca el lado positivo a todo, ¿verdad?

—Es la única forma, cariño.

—Ya, pero...

—Mira, hace treinta años no había nada, y ahora tenemos este hospital y hemos dado muchas oportunidades a la región, de la misma forma que otros lo hacen en otras partes. Puede que te parezca el patio trasero del mundo, pero hemos dado un gran salto hacia delante. Dentro de otros treinta años, hay que suponer que habremos dado otro. Y así es como se hacen las cosas, Silvia. No hay más, salvo que el mundo dejara de armarse y destinara todo ese dinero a cultura, sanidad, investigación por la paz, alimentación...

—La utopía soñada.

—Hay que creer, siempre. Si dejamos de creer, se acaba todo. Y te diré algo: es mejor encender una cerilla que lamentarse por la oscuridad.

—Imagino que ha de adoctrinar a todos los cooperantes que pasan por aquí, ¿verdad?

—Muchos ya saben a lo que se van a enfrentar. Otros lo acusan más. Tú no eres la peor, y puedo decirte que ya has demostrado lo suficiente en estos primeros días.

—Gracias —se arrepintió de la pregunta mientras la formulaba—. ¿Y Leo?

—Leo es de otra pasta.

—Decididamente no le caigo bien.

—Dale tiempo. Que te conozca.

—Las antipatías que surgen por cuestión de piel, sin más, son difícilmente superables.

—Leo no te tiene antipatía por ti, sino por lo que representas.

—Eso no es justo.

—Demuéstraselo.

—¡Yo no tengo por qué demostrar nada a nadie!

—Pues pasa —fue directa Elisabet Roca.

—¿Cómo puedo pasar si por aquí no hay nadie más?

—Mira —reflexionó sobre lo que iba a decir—, que yo sepa, Leo sólo cedió una vez, justo antes

de venir a la India hace cuatro años. Se enamoró, y lo hizo como suelen hacerlo las personas generosas y apasionadas: con todas las de la ley, sin concesiones, al cien por cien. Por esa razón, cuando ella le falló, cuando no quiso seguirle y se echó atrás en el último momento, se hundió. No tanto como para ser arrastrado por el torbellino, pero sí lo justo para quedar marcado, porque no hay nada que marque más que el gran amor de la adolescencia o de la juventud, sobre todo si sale mal, Silvia.

—Así que odia a las mujeres.

—No, al contrario. Odia la impotencia, la resignación, la sumisión. Por eso lucha, para seguir siendo él mismo. Si le quitan su beca se queda sin parte de su vida. Tú eres hija de quien eres hija, representas el... no sé, llámalo poder si quieres. ¿Qué hace un ama de casa con cuatro hijos, que ha engordado veinte kilos, que se siente fea y frustrada, cuando ve por televisión a esas modelos y actrices tan glamurosas, sonrientes, a las que todo parece ir bien? Más de una le echa la patata que está pelando al televisor. ¡Es así!

—No soy una niña pija jugando a ser cooperante.

—Lo sé, y él también acabará por saberlo.

—Pero mientras...

No iba a terminar la frase. No era más que una exclamación. De todas formas el diálogo quedó interrumpido de forma abrupta al aparecer Lorenzo Giner por la puerta, despeinado y sudoroso por el esfuerzo que le suponía haber tenido que echar a correr.

—¡Ha habido un accidente en la carretera, dos autocares! —anunció—. Vamos a necesitar toda la ayuda posible.

—¡Válgame el cielo, qué día! —gimió Elisabet Roca, saltando la primera de su silla.

* * *

La última ronda, el último herido.

Toda una noche en vela.

Lorenzo Giner se dejó caer, derrengado, sobre las escaleras de la entrada del hospital. La madera gimió por el impacto más que por su peso. En cualquier

hospital del mundo más o menos civilizado, había equipos, escáneres, instrumental preciso. Allí no. Operaciones sencillas en cualquier otro lugar se convertían en milagrosas y complejas intervenciones a vida o muerte, cara o cruz. Ni siquiera había tiempo para considerar pros y contras. De todas formas, nadie pondría una demanda ni se quejaría. Ninguna viuda o madre o hermana los acusaría de negligencia o de no haber hecho lo máximo.

Cada vida salvada era un grito.

Y por fortuna, había más gritos que lágrimas.

—Debes de estar agotada —el hombre le dirigió una mirada de afectuoso ánimo.

—Tengo diecinueve años.

—¿Y qué? Las personas de diecinueve os cansáis igual. ¿O me estás llamando viejo?

—Usted no es viejo.

—Ya lo sé. Faltaría más —alzó las cejas con el peso de la evidencia—. Antes se era viejo a los sesenta. Ahora la vejez empieza a los setenta y muchos, y dependiendo de los achaques y la salud.

—Usted parece de hierro.

—Todo está aquí —se tocó la frente.

—Se olvida de esto —ella se tocó el corazón.

—Oh, vamos —le sacudió la mano por delante y puso cara de desagrado—. Ése es un órgano sobrevalorado, aunque está bien que a tu edad todavía creas en él.

—No me venga con ésas —logró hacerla reír.

—Yo soy presidente del Club de Fans del Lado Izquierdo del Cerebro —predicó lleno de orgullo.

—Creía que por su edad lo era del Club de los Corazones Solitarios —le pinchó.

—¡Ah, mis Beatles! —el doctor sonrió melancólico—. Cuando mataron a Lennon acabaron con mi juventud. Luego, al morir Harrison...

De pronto se le antojó tan vulnerable... Fuerte, lleno de carácter, sin duda inteligente, capaz, maravilloso, pero tan y tan vulnerable.

Como lo estaban todas las personas enamoradas.

No se atrevió a preguntarle, aunque lo deseaba.

¿Por qué un hombre y una mujer, solos, en un extremo del mundo, permanecían en silencio cuando al menos uno de ellos estaba enamorado de la otra?

—Anda, vete a dormir un rato —le pidió Lorenzo Giner.

—Estoy bien.

—Vete, ¿quieres? Déjame aparentar que te rindes antes y así podré irme yo con mi dignidad y mi orgullo incólumes.

Le obedeció. El camino hasta su bungalow se le antojó largo y cuesta arriba. Por lo menos Leo no estaba en mitad del patio haciendo sus ejercicios de taichí.

—Buenos días —le deseó.

—Buenas noches —dijo él, cerrando los ojos.

* * *

Había dormido todo el día.

No la llamaron ni siquiera para comer. Después de tantas urgencias a lo largo de veinticuatro horas, la mañana había sido plácida. El equilibrio natural de la vida. Despertó a media tarde, ayudó en lo que pudo en la ronda final, y al concluir la cena lo único que necesitaba era dar un paseo.

Por la orilla del lago.

Se encontró con Viji inesperadamente. No iba sola. La acompañaba una niña, una adolescente. Se parecían como dos gotas de agua, con la diferencia de que la niña era preciosa, sin mácula, un rostro angelical orlado por unos ojos enormes y una sonrisa pura.

—Hola, Silvia —le mostró el placer de verla y el orgullo de anunciarle—: Ésta es hermana mía, Narayan.

—¿Cómo estás, Narayan?

—No habla nada español.

—¿Inglés?

—Tampoco.

—¿Y tú cómo hablas tan bien mi idioma?

—Gracias —mostró orgullo por el halago—. Doctora enseña desde muy niña y aprendo bien. Yo trabajo aquí siempre después ella me cura —se tocó la pierna con la que cojeaba.

Narayan parecía absorta mirándola. Sobre todo el pelo, la tersura de su piel, y también las manos, todavía cuidadas.

Le cuchicheó algo al oído de su hermana mayor y ella se echó a reír, poniéndose una mano

delante de la boca, como si tuviera los peores dientes del mundo.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber Silvia.

—Pregunta dónde está marido tuyo.

—¿Marido? ¡Yo no tengo marido! —se escandalizó.

Se lo tradujo a Narayan. Su rostro fue de incredulidad. Volvió a musitar algo y Viji repitió su carcajada.

—Dice que eres muy mayor para estar sin marido, que si nadie quiere a ti.

—¡Tengo diecinueve años! —ella también se echó a reír.

—Narayan trece, pero se casa ya, pronto.

—¿Va a casarse?

—Pronto, sí.

—¿Cómo...? —se detuvo casi a tiempo.

Casi.

—Familia ha concertado muy buena boda, sí.

No hacía falta preguntar mucho más. Por lógica, la concertación era ajena a Narayan. Vería a su marido, al hombre con el que debería pasar el resto de su vida, el mismo día de la boda. Y esa noche dejaría de ser una niña para convertirse, de golpe, en una mujer.

Bendita India.

Pensó en el problema de las esposas quemadas. Los padres de la novia aportaban una generosa dote, tras la boda se iba a vivir a casa de él, con toda la familia de su marido y, por lo general, se convertía prácticamente en una esclava de su suegra. Azotes y palizas, para «educarlas», estaban a la orden del día. Muchas jóvenes esposas sufrían «accidentes» hogareños, morían abrasadas, y entonces el viudo podía casarse de nuevo, y recibir otra generosa dote por parte de los padres de su segunda esposa. Durante años, pese a la vigilancia policial y la severidad de la ley, decenas de mujeres morían así en la India, impunemente.

En Occidente Narayan habría estado en la escuela, los chicos suspirarían por ella, se enamoraría...

«No juzgues con ojos occidentales», le habían dicho.

Pero ¿cómo podía juzgar si no?

¿Sabía Narayan algo del amor?

¿Y ella? ¿Lo sabía ella?

¿Quería a Arturo?

—¿Sucede cosa a ti? —Viji se extrañó de su seriedad.

—No, perdona, me había quedado absorta.

—¿A...sorta?

—Con la cabeza en otra parte —intentó explicárselo.

Viji abrió su único ojo.

—Cabeza lejos y cuerpo aquí vas manicomio —se preocupó.

—Yo no iré al manicomio, tranquila. Tendrían que encerrar a media España, puede que a medio mundo.

Sabía que a veces lo que decía resultaba incomprendible para ellos, así que no continuó. Dejaron de andar y se sentaron en el suelo, de cara al lago. Al otro lado de las aguas brillaba ya la sempiterna luz de aquella casa misteriosa, como un faro en la noche.

—¿Quién vive ahí? —preguntó de pronto.

Y Viji pronunció por primera vez aquel nombre:

—Mahendra.

De niña había leído a Hermann Hesse. Siempre le habían gustado los nombres indios, pero desde que se sumergió en Siddharta le sonaron todavía más a música. En labios de Viji, aquel nombre adquirió resonancias sinfónicas.

—¿Mahendra?

—Es rico —lo anunció como si fuera la definición perfecta y ya no hubiera nada más que agregar.

—¿Ah, sí?

—Todo esto suyo —alargó el brazo y abarcó el lago y las tierras en las que se asentaba el hospital.

—¿Todo?

—Sí. Y más.

—¿Quién es Mahendra?

—Hombre casta superior —lo dijo con respeto—. Nunca sale palacio desde tragedia. Había que arrancárselo todo palabra por palabra.

—¿Qué tragedia? —insistió.

—Mahendra casa con bella princesa Pushpa. Muchos años atrás. Ellos tienen vida feliz. Tres hijos, dos varones, una niña. En palacio —miró las luces al otro lado del lago— gran felicidad, siempre música, y fiestas. Hasta día de tragedia, hace cinco años.

—¿Qué pasó?

—Mueren Pushpa y tres hijos.

—Dios —tragó saliva.

—Desde accidente, Mahendra no sale casa. Vive encerrado. No necesita trabajar, no trabaja —lo justificó con toda naturalidad—. Es persona muy inteligente, muy culta. Estudió en Inglaterra y Estados Unidos. Pero no toma segunda esposa —esto último lo agregó como si no acabara de entenderlo.

—¿Qué edad tiene?

Hizo la pregunta, una vez más, desde su perspectiva occidental. Creía que Viji le hablaba de un hombre maduro, de cuarenta o cincuenta años.

—Treinta años.

Mahendra lo había perdido todo a los veinticinco, una vida entera.

Sintió una extraña congoja. Aquellas tierras, el lago, hasta el mismo aire que respiraban, formaban de pronto una extensión del alma atormentada del otro lado de las aguas.

Aquella luz...

Como si Viji le leyera el pensamiento, dijo:

—Luz es santuario en honor de Pushpa y sus hijos.

Narayan volvió a decirle algo a su hermana al oído, como si Silvia pudiera entender su idioma. Las dos se echaron a reír con ostensible felicidad mirándola con picardía.

—¿Se puede saber qué pasa? —frunció el ceño.

—Nada, sólo broma.

—Cuéntamelo.

Viji estalló en una nueva carcajada.

—Cuéntamelo —la apuntó con un dedo conminante.

—Narayan pregunta si es tu pecho —logró decir haciendo un esfuerzo por contener su risa.

—¡Claro que es mi pecho! —se miró los senos inclinando la cabeza.

—¡En Occidente todas mujeres operadas grandes pechos! —Viji hinchó los carrillos y puso sus dos brazos abiertos por delante de su cuerpo, como si abarcara unos enormes senos.

—¡Eso no es cierto!

También se echó a reír. Y las acompañó a las dos. Ni siquiera luchó contra la maldita propaganda, leyenda o lo que fuera aquello. Tampoco hizo nada cuando Narayan extendió su mano, con inocencia, y le presionó el pecho, para confirmar lo que decía.

Sus risas se expandían en el silencio de la noche como una suave brisa.

* * *

Tenía que enfrentarse a sus fantasmas, y el primero era hablar con Arturo, aunque no quería llamarlo por teléfono. No estaba preparada para tanto.

La tensa frialdad del adiós...

Y sin embargo se lo debía. Por lo menos explicarle algo, el viaje, sus primeras impresiones, el trabajo, la forma en que deseaba relacionarse con la vida, el presente, el futuro, sus esperanzas. Hablarle a una persona por carta era muy diferente a hacerlo de viva voz. Por carta los sentimientos siempre fluían de una forma más libre, no había interrupciones, ni unos ojos capaces de alterar el flujo de lo que se sentía. Por carta el monólogo era interior. Estaba segura de que si todas las parejas, cualquier enamorado, pudiera comunicarse al menos una vez por carta con la otra persona, las relaciones serían más fáciles y mucho más intensas. Una carta obligaba al desnudo completo. Por lo menos si era sincera.

Claro que nunca había escrito una carta de amor.

Y lo que menos deseaba hacer era una carta de amor.

Se mordió el labio inferior. Si utilizaba el correo electrónico del RHT, Arturo le respondería y eso

crearía una dependencia. Pero si le mandaba la carta por correo tal vez tardase demasiado.

De momento comenzó a escribirla.

Podía decirle que el correo electrónico del RHT era para emergencias y urgencias, y que no podía utilizarlo de forma habitual, ni recibir en él mensajes particulares, porque además lo leerían otras personas...

Su mano se aferró al bolígrafo y comenzó a dejar un rastro armónico sobre la hoja de papel...

«Querido Arturo, por fin puedo escribirte unas líneas para contarte cómo están yendo las cosas hasta ahora en este confín maravilloso del mundo en el que la vida cobra una nueva dimensión...»

Quería hablarle del viaje, de la llegada, de la doctora Roca y del doctor Giner, del hospital, de sus primeros días ayudando como cooperante, pero de pronto su corazón latía muy rápido. Sin saber exactamente por qué.

—Por Dios, le quieres, y él a ti, a pesar de las diferencias... —suspiró.

Lo intentó de otra forma. Ordenando lo que deseaba decirle. En una segunda hoja de papel escribió algunas frases:

«Cuando me llamaste Miss ONG me hiciste daño, mucho daño. Sabías cómo herirme y no te cortaste. Comprendo que estuvieras rabioso, que te doliera que me marchara todo un verano en lugar

de hacer planes y pasarlo juntos, pero no acepto que ni por un momento trataras de entenderme y ver a través de mis ojos o sentir a través de mi corazón. Nunca he sido como las demás. No quiero serlo. No me interesa», «Para ser felices como pareja, antes hemos de crecer individualmente, y es lo que estoy intentando hacer, saber quién soy, cuál es mi camino», «Teníamos algo, juntos, y creo que aún lo tenemos. Pero tal vez esta separación nos venga bien para reflexionar, no acerca de nuestros sentimientos, sino acerca de quiénes somos y qué queremos», «Sé que no te lo dije antes, que no te avisé. Reconozco mi culpa en eso. Pero también sé que no me habrías dado ninguna opción, y yo necesitaba irme, salir de casa, de mi ambiente que a veces me asfixia y me oprime. Necesitaba justamente eso para encontrarme a mí misma, limpiarme, ver el color de mis sueños», «¿Acaso dudas de que te quiero? ¿Qué te dicen mis ojos cuando se asoman a los tuyos? ¿Y mis labios cuando te besan?...»

Se quedó mirando esta última frase unos segundos.

No supo si tacharla o no.

Tampoco supo si romper la hoja, entera, o continuar.

Y a pesar de todo, sin estar segura de acabar mandando aquella carta o copiar el texto y enviarlo por correo electrónico, siguió escribiendo, como terapia, para vaciarse por completo y hablar consigo misma.

Capítulo cinco

Lo más hermoso de aquellos primeros días era la plena confianza que había adquirido con Elisabet Roca. Más que una relación laboral, entre ellas germinaba ya un profundo afecto que las convertía casi en madre e hija. La madre que Silvia necesitaba estando tan lejos de casa, y la hija que la doctora jamás había llegado a tener. Los sentimientos también eran comunes, la medicina, la entrega en favor de los más necesitados, el amor por la vida en medio del campo de batalla contra la muerte que representaba el hospital.

Habían llegado tres cooperantes más, una danesa y dos alemanes. Pero de momento la relación era mínima, máxime cuando los dos alemanes eran pareja y apenas si se les veía fuera de las horas de trabajo. Las comidas, siempre rápidas, o las cenas, mucho más agradables, las compartían ambas hablando sin cesar, tanto de los problemas cotidianos como del mundo que quedaba más allá de su espacio común. España era un sueño lejano.

A veces se les sumaba Lorenzo Giner, y entonces...

No era el caso de esa noche.

—En cuanto podamos, quiero enseñarte algo más que esto.

—Me gustaría.

—Piensa que cada área operativa cubre unos treinta o cuarenta pueblos, y que tenemos trabajadores sociales para el programa de educación, para el de la mujer, para el de los discapacitados, para el de cuencas hidrográficas, para el de ecología, para el de vivienda... Es mucha gente la que está implicada.

—Vi el organigrama antes de venir, la división por regiones, la situación de los hospitales, los servicios de apoyo y todo lo demás.

—Cuando regreses a casa puedes ser una perfecta emisaria para conseguir más cosas, desde dinero a nuevos voluntarios pasando por materias primas o mucha más concienciación con lo que estamos haciendo aquí. Mal que te pese, tu círculo de amistades es importante.

—No me pesa. Lo entiendo.

—No nos iría mal que algunos médicos se pasaran por aquí. Y tampoco les iría mal a ellos.

Silvia pensó en su padre y en su madre.

El maravilloso Rosendo Prats que cobraba miles de euros por estirarle la piel a las octogenarias que se resistían a envejecer.

—¿Puedo preguntarle algo?

—¿No crees que ya sería hora de que me tutearas?

—No sé —se sintió ligeramente nerviosa.

—Adelante.

—De acuerdo, gracias.

—¿Cuál era la pregunta?

—¿Qué opinas del doctor Giner? —se atrevió por fin.

—Es un gran hombre.

—Me refiero como persona.

—Es un gran hombre —repitió la mujer.

Silvia contuvo la respiración y se lanzó a tumba abierta.

—¿Sabes que está enamorado de ti?

—Por supuesto —Elisabet Roca alzó las cejas.

—¿Ah, sí?

—¿Crees que una mujer no capta esas cosas?

—Yo creía...

—Hace tiempo me pidió que nos casáramos.

—¿En serio? —apenas pudo creerlo.

—Estamos aquí los dos, prácticamente solos.

—Es lo que yo pensaba —dijo Silvia—. ¿Y por qué le dijiste que no?

—No le dije que no, pero tampoco que sí.

—¿No os necesitáis?

—Necesitar a alguien es una cosa, y amarlo otra. Todavía estoy en ello, así que... ¿Recuerdas lo que te dije de que aquí la palabra prisa tenía otro significado? Pues bien: no hay prisa, a pesar de que a tus insultantes diecinueve años les parezca que mis cincuenta son un pasaporte directo para la tumba.

—No pretendía...

—Tranquila —le puso una mano en el brazo—. Tu romanticismo es perfecto, y me gusta que me lo hayas preguntado, aunque sólo sea para removerme la conciencia. A veces me olvido de mí misma, ¿sabes?

El contacto fue más afectuoso. Le guiñó un ojo y eso fue todo.

Elisabet Roca se levantó y Silvia ya no pudo seguir hablando del tema.

* * *

Viji y Narayan se habían convertido en sus inseparables sombras. La esperaban, se hacían las encontradizas con ella, la seguían o se colocaban a su lado para hablar de lo que fuera, de la India o España, de la inminente boda de Narayan o lo que hacía Silvia en su casa. A veces las preguntas eran picantes, intencionadas, así que las respuestas buscaban un mayor comedimiento. Viji reía siempre. Era la felicidad plena cabalgando en la inocencia de su sencillez. Narayan era todavía más curiosa. Su situación de «novia» y más aún de «futura esposa», le confería un rasgo diferencial con respecto a su hermana mayor. Viji la quería, pero en ocasiones en ella aleteaba la sombra de la envidia más humana. Una tarde en la que Narayan se puso a bailar, para mostrarle sus dotes, Silvia vio aquella profunda tristeza y un enorme poso de amargura en el único ojo y el semblante de Viji. El baile que ella jamás podría realizar debido a su cojera. El marido que jamás tendría debido a su defecto facial, a no ser que aceptara cualquier cosa, un anciano, un viudo, alguien que pudiera convenirle.

Un apañó.

Pero por encima de los enfermos a los que trataba y atendía, de quien más aprendía además de Elisabet Roca era de ellas.

Aquella tarde el trabajo había terminado antes tras un día mucho más apacible de lo normal, y la puesta de sol, las luces, la belleza de la naturaleza formaban un embriagador conjunto que se hacía irresistible. Cuando Viji y Narayan surgieron como sombras a su lado, no se resistió a compartir con ellas su soledad.

—¿No hay ningún bote por aquí?

—No —dijo Viji.

—Pero si hay un lago por fuerza ha de haber botes.

—Él no deja.

—¿Quién?

—Mahendra.

—¿Por qué no deja que se navegue por el lago?

—Pushpa y sus hijos se ahogaron en él.

—¡Oh, Dios! —miró hacia el lago con aprensión.

—Cadáveres niños aparecieron. Pushpa nunca.

La aprensión se hizo pesadilla.

El lago era algo más que una tumba y un sudario.

—Mahendra volvió loco, y muchos hombres pasaron días y noches buscando a Pushpa —concluyó Viji—. No encontraron. Mahendra casi hizo desecar lago, pero ni él pudo llegar a tanto y lago continuó aquí.

Narayan habló con su hermana. Estaba especialmente guapa, con un sari rojo y verde, brillante, y un collarcito dorado rodeando su tobillo izquierdo. Las dos iban descalzas.

—Dice que vayamos a palacio.

—¿A casa de Mahendra? —se extrañó Silvia.

—No problema, y es bonita. Mahendra vive solo en parte de atrás. Hay un criado, pero él deja que súbditos acudan a presentar respetos. Jardín muy bonito.

Le picaba la curiosidad. Un palacio. El misterio de su personaje. Ni siquiera había hablado de ello con Elisabet Roca. Se sentía como si transgrediera un pasado envuelto en una tragedia oscura.

—No está lejos, ¿verdad? —buscó la silueta de la mansión entre los árboles de la orilla opuesta.

—No, muy cerca. Vamos.

Se pusieron una a cada lado, la cogieron de ambas manos y tiraron de ella.

* * *

Tenía otra idea de lo que pudiera ser un palacio, sin duda influenciada por sus cuentos infantiles o por las películas de Walt Disney. Pero para Viji y Narayan era lógico que lo fuese. La casa era enorme, grande e impresionante, y mostraba su estética hindú tanto como la dejadez que la envolvía, como si el tiempo hubiese empezado a trenzar la patina de la edad por encima de aquellos muros gastados y descoloridos. Y no sólo se trataba de la casa. El jardín también era una selva en la que nadie, desde hacía años, se preocupaba de cortar y podar las plantas, arrancar las malas hierbas o cuidar los parterres de flores. Justo a ambos lados de la entrada, con la verja abierta de par en par, vio dos estanques completamente cubiertos de nenúfares. Las primeras ranas anunciaban con su croar la inminencia del anochecer. Una fuente central mostraba su sequedad, con la piedra picoteada igual que si una erosión implacable la hubiese ido menguando. Allí, en otro tiempo más glorioso, quizás hubiera vivido alguno de los viejos maharishis de la India eterna, la que formaba parte de tantas leyendas antes de que Gandhi hubiese conseguido el milagro de la independencia en 1947, cortando tantos años de yugo y esclavitud británica.

—¿Gusta?

—Mucho —reconoció Silvia.

—Ven —tiró una vez más de ella.

El embarcadero quedaba a la derecha. Ninguna barca o bote en él. Las aguas del lago, eternamente quieto, como si quisieran preservar el cuerpo de la mujer que yacía en su fondo, formaban un espejo de plata. No sólo era el tiempo el que se había detenido. La vida también parecía suspendida en el espacio, atrapada entre dos segundos eternos.

El silencio era mucho más impresionante que ningún otro escuchado jamás por ella.

Porque el silencio se oía.

En el corazón.

—¿Dices que viene gente por aquí?

—¿No ves puertas abiertas? Traen flores, prenden velas. Pushpa era muy querida. Una vez año lago se llena de flores y luces en su honor.

—¿Adónde vamos?

Rodeaban la casa por la derecha. Las ventanas estaban cerradas. La de la luz siempre encendida estaba en el segundo piso. Silvia levantó la cabeza pero no pudo ver nada. Al terminar la pared comprendió el motivo de que Viji quisiera enseñarle aquello. Por la parte de atrás, que en realidad era la principal y la más hermosa, se abría una enorme extensión de jardín, como la mitad de un campo de fútbol. Imaginárselo con el césped cortado, lleno de personas en una fiesta o

con una gran mesa para celebrar una comida fue sencillo. El tono magnificante se hacía más fuerte en la fachada del palacio, con cuatro grandes columnas, la puerta y las ventanas trabajadas con mimo, esculturas de leones y elefantes, siempre con la trompa hacia arriba, como mandaban los cánones.

—Deberíamos irnos —le asaltó un ataque de sentido común.

Una vez había leído que, en la guerra, había dos palabras que definían las derrotas: «Demasiado tarde».

Supo que lo era para ella cuando escuchó aquella voz, en inglés.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

* * *

Pudo echar a correr, siguiendo a las despavoridas Viji y Narayan. Pero a diferencia de ellas, ni era una niña ni tenía por qué esconderse sin dar la cara. Avergonzarse, sí. Lo otro no. El sobresalto la dejó sin habla apenas uno o dos segundos, el tiempo de volver la cabeza y encontrarse con él.

No podía ser el criado, sino el propio Mahendra.

—Lo siento, yo...

Era de mediana estatura, muy indio, cabello negro y brillante, ojos vivos y orlados con aquella punta de intensidad que los hacía parecer húmedos o enrojecidos, labios carnosos, tez oscura. Si pensaba que los príncipes o los adinerados vestían a la usanza del país, se equivocaba. El dueño de la casa llevaba unos pantalones de color crema, tan planchados como si se los acabase

de poner hacía un minuto, una camisa marrón colgada por encima de ellos y unos impecables zapatos blancos.

Silvia no llevaba uniforme. Vestía con la comodidad habitual que la caracterizaba, vaqueros y una blusa. En modo alguno tenía aspecto de turista. Mahendra no tuvo que preguntar de dónde venía.

Sí quién era.

—¿Hablas inglés?

—Sí.

—¿Cómo te llamas?

—Silvia.

—Silvia —repitió él.

—No era mi intención...

—Viji y Narayan Lakthi son buenas chicas, pero impertinentes, por la edad —sonrió con cierta

melancolía—. ¿De qué país eres?

—España.

—No hablo bien español —lo dijo en castellano antes de volver a hacerlo en inglés—. Y la doctora Roca no tiene tiempo de enseñarme. ¿De qué parte de tu país vienes?

—Barcelona.

—Juegos Olímpicos —sonrió un poco más y mostró la perfección de sus blancos dientes—. Yo era muy niño.

No supo qué más hacer o decir. Seguía quieta, como un pasmarote, mientras él la observaba con minuciosa atención desde lo alto de la escalinata formada por tres escalones. La vergüenza se apoderó un poco más de su ánimo.

—Perdone —se excusó una vez más—. Ya me voy.

—No, espera —la detuvo antes de que pudiera dar un paso—. Ven.

No entendió la propuesta.

—Sube —repitió Mahendra.

No parecía un hombre habituado a ser desobedecido. De todas formas, pudo ser la orden, el gesto con la mano, pero también la renovada sonrisa o la invitación más explícita, la de sus ojos.

Se sintió atrapada.

—No quisiera molestar.

—Y yo no quiero ser un mal anfitrión. Invitada o no, estás aquí. ¿Una limonada fría?

La palabra «limonada» le hizo sentir una súbita sed.

¿Cuánto hacía que no se tomaba una?

—Puedo volver otro día —se resistió por última vez.

—Otro día es mucho tiempo —hablaba un inglés refinado, británico, tal vez aprendido en Oxford o Cambridge—. No seas tonta, Silvia de Barcelona, España. La jornada ha terminado. Y es pronto para cenar, ¿verdad?

Subió los tres escalones. Él la esperaba arriba. Cuando se detuvo delante de él, Mahendra unió sus manos e inclinó la cabeza. Silvia hizo lo mismo. Los dos pronunciaron la expresión ritual: Namaste. De cerca era todavía más singular. Su atractivo era especial, dulce, y su semblante transmitía paz, una relajación absoluta. Ella era un poco más alta que él, uno o dos centímetros tal vez.

—Bienvenida a Pashbar —la invitó a que cruzara el umbral de la casa.

* * *

Caminaron por el pasado, porque sin duda el interior del palacio pertenecía al pasado, no al presente, y mucho menos al futuro. Apenas si había muebles y sus pasos resonaron por las salas vacías como si arrancaran viejos ecos dormidos de sus paredes. Con las ventanas cerradas, la sensación de olvido se hacía mucho más fuerte. La penumbra confería a cada sombra una dimensión propia. Y pese a todo, allí no flotaba

el dolor, tan sólo la nostalgia. Bastaba con imaginar el esplendor de antaño para recuperar su vida.

No se detuvieron hasta llegar a una habitación diferente del resto, una biblioteca o sala de lectura. Allí había dos butacas, una mesa, y tres de las cuatro paredes estaban repletas de libros. En la cuarta reinaba una ventana abierta por la que el aire circulaba libremente.

—Espera aquí, Silvia —la hizo entrar él—. Voy a por tu limonada.

—Gracias.

—Doy por supuesto que sabes mi nombre.

—Sí, señor Mahendra.

Sonrió burlón y sus ojos chisporrotearon con viva alegría.

—¿Señor?

—Mahendra.

—Eso está mejor —asintió—. Sí, mucho mejor. Bien.

La dejó sola y serenó su ánimo otra vez. Era una intrusa, estaba loca, se dedicaba a irrumpir en mansiones ajenas siguiendo a adolescentes indias aún más locas que ella, pero el dueño de la casa no parecía ni un viudo angustiado ni un feroz hombre dispuesto a cuidar de su intimidad con el máximo celo.

Y sentía aquella curiosidad...

La fascinación de cualquier occidental ante los misterios de Oriente.

Miró los libros. No eran viejos, heredados de uno o dos siglos antes. Allí había algunas de las mejores obras de la historia, pasada y reciente. Stendhal, Faulkner, Steinbeck, Tagore, Kafka, Tolstoi o Hemingway junto a Toni Morrison, Paul Auster, García Márquez o Neruda. Cogió el Canto general de Neruda y lo abrió. Era una versión en inglés. La primera sorpresa fue ver la firma del propio poeta en la primera página.

—Es uno de mis favoritos —escuchó la voz de su anfitrión.

—Pero es mucho mejor en español —respondió ella—. Deberías aprenderlo, aunque sólo fuese para leer esto.

Dejó el libro en su hueco. Sobre la mesa esperaba una jarra de limonada y dos vasos. Mahendra los llenó y le entregó uno a ella. Luego aguardó el brindis.

—Bienvenida.

—Gracias.

Bebieron un sorbo. Estaba fresca, helada, pero sobre todo era buenísima. La mejor limonada que había tomado en mucho tiempo. Dio un segundo trago y un tercero. El líquido bajó por su cuerpo vivificándose. Sintió los ojos de Mahendra fijos en ella, sin disimulo.

—¿Puedo preguntar algo en compensación por el allanamiento de morada? —bromeó.

—Sí, claro —lo acompañó en su sonrisa con timidez.

—¿Qué te han contado de mí?

—Pues...

—La verdad —la apuntó con un dedo—. No habrías venido a ver Pashbar si no tuvieras curiosidad.

—Me dijeron que vives solo, con un criado, que las tierras en las que se asienta el hospital y el lago son tuyas, que llevas años recluido sin apenas salir...

—Cierto —admitió.

—¿No te aburres?

—Tengo negocios, pero los dirijo desde aquí

—apuntó con un dedo al piso superior—. Estamos en la era de Internet y el correo electrónico.

—Claro —apuró su limonada con otros dos largos sorbos.

—¿Eres enfermera?

—Estudio Medicina.

—¿Cooperante?

—Sí.

—¿Te hablaron también de Pushpa y de mis hijos?

—Sí —reapareció la sensación de intrusa.

—Ven, Silvia de Barcelona, España.

Dejó su vaso sobre la mesa e hizo que ella dejara el suyo. La tomó del brazo sólo para guiarla fuera de la habitación. Luego la precedió por otra enorme sala hasta lo que debía de ser la entrada por el lado de la verja exterior. Allí nacía una doble escalinata que conducía al piso superior. Silvia no hizo preguntas, le siguió y punto. Una vez arriba vio un pasillo con media docena de puertas a cada lado. Mahendra entró por la primera de la izquierda.

Otra gran sala.

Y en ella, vacía salvo por una butaca que ocupaba su centro, cuatro retratos, tres correspondientes a los dos hijos y la hija del dueño de la casa.

El cuarto...

—Pushpa —se limitó a decir Mahendra.

Silvia abrió la boca, y su mente, y su alma.

No sólo se trataba de su belleza, de su magia, de lo que el pintor había captado, con tanta fuerza que era como si el retrato fuese real, de carne y hueso.

Era mucho más.

Porque allí, salvando las distancias, estaba ella misma.

Un parecido tan asombroso que cortaba el aliento.

—Se lo hicieron cuando tenía diecinueve años

—dijo Mahendra.

Su propia edad.

* * *

Tenía tantas ganas de hablar con ella que apenas si pudo esperar el momento propicio.

—He estado en Pashbar.

Elisabet Roca la miró con sorpresa.

—¿Quieres decir...?

—Ha sido fortuito, pero sí, con él.

—Vaya.

—¿Es todo lo que se te ocurre decir? ¿Por qué no me habías hablado de Mahendra? —no reprimió su excitación.

—No se me ocurrió.

—¡Vivimos en sus tierras, todo esto es gracias a su generosidad! —señaló el hospital.

—La de su difunto padre.

—¡Siguen siendo sus tierras!

—Parece que te ha impresionado —calculó mirándola de soslayo.

—¡Dios, es...! —no encontró las palabras adecuadas—. Ese hombre perdió a su mujer y a sus hijos, vive ahí, encerrado, es inteligente, encantador...

—Fascinante —puso la expresión adecuada.

—¡Sí, fascinante! ¿Sabías que me parezco a su mujer de una forma que pone los pelos de punta?

—No, eso lo ignoraba.

—No podía creerlo. Estaba allí, frente a su retrato, mientras él me hablaba de su dulzura, de lo maravillosa que era, de lo felices que fueron... Y lo hacía con naturalidad, hablando con la ternura de

quien ha vivido el verdadero amor.

Elisabet Roca no dijo nada. Se dejó caer sobre una silla, como si intuyese que aquello iba para largo.

—Perdona —se recuperó un poco Silvia—. Es que creía que estas historias sólo sucedían en las películas.

—No es una historia de película —repuso la doctora—. Desde luego Mahendra Pravash es un hombre singular, por su linaje, por su cultura, por haberse casado con una auténtica princesa hindú, por su tragedia...

—¿Es cierto que es rico?

—No del todo. Tener unas tierras o vivir en ese caserón no equivale a ser rico, por lo menos no como lo imaginaríamos en España, forrado de millones. Digamos que la suya es una de tantas familias venidas a menos. Pero tampoco es pobre. Lo bueno es que hace mucho por la gente, ayuda de verdad, su educación occidental le ha hecho ver los problemas de su país desde fuera. Pero a raíz de la muerte de su mujer y sus hijos se encerró en Pashbar y tiró la llave de la puerta, del mundo entero. Adoraba a su esposa y a sus hijos. Es difícil entender cómo no se volvió loco cuando los perdió a los cuatro de golpe. En cinco años sólo he hablado con él dos veces. En cambio antes...

—La casa debía de estar llena de vida, ¿cierto?

—Era más que vida, cariño. Era pura luz.

—Me ha pedido que vaya a verle —plegó los labios asaltada por las dudas—. ¿Crees que debo hacerlo?

—¿Por qué no?

—¡Me parezco a su mujer!

—¿Crees que vas a vivir una novela romántica?

Era una estupidez. Mahendra había sido encantador, sólo eso. Para él también debía de ser una novedad. Una mujer joven y guapa con la que hablar. Una inesperada compañía. La primera en cinco años.

—Es que ha sido todo tan...

—Fascinante, ¿recuerdas? —recuperó su primera expresión—. Las mil caras de la India.

—Pareces tomártelo a broma.

—No, en absoluto —lo dijo con paciente serenidad—. Pero me basta con verte para saber que algo te ha sacudido las entrañas. Y a mis años no deja de sorprenderme la naturaleza humana. Mahendra, lo que representa, su gran amor, su historia... Todo forma un cóctel lo bastante explosivo como para que se te haya despertado la imaginación y lo más fuerte: la curiosidad. Lo único malo puede ser que te implique demasiado, porque tú eres de las que se lanza a la piscina sin ver si hay agua, querida.

—Tampoco es eso.

—Entonces... —Elisabet Roca se puso en pie—. Por si acaso ten cuidado —le lanzó una mirada final, cargada de dudas—. No trates de penetrar en su mente, porque no podrás. Es lo único que puedo decirte.

—¿Por qué?

Ya estaba andando. Ni volvió la cabeza cuando le dijo:

—No se entienden diez mil años de tradición e historia en diez semanas, cariño.

La niña había ingresado la tarde anterior, pero era la primera vez que ella la veía. Era menuda, unos siete u ocho años, quizás nueve, y muy bonita, con cara de muñeca, labios delicados, cabello ensortijado. Al detenerse a su lado y encontrarse sus ojos, los de la paciente se abrieron como platos. Silvia pensó que tal vez fuera la primera blanca que conocía, además de la doctora Roca, o que quizás le sorprendiera su pelo, el color de sus ojos...

—Hola —le sonrió.

No entendió lo que le decía, pero se quedó quieta cuando la pequeña alzó una vacilante mano y le acarició el rostro, como si quisiera comprobar que fuese auténtico.

—¿Cómo te llamas? —le devolvió la caricia.

—Sahira —escuchó una voz a su espalda.

Volvió la cabeza y se encontró con Leo.

No supo qué decirle. Expresiones como «Te veo poco» o «¿Cómo estás?» se le antojaron obsoletas. El aparecido no la miraba a ella, sino a la niña. Su rostro tenía aquella extraña seriedad tintada de amargura.

La pequeña le sonreía.

Leo le dijo algo en su lengua. La niña sonrió aún más. Sus ojos pasaron de él a Silvia. Musitó otra palabra incomprensible y el oftalmólogo asintió.

—¿Qué ha dicho?

—Que eres muy guapa.

—Ella también.

Leo la miró fijamente. Se sintió como si la atravesara de parte a parte.

—Va a morir —fue escueto.

Esperaba cualquier otra cosa. No aquello. Lo consideró como un disparo a su conciencia, con ánimo de hacerle daño. No era una información, al menos no como él lo había dicho. Era como si la culpaba de algo, incluso de aquella tragedia.

—Escucha...

—No puedo —se apartó de su lado—. Tengo trabajo. Pero quédate con ella un rato. Parece que le gustas.

Toda su ira quedó en el centro de su mente, formando una nube compacta. Se desvaneció en el momento en que Sahira volvía a tocarla, cogiéndola de la mano.

Capítulo seis

Leo realizaba sus ejercicios, como cada mañana, puntual, flexible y hermoso como una figura de marfil animada. Toda la animadversión que sentía en respuesta a la mostrada por él hacia ella desaparecía en momentos como aquél. La plástica de la escena era singular. Además, le costaba aborrecer a alguien sólo por el hecho de no caerle bien, sin más, sin que existieran otras razones. Había algo en el interior de los ojos de Leo que mostraba un gran dolor, la contención de una rabia que, sin saber por qué, ella lograba sacar a flote.

Estaba harta de tener aquella piedra en el zapato de su nueva vida.

Primero hizo lo habitual, salir, sin hacer ruido, para no interrumpirle, ir al baño y completar su aseo de cada mañana. Después regresó a su bungalow y se vistió. Leo continuaba sus ejercicios, de espaldas. No quería discutir con él en inferioridad de condiciones, y su casta ropa de dormir, a fin de cuentas, aunque sobria, era eso, su pijama. Cuando estuvo en condiciones, regresó al exterior y se sentó en el escalón superior a la espera de que finalizara su tabla de taichí, o como diablos se llamaran los ejercicios en aquella disciplina china.

En una de las figuras, Leo acabó viéndola.

Eso acabó de descentrarle por completo. Se detuvo.

—Sigue, puedo pagar la entrada —dijo ella.

Leo se cruzó de brazos, como habría hecho cualquier chica insegura tratando de disimular sus senos.

—¿Cuánto llevas ahí?

—El tiempo suficiente para saber de una vez que eres un buen tío que finge ser un borde, y lo hace a conciencia.

—Así que eres psicóloga.

—No, y contigo no me hace falta. Eres transparente, ¿sabes?

Fue a dar media vuelta. Silvia lo detuvo.

—Te estoy hablando.

—Tengo trabajo.

—Ven aquí —le ordenó.

—¿Qué?

—No se deja a una chica con la palabra en la boca. Si quieres discutir, discute. Y si quieres pelea, peleemos. Pero no te largues como haces siempre después de soltar sapos y culebras por la boca.

—Oye, oye...

—No, oye tú —Silvia se levantó para estar a su altura—. ¿No te caigo bien? Perfecto. No pasa nada. Pero no me has dado ni una opción, ni tanto así —unió el dedo pulgar y el índice de su mano derecha—. A las primeras de cambio me catalogaste, me pusiste un letrero y adiós. Ni siquiera te molestaste en averiguar quién soy, qué hago aquí, por qué he venido a hacer exactamente lo mismo que tú: cooperar. No sé qué clase de médico eres o serás, pero incluso tú has de saber que eso no es justo.

—¿Te crees tan importante? —el sudor empezaba a caerle por el cuerpo, formando regueros—. ¿Piensas que eres el centro del universo y que todo el mundo ha de montarse una película contigo nada más verte?

—Tú te la has montado.

—No es cierto.

—Sí lo es. Hija de médicos famosos, chica rica, caprichosa, que en lugar de irse a Bali de

vacaciones se viene a la India para tener «nuevas experiencias»

—entrecomilló las dos últimas palabras con dos dedos de cada mano—. Todo lo contrario que tú, chico pobre, con problemas, vocacional, entregado, sufridor... El resumen es claro: tú eres maravilloso y yo soy una mierda. ¿Me dejo algo?

Le había dado a conciencia, de forma inesperada, y donde más podía dolerle. Ella misma se sentía sorprendida. Jamás hubiese hecho algo parecido en Barcelona. Si alguien pasaba de ella, ella pasaba de él y punto. Allí en cambio le molestaba. Necesitaba...

Esa palabra, «necesitar», hizo mella en su ánimo.

—Tú no sabes nada de mí —Leo estaba furioso.

—Ni tú de mí —mantuvo sus armas en alto—. Eso es lo injusto. Y no me importaría si no fuera porque estamos aquí, solos, perdidos, y quizás sea algo más que un lujo despreciarnos por nada.

Por un instante creyó que él iba a estallar, que seguiría la discusión, que reventaría de una vez y soltaría todo lo que llevaba dentro y le oprimía el estómago. Fue un espejismo. Estaba dispuesta a limpiar el suelo que pisaban.

Leo no.

Todavía no.

Apretó los puños, recogió la toalla del suelo aunque no se molestó en secarse el sudor, le lanzó una última mirada y se fue.

Esta vez, Silvia no lo detuvo.

Era la primera ocasión en la cual su mirada no se revestía de animadversión, sino que transmitía sentimientos mucho más íntimos y profundos a través de un resquicio abierto en su coraza.

Sentimientos como la inseguridad, el desconcierto..., y el miedo.

* * *

Había flores en la entrada, recientes, hermosas. Estuvo a punto de recoger una para ponérsela en el pelo. Decidió no romper la armonía de la ofrenda y cruzó el jardín por entre los estanques llenos de nenúfares. La sensación, con sólo estar allí, dentro de los muros del palacio, ya era distinta, como si la verja, por más que estuviese abierta, fuese una frontera. La paz se modelaba en el aire, creaba invisibles figuras llenas de armonía. Sentía como si sus pensamientos pudieran adquirir forma.

Venció la irresistible tentación de dirigirse al

embarcadero. Habría sido como hollar la tumba de

Pushpa. Desde que sabía que en el fondo del lago reposaba la princesa muerta, lo contemplaba con otros ojos. Incluso entendía su quietud, la placidez de sus aguas siempre inmóviles. Además, él podía verla desde las ventanas superiores.

Subió la escalinata y penetró en la casa. No se oía nada. El silencio era absoluto. No supo qué hacer, si dar voces, a la espera de ser oída, o si caminar hasta que fuese descubierta. Una y otra forma de aparecer se le antojaron inciertas, por más que Mahendra hubiese dicho que sería siempre bien recibida.

Sólo pensaba en él, así que se asustó al ver aparecer a un hombre por su derecha. Iba descalzo, de ahí que no lo hubiera oído acercarse, y vestía con una trasnochada elegancia india, falda blanca, camisa de un verde oscuro muy brillante y turbante tocado con

un adorno plateado. Su bigote era el más frondoso y cuidado que jamás hubiese visto, redondeado por arriba y con las puntas en alto, después de que el pelo descendiese por ambos lados con suma

elegancia.

—Señorita Silvia —lo dijo en inglés, dando por supuesto quién era, mientras se inclinaba ligeramente.

—Yo...

—Mahendra me ha dicho que es usted siempre bien recibida en esta casa, y que ni siquiera debo anunciarla salvo que sea la hora de su baño o sus rezos.

—¿Y ahora, se está bañando o rezando?

—No. Suba —se inclinó de nuevo y le mostró la escalinata que ascendía al piso superior.

Silvia inició la ascensión. Cuando llegó a su destino lo primero que percibió fue un intenso olor a sándalo. La puerta de la sala de los retratos estaba abierta, así que se encaminó hacia ella. Al asomarse a su interior no vio a nadie, aunque el sándalo quemaba media docena de varillas allí, cerca de la butaca situada frente a las imágenes, en cuyo asiento había un libro y unos folios.

No pudo resistir la tentación.

Caminó hasta la butaca y vio que el libro, abierto y boca abajo, era el Canto general de Neruda dedicado por su autor. Los folios, impresos de Internet, contenían el Canto general en español.

Sonrió.

No quería mirar el retrato de Pushpa, pero lo hizo. Llegó hasta la puerta de la sala y se detuvo, vencida, atrapada por aquella magia. Un imán poderoso incapaz de ser resistido. Tal vez todas las chicas de diecinueve años se parecieran en los retratos hechos por los pintores más sensibles. Pero la mujer cuya imagen colgaba de la pared era india. Llevaba cinco años muerta.

Su sonrisa, su belleza pura e inmaculada...

Abandonó la sala sintiéndose una intrusa y buscó a Mahendra.

Lo encontró en una terraza exterior, la que daba al jardín por la parte de atrás, inclinado sobre la balaustrada, con la mirada perdida en el lago. Vestía igual que si estuviese a punto de salir para acudir a una cena o una fiesta, cuidado, elegante, tal vez negándose a la debilidad, resistiendo, sabiendo que cuando se vive solo en una casa cargada de nostalgias y recuerdos, siempre se acaba cediendo a la pendiente del ocaso.

* * *

La limonada seguía siendo excelente, la mejor que recordase haber tomado jamás.

Ya era su segundo vaso.

—¿Dónde la consigues?

—Pankaj es quien la hace.

—Entonces te robaré a Pankaj cuando me vaya.

—No podrás —sonrió—. Lo hicieron con este palacio. Si lo separas de él, morirá.

—Así que lleva contigo desde siempre.

—Sirvió a mi padre. Me vio nacer y crecer. No sé lo que haría sin su ayuda.

Silvia miró los árboles que proyectaban las primeras sombras del atardecer. Sentados en el jardín, en torno a una mesa de hierro pintada de blanco, con

herrajes barrocos y muy sobrecargados, bajo una improvisada carpa de lona, la escena tenía reminiscencias de viejas películas como Pasaje a la India. Allí estaban el indio guapo y la europea insegura. La única diferencia era que ella no vestía como las damas de comienzos del siglo XX, sino con la mayor de las naturalidades. Incluso se había descalzado para pisar la hierba y tenía los pies

debajo de su trasero, en cuclillas, una de sus posiciones preferidas. Mahendra le había mirado mucho los pies al hacerlo. Los tenía bonitos y lo sabía, pero era el primer hombre que se los miraba y se los admiraba sin ocultarlo, aunque con el debido recato.

Todo en él era control.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

Su silencio fue una invitación tanto como el leve asentimiento de su cabeza, pero su rostro se tensó ligeramente. Silvia comprendió que esperaba algo relacionado con su familia.

—¿Por qué no vas nunca al RHT?

Mahendra pareció aliviado.

—No puedo hacerlo —dijo.

—¿Por qué?

—Allí la gente muere. Es un lugar de dolor. No quiero ver la muerte. Ya no.

—Yo diría que es todo lo contrario, un lugar de curación, de esperanza. Ese hospital está en tus tierras.

No consiguió una nueva respuesta. Los ojos de su anfitrión estaban fijos en ella, aunque no eran inquisidores ni expresaban otra cosa que no fuera la satisfacción de tenerla allí. La misma paz del jardín, la que fluía de la casa, se extendía a través de él y de su mirada. Mahendra sí podía pasar por un indio fascinante de Pasaje a la India.

Era un indio fascinante.

—Huyes y te escondes —se atrevió a decirle, con un punto de maleducada osadía.

—Es posible —concedió él—. Pero el que huye siempre va de un lado a otro, y el que se esconde es

inencontrable. Yo estoy aquí. Tú me has encontrado.

—¿No te gusta viajar?

—No.

—Ni conocer personas, no sé...

—Aquí tengo cuanto pueda desear.

No se atrevió a seguir. Probablemente era la primera mujer que estaba allí desde la muerte de su esposa. Y tal vez la primera visita. De la misma forma que entre Leo y ella todo había comenzado mal, con Mahendra era justo lo contrario. Parecían viejos amigos. Existía un nexo, una corriente empática. Eran tan distintos el uno para el otro que eso les acercaba.

Y la curiosidad formaba parte de lo más intenso de la naturaleza humana.

—¿Puedo preguntarte yo algo personal?

—No tengo secretos —Silvia abrió las manos mostrando inocencia.

—¿Qué hace alguien como tú en un lugar como éste?

—Ayudar.

—¿No hay necesitados en tu país?

—Es distinto.

—La pobreza es igual en todas partes.

—¿Te sorprende que esté en la India?

—Me sorprende que alguien como tú, joven y hermosa, dedique su tiempo a esto.

—Ser joven y hermosa no significa nada. ¿Qué pasa, que sólo pueden venir las mayores y feas?

—No quería decir eso —se excusó.

—Lo sé, perdona.

—No, soy yo el que debe pedirte perdón por mi grosería. Me parece fantástico que estés aquí, Silvia de Barcelona, España.

—Creo en lo que hago, ¿sabes? —meditó un segundo la forma de continuar, sin hacer caso de la sonrisa de Mahendra—. Siempre deseé ser médico, y no sólo porque mis padres lo sean. A veces temo que la vida se me pase demasiado rápido, sin hacer todo lo que quiero. Y otras que sea inútil, lo cual para mí sería terrible. No quiero llegar al último suspiro sin haberme vaciado antes, sin saber que mi paso por la

tierra ha merecido la pena. Quiero morir saciada, y éste, por desgracia, es un mundo que necesita que muchas personas se sacien por él.

—¿Tienes prometido? —señaló sus manos libres de anillos.

—No.

—¿No? —mostró una cierta incredulidad.

—Debo parecerte una vieja de diecinueve años, vale —movió la cabeza de un lado a otro—. Pero tú sabes que allá es distinto. La gente se casa a los treinta.

—Eso lo sé. Mi sorpresa se debía a que no puedo creer que nadie se haya interesado por ti.

—Interesar se han interesado muchos —no lo dijo con petulancia—. Otra cosa es que yo sea fácil.

Se dio cuenta de que no quería hablarle de Arturo. La palabra novio se le hacía extraña. Y más aún la empleada por él: prometido. Arturo y ella sólo salían juntos y se querían.

Sólo.

—¿Tienes amigos?

—Muchos.

—¿Alguno en especial?

—Todos los amigos son especiales, de lo contrario serían conocidos.

—De acuerdo —se rindió—. ¿Quieres que hablemos del tiempo, de los monzones, de mi vieja familia, de mi niñez?

Se puso un poco roja.

Pero no llegó a traicionarse a sí misma.

—Háblame de tu familia, sí —le propuso a Mahendra.

* * *

Desde que estaba allí, el tiempo había dejado de contar.

Ya no podía medirlo en días, y mucho menos en semanas. Tampoco contaban horas o minutos. Simplemente era tiempo, un encadenado de momentos, de circunstancias, de situaciones a veces agradables y, las más, dotadas de mucha angustia o tensión por la urgencia o la premura de medios. Por cada muerto que pasaba al olvido, había diez, veinte enfermos curados que pagaban con una sonrisa y unas lágrimas la vuelta a la vida. Acomodarse no era la palabra adecuada. Más bien comprendía que estaba adaptándose, resituándose como ser humano y como persona dotada de sentimientos y raciocinio. Cada noche se agradecía a sí misma haber dado aquel paso y estar allí. Cada mañana se levantaba con un ánimo renovado, prescindiendo del cansancio anterior o lo adverso de cada problema. Si echaba la vista atrás, se encontraba con tantas cosas nuevas que... se asombraba de que todas estuvieran ahora en su vida. Si reflexionaba sobre ellas se sentía abrumada: Elisabet Roca, Lorenzo Giner, Mahendra, Leo, incluso sus fantasmales e inseparables Viji y Narayan. La distancia con relación a su casa crecía y crecía, mucho más en su mente que en su corazón.

Una distancia que no le impedía pensar en su padre con aquel ramalazo de dolor, o en su madre

con la angustia de la soledad. Cada vez que hablaba por teléfono con ella, y ya iban tres, rehuía las horas en que su padre pudiera estar presente. No se veía con fuerzas para hablar con él. Y lo mismo le sucedía con Arturo. Su correo electrónico había sido tan impersonal, tan... comedido. Como si estuviese de vacaciones, pasándose bien en una playa de moda, sin ningún problema de qué preocuparse.

Por lo menos no la había llamado Miss ONG.

Leo ya no hacía ejercicios de taichí delante de los bungalós cada mañana. Sabía que no iba a renunciar a ellos, y después de investigar, le descubrió junto al lago, siguiendo el ritual de cada mañana. El hombre misterioso.

Elisabet Roca decía que le diera tiempo.

—Se siente amenazado.

—¿Por mí? —alucinó Silvia.

—Una chica guapa siempre remueve corazones y desata tempestades.

Lo de siempre. Su eterno sambenito. «Una chica guapa.» Como si los hombres fuesen idiotas y por el simple hecho de serlo ya no pudieran comportarse con normalidad delante de ella. «Una chica guapa.» Había crecido con eso, unas veces orgullosa, otras resignada, las más furiosa. Sus amigas la envidiaban, decían que era perfecta, rostro, busto, cintura, piernas, talla... Otras, menos amigas, la odiaban. Como si ella tuviera la culpa. Nunca se había comportado como «una chica guapa». Nunca. Jamás había sido estúpida, ni creída, al contrario, por saberse atractiva había trabajado más que ninguna otra, para ganarse el respeto de los demás, su confianza. Era una buena persona, una buena amiga y compañera, hacía favores, se sentía solidaria, era inteligente.

Más de un chico, de los pocos que se atrevían a acercarse, se lo había tomado como una sorpresa:

—Eres lista, ¿sabes?

Y ella apretaba los puños, se tragaba lo que pensaba, se mordía el labio para no gritar y decirle que era un imbécil.

Desde los catorce, quince años, empezaron con lo de que si iba para modelo, que si se presentaba a castings a lo mejor acababa haciendo cine, que siendo tan guapa...

¿Qué, conseguiría un marido guapo y rico?

Los arquetipos le daban náuseas, la molestaban.

Arturo no era guapo, era normal, aunque su familia sí tenía una posición muy desahogada, así que más de una le dijo que estaba loca, que «podía aspirar a algo más».

—Pero, ¿qué ves en él?

El día que la llamó Miss ONG se lo preguntó por primera vez.

Arturo, Mahendra, Leo. Tres hombres distintos, tres maneras diferentes de entender la vida y el mundo. Tres partes de un todo.

Se miró al espejo. La piel de su cara ya no tenía aquella tersura del primer día. Las picadas de los mosquitos habían salpicado su cuerpo de ronchas. Las manos ya no eran suaves ni tenían las uñas debidamente cortadas y cuidadas. Y no le importaba.

Sin embargo, pese a todo, el espejo no mentía.

«Una chica guapa.»

—Mierda —suspiró.

Aquella noche lo intentó.

Descolgó el auricular, marcó los primeros números, el doble cero, el 34 correspondiente a España, el 93 de Barcelona...

Pero no pudo continuar.

¿Por qué se le hacía tan difícil hablar con él?

¿De qué tenía miedo?

Le quería, y Arturo a ella. Sin embargo la distancia en kilómetros no era ni la mitad de la distancia que sentía ahora en su corazón. Espacio y tiempo. El espacio estaba allí, en su separación cargada de reflexiones. El tiempo era lo que necesitaban para aprender, madurar, valorar. Y todavía no se sentía preparada para tener una conversación, ni larga ni corta, con el único ser que habría necesitado a su lado en aquellos días. ¿Cómo se compagina el amor cuando las personas apuntan en direcciones opuestas? ¿Quién cede? O mejor preguntarse: ¿Por qué ha de ceder alguien? Su mundo se estaba abriendo. La India y lo que hacía daban, por fin, un sentido a sus inquietudes. Pero si para Arturo era Miss ONG...

Dejó el teléfono, le dio la espalda y regresó a su bungalow.

Le mandaría otro correo electrónico, trivial, insustancial, para que supiera que estaba bien y poco más. No era un castigo. Sólo la realidad. Necesitaba todo el verano. Y a fin de cuentas..., quizás cuando regresase ya no tuviera nada de que preocuparse. Un verano entero daba para mucho. Beatriz tal vez lo estuviese aprovechando.

La querida Beatriz, enamorada sin ningún secreto de Arturo.

¿Resistiría él?

¿Cuánto estaría dispuesta a dar ella?

—Dios, ¿qué estas diciendo? —se llevó una mano a la cara y se frotó los ojos—. Serás idiota...

La luz del bungalow de Leo estaba encendida. Sintió deseos de plantarse en su puerta y volver a gritarle. Por supuesto que fue una absurda idea, tan momentánea como estúpida. Pero se sintió todavía más furiosa por haberla tenido. Empezaba a desbarrar. Se refugió en su bungalow, se aseguró de que no hubiera mosquitos debajo de la mosquitera y una vez comprobado se desnudó.

La luz eterna del otro lado del lago titiló entre los árboles.

El faro de un gran amor.

Como si Pushpa pudiera emerger de las aguas, viva, para reencontrar el camino a casa y reunirse con el hombre que la había amado tanto, tanto, tanto...

Silvia se preguntó qué estaría haciendo Mahendra en ese momento. Cualquier cosa menos dormir, estaba segura. Le había dicho que dormía tan sólo cinco o seis horas cada noche, que no necesitaba más. Se lo contó cuando ella le dijo que era una dormilona, que podía pasarse nueve horas en cama. Lo imaginó leyendo, comparando los versos en castellano de Neruda con los traducidos al inglés, o quizás sentado en aquella butaca, delante de los retratos de su mujer y de sus hijos.

Y no había nada masoquista en ello.

Nada.

Sólo paz.

La paz que todavía necesitaba ella y que le impidió conciliar el sueño durante más de una hora, desde que se metió en la cama y cerró los ojos.

SEGUNDA PARTE

La mitad de la belleza depende del paisaje,
la otra mitad del hombre que lo mira.

Lyn Yutang

Capítulo siete

Sahira se aferraba a la vida casi con rabia.

Su cuerpo se extinguía. Su mente no. Silvia la visitaba cada día, mañana y tarde, y, aunque no podían comunicarse, hablaban igual, la pequeña en su lengua, Silvia en español. También solía cantarle, para que se durmiera. A veces era la mejor de las medicinas. Le cantaba y sostenía sus manitas, suaves y frágiles como plumas, entre las suyas. Su madre no contaba más allá de veinticinco años, aunque parecía mucho mayor. No podía pasarse el día junto a su hija porque trabajaba y se ocupaba de sus otros tres hijos, todos ellos menores que la pequeña enferma. Su marido estaba lejos y ella no tenía a nadie.

Había más enfermos, otros niños y niñas, pero sin saber por qué, Sahira era su preferida.

Y no se sentía culpable por ello.

Se levantó de su lado al ver que volvía a dormirse cuando se encontró con Leo casi encima.

—¿Cuánto hace que estás aquí? —se sorprendió.

—Dos o tres minutos.

—No entiendo...

—Te observaba.

Su rostro era distinto. Mantenía aquella seriedad eterna, gran parte de la desconfianza que lo dominaba, pero también se adivinaban en él pequeñas brechas, atisbos de luz, rendición, incluso ternura.

—¿Te pasa algo? —quiso saber Silvia.

Le costó decirlo, fue como si antes tuviera que tragar una enorme bola albergada en su garganta.

—Quería pedirte perdón.

No fingió ignorancia. Se quedó muy quieta. Aguardó a que él continuara.

Pero no lo hizo.

—¿Eso es todo? —abrió los ojos.

—No, escucha... —Leo hizo un gesto de fastidio—. Trabajas bien, das el callo, no te arrugas, soportas todo lo que te echen, no vomitas cuando ves sangre ni te desmayas ante un montón de vísceras desparramadas... Quiero decir que...

—Ya no te parezco una niña mona jugando a ser cooperante.

—No era sólo eso.

—¿Entonces qué?

—Conozco a tus padres, ¿sabes?

—Así que les conoces a ellos y por consiguiente...

—Bueno, eres su hija, ¿no?

—Y estoy orgulloso de serlo, ¿qué pasa? ¿Acaso son unos monstruos? Mi madre es una reputada doctora que...

—Vale —la interrumpió—. Yo me refiero a que pertenecen a la jet, la crème de la crème. Cuando apareciste por aquí no entendía nada. Ahora veo que me equivoqué al menos en tu valoración. Tienes algo más que agallas. Tienes conciencia social.

—¿No soy una niña pija, tonta y rica?

—Pija y rica, sí, lo siento.

Lo dijo tan serio que estuvo a punto de gritarle de nuevo, como días antes. Cuando captó la ironía, y el destello de sus ojos, conteniendo la risa, se calmó.

Estaba ganando algo más que un amigo.

—Eres un cretino que va de víctima —le acusó aceptando el reto—. No es que seas pobre y tengas dificultades para terminar tu carrera: es que te columpias en ello para sentirte mejor y echarle a los demás las culpas de todo.

—Disparas balas de plata, ¿sabes?

—Lo mismo que tú.

—Yo no tengo un billete de vuelta al paraíso de una vida cómoda y fácil.

—¿Fácil? —estuvo a punto de saltar y encrespase—. Oye —suspiró rendida al darse cuenta de que iba a volver a perder los estribos—, lo estabas arreglando, ¿vale? ¿Es que no podemos hablar un minuto sin discutir? No me conoces de nada. ¿Por qué no nos damos una oportunidad?

—¿Por qué?

—¡Es importante para mí, y puede que también lo sea para ti! ¡No se puede ir por ahí escupiendo veneno, y menos en un lugar como éste, donde todos nos necesitamos!

Hablaban en medio de los enfermos. Algunos les miraban con aire crítico, otros sonreían igual que si presenciaran una disputa de enamorados. Fue Leo el que se dio cuenta de ello, la cogió de la mano y tiró de ella.

—Ven, vamos fuera —le pidió.

* * *

No se detuvieron hasta llegar al exterior, junto a la carretera, vacía a esa hora de vehículos aunque no de personas que circulaban por su margen. Quedaron de nuevo frente a frente, dispuestos a continuar su batalla dialéctica, mucho más amigable que todas las anteriores pese a la pasión que ponían en ella.

—Empezamos con mal pie, lo reconozco —fue lo primero que dijo Leo.

—¿Mal pie? Eres muy generoso —Silvia se cruzó de brazos—. Estuviste grosero, antipático, mezquino, estúpido, fatuo...

—¿Quieres que vaya a por un diccionario?

—¡No te hagas el gracioso conmigo!

—Escucha, apareciste en un mal momento, eso es todo.

—Y eres tan listo que te bastó con mirarme, sabiendo además quién era, para hacerte una idea exacta y precisa de mí y de mis intenciones.

—¡Hay gente que te cae mal sin saberlo!

—¡Yo no te caí mal, actuaste en defensa propia, cagadito de miedo!

—¿Miedo yo?

—¡Una chica guapa y potente! —se puso brazos en jarras y fingió que hablaba como un hombre fornido—. ¡Uh, uh, vaya por Dios! ¿Qué hará por aquí? ¿Por qué no está en una playita de moda poniéndose morada de sol? ¡Oh, por Dios, éste es territorio de voluntarios y voluntarias de pelo en pecho! ¿Adónde va ésa? ¿Quién se cree que es?

—Lo haces muy bien.

—¡Deja de meterte conmigo y habla un minuto en serio, sin máscaras de machito resentido ni defensas de metepatas irónico que se escuda en ello para tapar su impotencia!

—¡Jesús! —se llevó una mano a la cabeza—. Hablar, hablas bien.

—¡Y también sé pelear, señor Taichí!

—¿Por qué me estás gritando?

—Porque no es justo que si lo estás pasando mal, le echas la mierda encima a los demás. Ni es justo que hagas valoraciones de las personas de buenas a primeras sin darles la menor oportunidad. Porque has tardado un montón en darte cuenta de quién soy y de qué voy. Y porque me lo has hecho pasar mal, ¿te enteras? Mira —se calmó lo justo para continuar hablando sin tanto nervio—, yo estoy aquí porque creo en ello, porque siempre deseé hacerlo, porque para mí no es suficiente con estudiar Medicina y abrir una consulta o una clínica, porque no quiero caer en la trampa de los Prats Olivella y porque siento la necesidad de... Ni siquiera sé cómo explicarlo.

—Salvar al mundo.

—¿Qué?

—Tú eres de las que quiere salvar al mundo.

—¿Y qué? ¿Eso es malo?

—Los que buscan salvar al mundo puede que en el fondo quieran que el mundo los salve a ellos.

—¡Eso no son más que juegos de palabras!

—Sea como sea no eres una persona como las demás, y nunca lo serás.

—¿Por qué? ¿Por ser hija de mis padres? ¡Maldita sea, no me jorobes!

—¿Lo ves? Tienes tantas ganas de ser diferente, y sentirte útil, que eso te hace desesperada. Estás buscando una redención.

—¡Busco ser yo, y que me quieran por mí misma, como todo el mundo! ¿O acaso tú buscas algo distinto?

—¿Sabes lo que es desear algo y no poder conseguirlo, o tener un sueño y comprender que nunca podrás alcanzarlo?

—¡Sí, por supuesto! ¡Todos deseamos algo y tenemos sueños, y te aseguro que ser una Prats Olivella o tener dinero no lo hace más fácil! ¿Te han rechazado la beca? ¿Odias al mundo entero? ¿Cómo crees que me siento yo cuando alguien como tú me mira de arriba abajo y me desprecia por ser quien soy o imaginarse lo que no es? ¡Llevo toda la vida aguantando esta mierda! ¡Y lo único que deseaba al llegar aquí era trabajar, sentirme libre y tener amigos! ¡Joder, te necesito como amigo!

—¿A mí?

—¿Hay alguien más por ahí? —miró a derecha e izquierda poniéndose la mano en forma de visera—. ¡Eres el único español aparte de la doctora Roca y el doctor Giner, por Dios! ¡Y si encima no ves lo más evidente es que eres tonto del culo, hijo!

Le tenía superado, desbordado. Ni siquiera se molestó por el insulto.

—¿Qué es lo más evidente? —preguntó absolutamente perdido.

—¡Que somos iguales, Leo, tal para cual! ¿Tanto te cuesta verlo?

* * *

Viji se ponía siempre a su izquierda, para compensar la cojera de su pierna derecha. Narayan al otro lado. Las dos la cogían de la mano y apretaban fuerte, como si así la poseyeran más o temieran que fuera a escapárseles. No hacía falta pasear para que lo hicieran. Bastaba con ir de un lado a otro, por corta que fuese la distancia. Eran su sombra. A la joven tuerta y coja no se le escapaba nada de lo que sucedía en el RHT.

—Ya eres amiga Leo, ¿sí?

—Por lo menos nos hablamos.

—Yo sabía —asintió con la cabeza, vehemente.

—¿Qué sabías?

—A ti gusta él, y a él gusta tú.

—No seas casamentera. En España la gente es amiga y no hay necesidad de rollos sentimentales.

—¿Qué es rollo?

—Relaciones.

—Ya, pero esto es India.

Cuando querían explicar algo, tanto daba que fuera la doctora Roca como Mahendra o la propia

Viji, siempre salía aquella expresión, la excusa perfecta, el subterfugio ideal: «Esto es la India».

Narayan le dijo algo a su hermana.

—Boda cerca —Viji ladeó la cabeza para ver mejor a Silvia con su ojo sano—. ¿Vendrás?

—¿Yo?

—Estás invitada, sí. Será bonito. Doctora también viene.

—Entonces...

—¡Bien!

—¿Qué puedo regalarle a tu hermana?

—Nada, no importa regalo.

—En España no se va a una boda con las manos vacías. Es costumbre.

—Regala ropa interior bonita.

—¿Dónde puedo comprarla?

—Tuya. Tienes cosa roja preciosa —señaló su cintura.

—¿Mis bragas?

—Bragas, sí.

—Pero están usadas, aunque las lave...

—Es regalo personal. Algo muy... —encontró la palabra adecuada—: íntimo.

Sus bragas rojas. Había comenzado el año con ellas, para que le dieran suerte.

¿Qué más daba?

—Ves mucho a Mahendra, ¿sí? —Viji cambió de tema sin más, dando por concluido el anterior, como era también su costumbre.

—Es una gran persona. Nos hemos hecho amigos.

—Es guapo y rico. Conviene.

—¿Primero Leo y ahora Mahendra? —le agitó la mano en signo de reprobación.

—Tú puedes. Ojalá alguien dijera matrimonio a mí.

—No seas tonta, Viji. Mejor sola que mal acompañada. ¿Quieres casarte con cualquiera, desconocido, mayor?

—Es marido —lo dijo con toda su vehemencia, como si el mundo entero comenzara y terminara con ello—. Narayan tendrá seguro su primer hijo antes de un año.

Recordó las palabras de Elisabet Roca al poco de llegar: «Tiene dieciocho años, ya es mayor, pero nadie la quiere debido a su cojera y a la falta de ese ojo. Ha sido imposible concertarle un matrimonio, aunque sea con el más vulgar de los candidatos. Y es todo corazón, te lo aseguro. Corazón y fuerza. Está sana, es trabajadora, podría engendrar hijos fuertes... Hay países en los que una mujer no es nadie si no ha tenido dos o tres hijos antes de cumplir los veinte. Está socialmente marginada».

—Tú eres importante aquí —le dijo a la chica empleando su mayor convicción—. Tendrás siempre un trabajo. Podrías aprender a curar a los enfermos, no sólo a limpiar. Sería muy bueno para ti.

—Tú loca —se puso a reír Viji.

—Confía en ti. Eres lista.

Habían llegado a su destino, los comedores. Se soltaron las dos al mismo tiempo y eso fue todo. Ni siquiera obtuvo otra respuesta de Viji. Narayan fue la primera en echar a correr. Su hermana, a saltos, la siguió con toda su inocencia por bandera.

Silvia estuvo a punto de llamarla, pero se rindió antes de hacerlo.

Capítulo ocho

Desde que estaba allí, era el segundo accidente de tráfico en el que se veía involucrado un camión cargado de personas. Los heridos empezaron a llegar al hospital entre una algarabía de voces y gritos, bocinas de coches, motos y timbres de bicicleta, en carro o en brazos de compañeros y testigos. Cualquier método era bueno para transportar a los afectados, unos graves, otros con simples contusiones, heridas superficiales o roturas de huesos. Los alrededores del hospital se convirtieron en un hervidero en pocos minutos. Para entonces todos estaban ya en marcha, atendiendo la avalancha. Elisabet Roca era la que dictaminaba la gravedad de cada caso. Y había tres grados: quirófano directo, primeras curas y sala de espera para el segundo turno de intervenciones, y casos leves que no fueran urgentes, por dolorosos que resultaran.

En situaciones como aquélla no había grados ni especializaciones. Todos los cooperantes hacían de todo. Para comenzar, mover a los heridos en camillas.

Silvia intentaba arrastrar una, ella sola, tirando de las dos parihuelas superiores. El hombre depositado encima era obeso, y perdía mucha sangre. No estaba inconsciente, así que lo miraba todo con ojos demudados por el pánico. Él mismo se sujetaba el vientre, por el que se salían sus vísceras.

Silvia cayó de rodillas.

Entonces escuchó el grito.

—¡Vamos!

Levantó la cabeza. Leo estaba allí, al otro lado, dispuesto a ayudarla, sujetando ya la camilla por el extremo inferior de las parihuelas. Ni siquiera tuvo tiempo de sentirse bien o mal. La mirada del oftalmólogo destilaba muchas cosas, fuerza, carácter, ánimo, pero sobre todo rendición.

Se alzó, agarró los dos palos y tiró también de ellos, con fuerza.

Apreció la sonrisa de su compañero.

Su compañero.

Logró sonreír también ella, con orgullo, apenas imperceptiblemente.

Luego echaron a correr, cargando el peso del hombre herido, para conducirlo hasta el quirófano.

* * *

El día había sido duro, pero la situación estaba normalizada.

Siempre acababa normalizándose.

La impotencia por las primeras muertes, el dolor por aquella sensación de «no poder hacer más», se compensaba con cada sonrisa de gratitud por parte de los curados, los que devolvían a la vida.

Aquella noche estaban agotadas.

—Estoy muy orgullosa de ti —le dijo Elisabet Roca.

—Gracias —se sintió feliz por el halago.

—La mayoría de los cooperantes, en su primer viaje, acusa el golpe. Es muy desmesurado. Sobre todo lo hacen los que estudian Medicina o ya son médicos, porque aprecian más la dimensión de lo que sucede. Vienen de la abundancia y se encuentran con la falta de medios. Proceden de lugares en los que hay equipos, en los que hacer una biopsia, una exploración radiológica completa o pedir un escáner es tan sencillo como chasquear los dedos. Aquí no hay un escáner en cientos de kilómetros a la redonda. Y los enfermos forman un río incesante que nunca termina. No es de extrañar que a pesar

de su ayuda, muchos y muchas pasen por una fase de depresión al comienzo, aunque luego todos acaban recuperándose, tarde o temprano. Es como la adaptación de los estudiantes de Medicina en sus primeras guardias en la sala de urgencias de un hospital. La sensación de opresión desaparece un día sin más, dejas de sentirte una mierda y vuelves a sonreír y a bromear con los compañeros. Además, eso acaba ayudando a los propios enfermos.

—Yo sólo temo implicarme emocionalmente con algún paciente —reveló Silvia.

Pensó instintivamente en Sahira.

—Es normal que tengamos un afecto especial por alguien —la doctora se abanicaba con un paipay de paja mientras ella se ponía loción repelente de mosquitos—. Lo positivo de ti es tu actitud, Silvia.

—Nunca me he rendido ante nada.

—Ya, pero somos humanos. La determinación con la que te levantas cada mañana es muy importante. Por ejemplo, lo que has conseguido con Leo...

—¿Yo?

—No digo que, de pronto, vaya a beber en la palma de tu mano, pero el cambio es evidente.

—Hablamos, le dije lo que pensaba.

—¿Sabes? Conseguir el respeto de los demás es algo que da la auténtica medida de las personas. Leo es un buen cooperante, ya es un gran oftalmólogo aunque no tenga la carrera terminada, pero como ser humano es un desastre, una ostra cerrada, con demasiadas heridas por cicatrizar. Conseguir ser su amiga es de un mérito absoluto. Y lo mismo podría decir de Mahendra.

—¿Qué pasa con él?

—Eres bien recibida en su casa.

—Bueno, para mí es fascinante, y yo para él supongo que represento ese Occidente en el que estudió pero al que no ha vuelto.

—Mahendra ha sido impenetrable en estos cinco últimos años. Es el cuidador de la tumba de su esposa —miró el lago—. Por muy diferente que seas tú, lo que has conseguido, atravesando su muro de silencio, me impresiona. Eso me demuestra algo.

—¿Qué?

—Tienes ángel.

—¿Y eso qué significa?

—Que la gente se rinde ante ti, les gustas, te hablan, se abren de una forma espontánea. Es un don, querida. Un don maravilloso que resulta perfecto para un médico. Y más para un psiquiatra.

—Pero yo no voy a hacer psiquiatría.

—Deberías considerarlo.

—No, gracias —hizo un gesto con la mano—. No me veo sentada en una butaca hora tras hora escuchando los problemas de los demás. Yo quiero ser cirujano, estar en primera línea.

—¿Qué opinas de Mahendra? —retrocedió Elisabet Roca.

—Me da pena.

—Mal asunto.

—No, verás... —pensó en lo que iba a decir—. Me parece una persona muy interesante, inteligente, de una cultura asombrosa, lleno de historia, con una personalidad muy acusada. Pero que haya sido capaz de renunciar a todo...

—Por amor, no lo olvides.

—Yo más bien diría que por dolor.

—Es un punto de vista interesante, aunque, casi siempre, el amor es dolor, el sufrimiento más fuerte para el efecto más demoledor.

—Si fuera escritora, escribiría sobre él.

—¿Y si, sin darte cuenta, estás haciendo de psiquiatra?

No lo había pensado. Y no le gustaba demasiado. Iba a decirle que era su amiga y nada más. Temió que ella le recordara el mito o la realidad de que la amistad entre un hombre y una mujer es casi imposible.

Uno de los dos siempre daba aquel paso.

Entonces, de pronto, se dio cuenta de que Elisabet Roca también había renunciado a todo por amor, tras la muerte de su marido.

* * *

Pasar revisión médica con Lorenzo Giner era muy distinto a hacerlo con Elisabet Roca.

Dos médicos, dos veteranos, los mismos pacientes, pero formas muy distintas de verlo y enfocarlo. La doctora era más cariñosa, más dulce; el doctor era más alegre, más irónico. Y las dos maneras servían igual al mismo fin: infundir ánimos a quien estaba bajo mínimos. En cambio todavía no había estado en la sección de oftalmología con Leo, ayudándole. Los problemas oculares eran endémicos.

—Bien, por hoy parece que terminamos —dijo por concluida la visita el médico—. ¿Alguna pregunta?

—Sahira...

—En España podríamos curarla, Silvia. Aquí, por desgracia...

—Pero se ha estabilizado.

—Se mantiene, que no es lo mismo.

Tuvo un acceso. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Las detuvo antes de que Lorenzo Giner le pasara una mano por encima de los hombros y luego la estrechase contra sí.

—Eh, eh —le susurró—. Vamos, tranquila.

Salieron del hospital y los aplastó el sol de la mañana, implacable. Llovía cada día, un rato, preferentemente a primera hora de la tarde. Los chaparrones refrescaban el ambiente y lo hacían todo más soportable, pero por la mañana la tierra se convertía en un yunque. Se necesitaba la protección de un paraguas para caminar por la carretera, aunque sólo fuesen cien metros. Y ellos no llevaban ninguno.

Aunque tampoco iban a ninguna parte.

—Me gustaría poder comunicarme con ella —susurró Silvia.

—Tú háblale. Esa niña capta la intención, que es lo que cuenta.

—No, la intención no cuenta si el resultado final es el mismo.

—¿Te has vuelto dura? —le tomó la barbilla con una mano y la obligó a levantar la cabeza—.

Bueno, es un efecto natural, pero no dejes que te arrastre.

—Es que aquí, a veces, la vida se limita a pasar... sin más...

—La vida nunca pasa sin más —afirmó Lorenzo Giner.

—¿Y eso lo dice usted?

El hombre parpadeó.

—Está enamorado de una persona y no se atreve a decírselo —se sintió mordaz y agresiva.

—Vaya —suspiró el médico—. Disparas directo al corazón, ¿sabes?

—Anoche hablé con Elisabet. Creo que lo necesita a usted tanto como usted a ella.

—¿Por qué? ¿Te dijo algo?

—No es necesario. Esas cosas se notan.

—Ya me declaré, y me toca esperar.

—¿Y va a esperar siempre, sin intentarlo de nuevo, mientras pasa el tiempo a toda mecha?

—Salió el tiempo —hizo un gesto de resignación—. Como los dos somos mayores piensas que se nos acaba y hay que aprovecharlo. Muy propio de los jóvenes: siempre la urgencia.

Se dio cuenta de que estaba algo fuera de lugar, pasada de vueltas, como si hubiese tomado o aspirado algo en el hospital. No tenía derecho a meterse en la vida de los demás, y menos en la de dos personas mayores con las que colaboraba, aunque ambas le hubiesen mostrado algo más que afecto.

Allí eran sus padres, unos padres muy distintos a los que tenía en Barcelona.

—Perdone, no he debido... —se excusó demasiado tarde.

—No, está bien así —concedió el doctor Giner—. A veces es necesario que algo o alguien te recuerde las cosas, te dé un empujón o te haga abrir los ojos. Y tú eres perfecta para eso.

—Una metomentodo.

—Deberías dedicarte a la psiquiatría —le soltó como si tal cosa.

Silvia se quedó muda mientras los dos regresaban al hospital huyendo de la inclemencia solar.

* * *

Aquella conversación, el día que le dijo a su padre que se iba de cooperante a la India, la tenía grabada en su mente.

—No hablarás en serio.

—Ya lo tengo todo, papá. Los papeles, el destino...

—¿Te vas a marchar todo el verano a Dios sabe dónde?

—No voy a Dios sabe dónde. Es uno de los hospitales de la zona, con personal español, y está coordinado por una fundación de aquí.

—¿Pero tú te has vuelto loca o qué?

—No veo por qué tenga que haberme vuelto loca.

—¡Eso es el Tercer Mundo, allí no hay nada salvo muerte y desolación, y en unas condiciones extremas! ¡Tú nunca...!

—Exacto, papá —lo detuvo—. Yo nunca he hecho algo así, y es hora de que lo haga si creo en ello.

—¿Creer? ¿De qué estás hablando, Silvia? ¿Desde cuándo eres la nueva madre Teresa de Calcuta?

—No soy una santa —contuvo su ira—. Hago lo que pienso que es necesario, de entrada, para mí misma.

—¿Qué tratas de probar o demostrar?

—Nada.

—¿Nada? —Rosendo Prats había mirado a su esposa, muda hasta ese momento, aunque la forma en que ella miraba a su hija lo expresaba todo—. ¿Estás oyendo eso, Cristina?

—¿Es una decisión en firme? —fue la única pregunta de su madre.

—Sí.

—Entonces no hay más que hablar —se encogió de hombros la mujer.

—¿Que no hay más que hablar? ¡Válgame el cielo! —su padre agitó los brazos en alto y su expresión se demudó aún más—. ¡Tienes diecinueve años!

—Ya, por eso mismo lo hago ahora.

—¿Porque ya eres mayor de edad?

—No, por eso no —desgranó revestida de paciencia aunque sus nervios estaban ya al límite—. Mis estudios van bien. Pienso que es una edad perfecta para comenzar a trabajar en serio en lo que me gusta.

—¿Curar enfermedades incurables al otro lado del mundo, eso es lo que te gusta?

—Me gusta ser médico, papá, y tú lo sabes. A veces no entiendo cómo hiciste el juramento hipocrático.

—Dios, ya salieron los remilgos.

—Papá, yo no te digo cómo has de ejercer tu profesión, así que por favor no me digas cómo quieres que la ejerza yo.

—Sé cómo piensas.

—Entonces, ¿de qué estamos discutiendo?

—Hija, todas esas ideas libertarias, la cooperación, el servicio y la entrega a los demás... Están bien, no digo que no. Pero la mayoría de los que lo hacen tienen sus motivos, y no siempre son altruistas. Unos quieren viajar, otros aprender sobre el terreno con carne de cañón barata y sin responsabilidades, los más se sienten culpables de algo, como si nacer en un país civilizado y disponer de medios fuese algo pesado... Los tiempos de los hippies se acabaron cuando yo era adolescente. Nunca serás una buena médica si no miras las cosas con más frialdad, pragmática.

—Yo pienso que es todo lo contrario, papá. Sin pasión, nada en la vida vale la pena.

La mirada de su padre había sido hosca, preñada de profundas cargas emocionales. La de su madre reflejaba el abismo que la separaba tanto de su marido como de su hija. No estaba de acuerdo con el primero, pero temía por ella.

—¿Por qué me haces esto, Silvia?

—Papá, ¿por qué piensas que eres el centro del universo y que todo se hace a favor o en contra de ti? ¡Esto no tiene nada que ver contigo, sino conmigo!

No se atrevió a gritarle que lo necesitaba, como necesitaba salir de su casa por un tiempo, sentirse libre, desplegar sus primeras alas. No se atrevió porque él nunca lo entendería, ni aceptaría algo semejante. Sus ideas eran como castillos de muros gruesos y cimientos sólidos.

—Volverás antes de un mes —le predijo.

—No lo haré —le dolió la profecía paterna.

—Será por tozuda.

—Rosendo, ya basta —le conminó su esposa.

Aquello había sido más o menos todo. Después, en los últimos días, el silencio, como si no existiera, como si no se fuera a miles de kilómetros de distancia. Sólo su madre, en el aeropuerto, le pidió que llamara por teléfono si necesitaba algo.

Necesitar algo.

Incluso ella pensaba que no lo resistiría y pediría ayuda para volver.

* * *

La reacción de su padre había sido traumática.

La de Arturo... desconcertante, incómoda, dolorosa.

—Te importan más unos desconocidos que yo.

—No es verdad, pero hay un momento para cada cosa. Y éste es el momento de que yo vaya allí y haga lo que siento.

—Si me quisieras...

—¡No tiene nada que ver con quererte más o menos, por Dios! ¿Me quieres tú a mí? Si tanto te importa el amor, deberías estar a mi lado y apoyarme, ser menos egoísta. ¡Amar es compartir, pero no sólo un tiempo y un espacio comunes, sino la libertad de cada cual!

La libertad de cada cual.

Cuando Arturo la había llamado Miss ONG, algo muy delicado se había roto en su interior, desmenuzándose luego como una fina arenilla. Fue el peor de los choques, el más brutal, el de la realidad, por mucho que él lo hubiera dicho en un momento de ofuscación o víctima de su enfado. Casi podía entender a su padre. A Arturo, no.

¿Se había equivocado?

No, el amor nunca es un error. El amor estalla y ya está, no hay razones ni causas ajenas, es un proceso natural. La mayoría de los chicos y chicas tenía experiencias traumáticas, se enamoraba de quien no debía, perdía el aliento por el menos pensado o la más imposible. Ése era el juego: no había reglas. En ese sentido la vida era el más gigantesco campo de experimentación jamás imaginado. Cada historia era propia, una aventura excitante, un cara o cruz.

Pensó en todo ello, de golpe, al oír decir a Jordi:

—He visto a Arturo y está hecho caldo.

—¿En qué sentido?

—¿En cuál va a ser? Digo yo que te echa de menos.

—Una cosa es echar de menos a alguien, y otra muy distinta sentirse frustrado o enfadado.

—Lámalo.

No era tan sencillo. No quería pelearse por teléfono, ni llorar.

Llorar allí, por una causa como aquella, se le antojaba la mayor de las burlas, y una pérdida de tiempo.

En el hospital, cada lágrima significaba algo.

—¿Cómo están papá y mamá?

—Discuten mucho.

—Lo que faltaba.

—¿Sabes que creo? Que ya les convenía. Nunca les había oído pelearse o discutir antes. Siempre tan comedidos y correctos...

—¿Hablas en serio? —quedó perpleja Silvia.

—Del todo. Era como si no tuvieran sangre. Mujer, no digo que se tiren los trastos a la cabeza, pero un poco de marcha de vez en cuando...

—Pues para que tú les oigas deben de gritar lo suyo.

—Digamos que estoy más atento, por si acaso.

—¿Qué dicen?

—Papá sigue en sus trece, que si estás loca, que si estás perdiendo el tiempo, que como pilles una enfermedad vas a ver tú y cosas así, pero estos últimos días le noto cambiado. Anteayer mamá le dijo que merecías un respeto y él estuvo de acuerdo. Dijo: «¿Crees que no estoy orgulloso de ella? ¡Lo estoy, pero a veces la tozudez no es más que una defensa!».

—¿Le oíste decir que estaba orgulloso de mí?

—Eso no fue todo. Anoche mamá decía que estirarle la piel a la marquesa de Nosequé es tan

lícito como operar a corazón abierto a una persona, pero que el cuerpo no se te quedaba igual. Entonces papá se echó a llorar.

A Silvia se le congeló hasta la última gota de sangre.

—¿Qué has dicho?

—Que lloró, ¿no es alucinante?

Nunca había visto llorar a su padre. Ni con la muerte de la abuela. Imaginárselo la hizo tambalearse.

—¿A que es fuerte? —insistió Jordi.

—Si entendiera lo feliz que soy aquí, a pesar de lo que veo y de... —se sintió derrotada—. Por primera vez en la vida me siento útil, sé que valgo algo, Jordi.

—Yo creo que tienes la sartén por el mango. En el fondo nunca van a poder con nosotros.

Entre ella y su hermano mediaba un abismo. Pero no era cuestión de discutirlo por teléfono. Jordi pasaba de estudiar, seguía sin encontrar su sitio en la vida. Parecía quedarse sentado a la espera de que el futuro lo atrapase en lugar de buscar la forma de alcanzarlo él.

—¿Qué pasó cuando se puso a llorar?

—No pude escucharlo bien. Me parece que mamá lo abrazó y le dijo algo así como que lo habían hecho lo mejor posible, pero que nosotros teníamos nuestra propia personalidad, y que eso era lo más importante.

Aquellas lágrimas abrían la puerta de la esperanza.

—Jordi, quiero que hagas algo por mí...

La comunicación se cortó en ese instante.

Capítulo nueve

Le gustaba la música india, le encantaban las interminables ragas ejecutadas con el sitar y la tabla. Su escasa experiencia, reducida al hecho de haber visto una vez a Ravi Shankar en televisión, se enriquecía más y más desde que Mahendra le hacía escuchar lo mejor de su corta pero selecta discoteca. Apreciaba mejor los temas, los tempos, la sonoridad, los cambios, la diferencia entre instrumentos. Su anfitrión se deleitaba tanto haciendo de maestro de ceremonias como de público. Las jarras de limonada desaparecían a medida que los temas desfilaban por su mente.

Ahora los dos se mecían en el silencio del anochecer.

Allí, en Pashbar, no había televisión.

—La televisión contamina —le dijo el dueño de la casa—. En cualquier lugar de la Tierra se reciben hoy las emisiones de las televisiones occidentales, y los niños, los jóvenes, ven un mundo que no es el suyo pero que les frustra terriblemente no poder alcanzar. ¿De qué sirve mostrarlo, si nunca lo será? Unos pasan hambre, otros tienen sed, los más carecen de casi todo, y en la televisión se ve la abundancia, el despilfarro, la falsa belleza de los elegidos. Es un insulto y un agravio comparativo. Por esa razón hay tantos movimientos migratorios. La televisión es el reclamo de los inocentes, los que olvidan la igualdad.

En cambio, Mahendra leía cada día dos o tres periódicos, escuchaba la radio, y navegaba por Internet. Sabía de casi todo. Estaba al corriente de lo que sucedía en su país o al otro lado del mundo. A veces discutían de cosas que ella jamás hubiera imaginado.

Aquel anochecer no.

El silencio era más y más profundo.

Hasta que Silvia sintió la mirada de Mahendra, intensa, justo unos segundos antes de que él le dijera:

—Me siento afortunado por tenerte aquí, y también por tu sincera amistad, Silvia de Barcelona, España.

Lo pronunciaba como si fuera un título nobiliario, con empaque. Y en su inglés académico sonaba exactamente igual, solemne, aunque ella sabía que el fondo era un poco burlón.

—No, la afortunada soy yo —reconoció—. Esto es un sueño.

—Decadente y ruinoso —suspiró con una pizca de melancolía.

—Para mí este palacio es... algo muy especial.

—Lo ves con ojos occidentales, y comprendo el influjo que pueda ejercer sobre ti —continuó con su tono melancólico, ahora más acentuado—. Yo soy consciente de que es tan sólo un legado, el residuo de un pasado que no volverá.

No supo cómo explicárselo. Ni siquiera si debía hacerlo. Cuando estaba allí, el tiempo se detenía, moraba en cada hueco y en cada esquina, en cada pasillo y en cada habitación. Un tiempo prisionero de sí mismo, cargado de evocaciones y músicas. O por lo menos era lo que su romanticismo le producía: el cosquilleo de la paz en el alma.

—De niña mi libro favorito era *Las mil y una noches* —confesó—. Me extasiaba en las descripciones de aquellas hermosas princesas, me sorprendía su punto erótico, me fascinaban los lujos y las historias que se describían en sus páginas. En Pashbar me siento como si deambulara por el libro.

—Deberías escribirlo todo. Lo guardaríamos bajo uno de los muros y así, dentro de cien años, cuando la hiedra cubra sus ruinas, alguien lo encontraría.

—Pashbar renacerá.

—No, no lo hará. Es imposible —fue categórico él.

—Mahendra, tarde o temprano volverás a la vida y al mundo. No puedes pasarte aquí todo el tiempo.

—¿Por qué no?

—Construye un nuevo Taj Mahal en honor de Pushpa, y deja que sea él quien la recuerde para la posteridad.

Temió haber sido demasiado osada, abusando de la hospitalidad y la confianza de Mahendra. No siempre entendía la filosofía india, seguía tamizando las emociones bajo su prisma occidental. Por suerte su anfitrión nunca parecía alterarse, ni enfadarse, ni molestarse por nada. Decían más sus ojos que su cuerpo, porque ningún gesto lo traicionaba más allá de ellos.

—Este lago ha estado aquí desde hace miles de años —dijo él—. Y seguirá aquí muchos miles de años después de nosotros. Más aún de lo que, tal vez, pueda durar el Taj Mahal. Así que sus aguas son mi Taj Mahal para Pushpa.

No supo muy bien a qué se refería, ni por qué le había dicho aquello. Tal vez no fuera nada, sólo un comentario. Pero por si acaso no continuó por ahí.

Demasiadas veces era como si Pushpa estuviera allí, con ellos, más allá del retrato que presidía la sala de la solitaria butaca.

* * *

Se había hecho ya muy tarde. El tiempo a veces formaba un tobogán por el que se deslizaba sin remedio, sobre todo cuando estaba a gusto y su mente quedaba libre de cualquier atadura. Comprendió que la hora comenzaba a ser intempestiva cuando vio pasar por segunda vez a Pankaj cerca de ellos.

—¡Oh, Dios! —gimió mirando su reloj y poniéndose en pie—. Van a creer que me he perdido o algo así.

—Puedo enviar a Pankaj al hospital —propuso Mahendra.

—¿Para qué?

—Si te quedas a cenar.

Se quedó sin habla, porque era lo que menos podía esperar.

—Para mí sería un verdadero honor —dijo el dueño de la casa.

—No puedo, de verdad.

—¿Por los rumores?

—Por norma —esquivó lo directo de aquel comentario que, en voz de Mahendra, sonaba de lo más natural—. No estaría bien que no me presentara sin avisar.

—Entonces, ¿otro día?

Si se negaba era absurdo. Si decía que sí, corría un riesgo.

No estaba muy segura de cuál, pero sabía que lo corría.

—Otro día —asintió.

La acompañaba siempre hasta la puerta. No la de la casa, sino la de la verja. El ceremonial incluía hacerlo caminando despacio, quemando la última conversación, y una vez en ella se despedían saludaban a la usanza india, uniendo ambas manos a la altura del pecho e inclinando la cabeza mientras proferían el emblemático Namaste. Silvia no quiso echar a correr tampoco en esta ocasión.

Mahendra hizo la pregunta después de bajar las escaleras, al caminar por entre los dos estanques de nenúfares.

—¿Cuando acabe tu verano, volverás a casa?

—Sí, claro.

—¿Para seguir estudiando?

—La carrera de Medicina es larga, aunque se me dé bien.

—¿Volverás?

No lo sabía. Estaba segura de que sí. Pero un año era un año. Siempre sucedían cosas. Y no quería mentir, ni siquiera por piedad o por quedar bien.

—No lo sé. Espero que sí.

—La próxima vez espero que tú tampoco huyas ni te escondas, Silvia —manifestó Mahendra con tanta sencillez que eso la aterró aún más que sus palabras—. Me gustaría volver a verte aquí, libre.

* * *

Libre.

No quiso detenerse, ni discutirse. Se bloqueó. De haber tenido más tiempo tal vez hubiera rebatido sus palabras. No lo hizo porque ya era demasiado tarde.

Había echado a correr tras despedirse de Mahendra.

Luego, durante la cena, estuvo ausente.

Libre.

¿No era libre? ¿Qué veía Mahendra en sí misma que ella era incapaz de descubrir? ¿Se engañaba y en cambio era transparente para los demás, para el dueño de Pashbar o para Leo?

Fue incapaz de mantener una mínima conversación con Elisabet Roca o con Leo. Las risas de los demás cooperantes incluso la molestaron, por estentóreas. Imaginó que desde la distancia los enfermos internados en el hospital podían oírlas. Cuando acabó de cenar se encontró a sí misma, inconscientemente, en la sala que servía de centro de comunicaciones. No quería llamar por teléfono. Pero si sus pasos la habían llevado hasta allí era por algo.

El correo electrónico.

Se sentó delante del ordenador y lo puso en marcha. Esperó a que todo estuviera dispuesto para entrar en Internet y abrirlo. Luego tecleó la dirección electrónica de Arturo en la franja destinada al envío y su nombre, Silvia, en la destinada al asunto. Su ímpetu decreció al tener que comenzar el mensaje.

Sus manos se paralizaron.

Si estaba allí, en la India, era por ser libre.

Sin embargo Mahendra era capaz de ver sus cadenas.

Invisibles.

De la misma forma que Leo veía las nubes de sus tormentas.

Escribió: «Querido Arturo, creo que esta distancia nos está yendo muy bien. Te echo de menos y...»

Detuvo sus manos, leyó aquella simple línea y la borró.

Volvió a escribir: «Querido Arturo, siento que algo está cambiando en mí, la vida, los sueños, las esperanzas. A veces nos enamoramos sin saber por qué, pero hoy puedo decirte que te quiero por...»

Volvió a borrar lo escrito, con más rabia.

La respuesta final no la obtendría contemporizando. La respuesta final le llegaría cuando volviera, cuando se encontrara de nuevo con Arturo, en su reacción, si echaba a correr para arrojarse

en sus brazos y besarle o si, por el contrario, sentía el lastre que todavía la arrastraba ahora hacia los abismos de su ser. Y faltaba todavía mucho para ese regreso.

Toda una vida.

Escribió por tercera vez: «Querido Arturo, estoy bien, aunque con mucho, muchísimo trabajo. Me encanta lo que hago, lo que siento. Lamento no poderme extender más, pero aquí mandar correos electrónicos es un lujo y necesitamos los equipos para algo más. Pienso mucho en ti y... —vaciló un segundo pero acabó agregando—: te echo de menos. ¿Estás ya de vacaciones? Un beso. Silvia».

* * *

Arturo de vacaciones, claro.

Ni siquiera había pensado en ello.

Cadaqués, la Costa Brava, el yate de Emilio, un poco de locura, el campo libre para que Beatriz lo intentara...

Tres clases de amor, de entre las muchas que tal vez existieran, la rodeaban como inocentes nubes de algodón. Por un lado estaba el amor de Leo, convulso, rabioso, herido por la traición de su novia. Por el otro lado estaba el amor de Mahendra, poderoso, radical, llevado al máximo de la pasión. Y en tercer lugar el amor de la espera, calmado, sin tiempo ni edad, que era el de Lorenzo Giner por la doctora Roca.

¿Dónde situar el de Arturo?

¿Qué clase de amor era uno que admitía llamarla Miss ONG?

—Aún resultará que estás traumatizada por eso

—se dijo en voz alta.

Lo malo de los traumas era que formaban un poso, oxidaban el fondo, y tarde o temprano, sin importar los años, acababan saliendo por donde menos se los esperaba, fastidiando el futuro.

Si ella desaparecía, si cortaba, ¿cuánto tardaría Arturo en olvidarla y salir con otra? Bueno, olvidarla no, porque quedaba la huella indeleble en el alma. Pero salir con otra... ¿Un año? ¿Seis meses?

—Menos —volvió a decirse con implacable masoquismo.

Mahendra llevaba cinco años prisionero de un recuerdo.

El amor en un país con bodas sin amor. Extraordinario.

—La pregunta es... ¿por qué, de pronto, piensas tanto en Arturo? —exclamó en voz alta por tercera vez.

No tenía ninguna respuesta.

Y por la misma razón no la tenía cuando sentía aquel extraño respeto por la fuerza y el carisma de Leo, o miraba como si fuera un imán al otro lado del lago, hacia aquella luz que era como un faro en la noche. La luz que presidía la única habitación de Pashbar en la que todavía no había estado.

Tres clases de amor.

Arturo.

Tuvo que tomarse una aspirina para poder calmarse y dormir.

Capítulo diez

La sombra del árbol bajo el cual se guarecían les ayudó a combatir el implacable calor. Tenían la ropa pegada al cuerpo, formando una segunda piel húmeda que no se atrevían a quitarse por pudor. Leo gimió viendo las aguas del lago tan próximas.

—Con qué ganas me daría un chapuzón.

—No creo que Mahendra pueda verte desde Pashbar.

—Alguien podría contárselo.

—¿Y qué?

—Sería capaz de echarnos de sus tierras, a todos.

—No le conoces.

—Tu amigo será un encanto contigo, pero es temible en lo que respecta a su lago y lo que encierra. Hace dos años un cooperante arrojó un tronco al agua y se subió a él para utilizarlo como barca. Lo hizo detener y casi lo expulsan de la India. La doctora Roca se las vio y se las deseó para lograr que la sangre no llegara al río. En el fondo está loco, como todos los ermitaños, aunque tú estés seducida por él.

—Yo no estoy seducida.

—Fascinada.

—Tampoco.

—Vale, vale —Leo alzó las dos manos con las palmas vueltas hacia ella en señal de paz.

—Es otra cultura, otra forma de entender la vida

—insistió.

Leo no continuó la discusión, pero sí mantuvo sus ojos en la superficie líquida, misteriosa y oscura en aquel momento. No sabían nada del lago, cómo se mantenía, cuál era su profundidad, qué clase de animales lo poblaban.

—¿Te imaginas que, de pronto, un día, ese cadáver emergiera a la superficie? —dijo de repente el joven.

—Puede que eso le liberara.

—Se rompería el hechizo, la magia. Ese tipo vive precisamente por esa esperanza. Si pudiera quemar a su esposa y arrojar sus cenizas al lago como hizo con sus hijos, dejaría de creer en ella.

—¿En su mujer?

—No, me refiero a la esperanza. Es lo que le mantiene. Muchas personas tienen un sueño, se pasan la vida luchando por él y, cuando lo consiguen..., se dan cuenta de que están vacíos, porque lo que les permitía vivir y continuar era el sueño en sí, no el hecho de alcanzarlo. Mientras lo perseguían eran felices. Al tenerlo no saben qué hacer.

—Eso demuestra que no es bueno poner toda la fe en una sola cosa —afirmó Silvia.

—Estoy de acuerdo.

—Mira quién habla.

—¿Qué quieres decir?

—Que esto es tu fe —señaló el hospital.

—Lo es mi carrera —indicó Leo.

—Tú amas este lugar. Si no, no habrías vuelto cuatro años.

—Te equivocas. Este lugar también forma parte de mi carrera.

—No te estoy censurando ni criticando —dijo Silvia—. Llevo apenas nada y desde luego... —suspiró llenando sus pulmones de aire—. Aquí estoy descubriendo lo que de verdad es ser médico.

—Eres una romántica. Aquí lo que se descubre es la impotencia de ver cómo apenas puedes hacer lo mínimo porque no hay nada, y te das cuenta de la diferencia abismal que existe con nuestra casa.

Desde que habían sellado la paz, rompiendo los hielos que les separaban, hablaban más, y lo hacían a conciencia. Con Mahendra establecía el vínculo de la fascinación, en eso tenía razón Leo, aunque no quisiera reconocerlo en voz alta. Pero con él fortalecía otro

vínculo, el de la realidad, la toma de conciencia, el sentido de la propia vida. Hablaban un mismo lenguaje desde perspectivas distintas, pero bajo el mismo compromiso. Y más que conocerse el uno al otro, se estaban descubriendo.

Sabía que, tarde o temprano, su compañero le haría aquellas preguntas.

—¿Qué dijeron tus padres cuando te viniste aquí?

* * *

Podía mentir.

No lo hizo.

—Tuve una enorme pelea.

—Al eminente doctor Prats no le gustó, ¿eh?

—Tenemos puntos de vista distintos, eso es todo.

—¿Y tu novio?

—¿Qué novio? —se envaró.

—Tú eres de las que tiene novio.

—¡Oye, tú!

—¡No me tires nada! —se protegió Leo, riendo al ver que ella alargaba la mano para atrapar una rama o una piedra—. Sólo era un comentario.

Y había acertado. Eso era lo que más le dolía.

—Salgo con alguien —aceptó—, pero de novio nada.

—¿Y que dijo él cuando supo que pasarías el verano aquí?

Se mordió el labio inferior. No supo si contárselo. Luego comprendió que tal vez fuese una terapia hacerlo, una forma de liberarlo y, de paso, ver la reacción de alguien ajeno, aunque Leo no era el juez más idóneo.

—Me llamó Miss ONG.

La expresión de Leo no dejó lugar a dudas.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Qué hace ese lumbreras?

—Estudia Económicas.

—Vale —lo dijo como si eso fuera concluyente.

—¿Vale, qué?

—Para los que manejan pasta, esto es una película que no entienden.

—Tú tampoco entiendes la suya, y es la pasta la que mueve el mundo y la que permite que estemos aquí, en este hospital.

—No, lo que mueve el mundo no puede ser la pasta, sería demasiado... triste —arrugó la cara Leo.

—En eso soy realista, lo siento. El amor, la voluntad, el compromiso... todo eso está bien. Pero sin dinero no hay nada. Es duro reconocerlo pero hay que aceptarlo.

Hubo unos segundos de silencio. Los dos parecieron reflexionar acerca de sus ideas y sus posturas. No siguieron por ese camino. La nueva pregunta de Leo fue mucho más directa.

—¿Le quieres?

—No lo sé.

—¿Le querías antes de que te fallara?

—Sí.

—Entonces aún le quieres, por mucho que te sientas herida y traicionada. Déjale que digiera esto. Cuando regreses volverá con el rabo entre las piernas y cara de corderillo.

—Estás tú muy seguro de todo.

—No va a dejarte escapar, a menos que sea idiota.

Aceptó el halago. Porque era un halago. Le reconocía mucho con sus palabras. Aceptaba que él no la dejaría perder.

—Pero cuando el ser al que amamos nos falla...

Leo se ensombreció.

Fue un leve bajón que duró otros dos o tres segundos más.

Silvia quiso preguntarle por su experiencia pero no se atrevió.

—Yo ya estoy curado. Tengo el amor aparcado

—se desperezó Leo, cambiando el tono de su voz para agregar lleno de sorna—: Fíjate en nosotros. ¿Sabes lo tranquilo que estoy sabiendo que no vamos a enamorarnos ni a vivir un tórrido romance oriental aprovechando las circunstancias, que sería lo más lógico? Así no hay problemas. Y siempre es mejor ser amigos para siempre que mantener un rollo que echara chispas hoy para acabar odiándonos mañana.

—¿Y tú hablas de películas? —alucinó Silvia—. ¡Por Dios, menuda acabas de montarte!

—That's life! —dijo en inglés.

—¿Y por qué tendría que acabar mal, si puede saberse? —insistió ella.

Se encontró con una burlona y escéptica mirada por parte de Leo.

—¿Tú y yo juntos? —chasqueó la lengua y sus ojos brillaron mordaces—. ¡Nos mataríamos!

* * *

Se sentía mejor después de haber tenido aquella larga conversación con Leo. Mejor en muchos aspectos y muchos sentidos. Mejor porque podía exteriorizar sus sentimientos, hablar de Arturo, confesarse con alguien que, por lo menos, la entendía. Alguien que rondaba su edad y no la de la doctora Roca o el doctor Giner. Otra cosa era que, de pronto, Leo se le apareciera como alguien divertido, directo, con personalidad propia, cargado de ironía, a veces orlado de una evidente capa de cinismo producto de su frustrado amor de cuatro años antes, pero honesto y firme, aunque no siempre estuviese de acuerdo con él y sus criterios.

Se moría de ganas por preguntarle acerca de aquel amor que lo había convertido en un resentido sentimental, pero aún no se atrevía a tanto. No se sentía capaz de ahondar en una herida que daba la impresión de seguir abierta. Esperaba.

Por su mente rebotaban aquellas palabras tan fulminantes:

—¿Tú y yo juntos? ¡Nos mataríamos!

Noche y día.

Sus padres no se habían peleado jamás. Arturo y ella tampoco. Uno de los dos siempre retrocedía. Y a lo mejor era bueno soltarse, liberar energías negativas. Llorar la serenaba, la limpiaba. Quizás gritar fuese lo mismo pero a nivel mucho más interior. La separación de Arturo les provocó a ambos dolor, tristeza, la frustración de sentirse heridos por el otro, pero no la suficiente rabia como para alzar la voz.

No había sabido qué responderle a Leo.

Salvo un: «¡Estás loco!» seguido por una carcajada.

¿Se matarían realmente?

¿Y acaso no era mejor un tiempo de pasión, aunque luego todo terminara, que la implacable sensación del vacío?

¿No era mejor vivir y llorar que no hacerlo y mentirse?

Leo se equivocaba. Pero entendía su reacción.

Antes de Arturo se había enamorado tres veces, o por lo menos eso creía. La primera a los doce años, y no sabía si contaba realmente. El chico era el guaperas del colegio, tres años mayor. Ella aún no estaba formada ni desarrollada, aunque todos decían ya que era muy guapa. Apenas si hablaron durante aquel curso, y cuando lo hicieron, fue siempre por temas triviales, en el patio, coincidiendo en el autobús, en una asamblea escolar. En pleno verano le vio con una chica, de la mano. Se le cayó el alma a los pies y eso fue todo.

Pero derramó sus primeras lágrimas por amor.

El segundo fue mucho más fuerte. Catorce años. Amor de verano, playa, furtivas miradas, escapadas al margen de los demás, y el primer beso, de noche, en una discoteca. Un beso real, de verdad. Un beso que la deshizo y le llenó la mente de estrellitas. Había otros dos chicos que suspiraban por ella, pero se rindieron a la evidencia y se retiraron, derrotados. El resto del verano, apenas dos semanas, fue de ensueño, hasta que llegó la inevitable separación. Ella a Barcelona y él a Vigo. Mil kilómetros de por medio. Las primeras cartas fueron maravillosas, hasta que decreció el impulso y se extinguió el fuego. Cuando supo que ya no volvería a la Costa Brava porque estudiaría en Londres

tiró la toalla.

El tercero, con diecisiete años, pudo ser el más importante, pero por suerte descubrió que ni ella ni él iban en serio. Se lanzaron a tumba abierta, perdió la virginidad a su lado, y un día, al mirarlo, supo que no iba a pasar nada más, que todo había sido un espejismo, que casi les habían empujado el uno en brazos del otro por el simple hecho de ser «la pareja ideal», «el chico y la chica perfectos».

Estaba tan harta de que sólo la valorasen por su imagen...

Un año después apareció Arturo.

Y con él la estabilidad emocional.

Si no fuera así, si no le importara, no tendrían tantos problemas de pronto para aquilatar sus ideas, sus futuros, y buscar la forma de compartirlo todo sin quitarle nada al otro.

En eso estaba.

Aunque allí, sometida a los vaivenes de su nueva vida, fuera difícil pensar en cómo hacerlo.

* * *

La voz de su madre tenía un punto de ansiedad mal reprimida.

La conversación era la más trivial de cuantas hubieran mantenido desde su llegada a la India, hecha de frases convencionales, tics y la inquietud solapada

de un evidente nerviosismo. Silvia no se atrevía a preguntar. Estaba segura de conocer la espiral en la que podía meterse si lo hacía. Pero estaba claro que su madre no iba a dejarla tan fácilmente.

—Mamá, tengo guardia —mintió.

—Espera, por favor. Siempre con prisas.

—Esto no es un hotel, entiéndelo.

—Tampoco es una cárcel.

Era domingo, así que se la imaginó en la masía, quizás junto a la piscina, iluminada en la noche como si fuera un pedazo de cielo muy azul capturado por la

tierra. El paisaje era hermoso. La casa de la montaña era la casa de sus sueños, siempre lo había sido. Y en aquel momento la sentía muy lejos, como si ya no le perteneciera.

—Siento tanto que tu padre no esté aquí...

—¿Adónde ha ido?

—Jugaba al tenis con Ricardo.

Siempre activo, siempre ocupado, siempre intenso.

—Total, para discutir por teléfono...

—Silvia, por favor.

—Mamá, es la verdad.

—Pues yo quería pedirte que le llamaras —se desnudó anímicamente—. Es tu padre.

—Y yo su hija.

—Pues por eso.

—Me refiero a que si yo he de respetarle como padre, él debe respetarme como hija.

Recordó lo que le había dicho Jordi acerca de aquellas lágrimas y sintió un nudo en el estómago.

—Sois tal para cual, ¿vale?

—Seremos tal para cual, pero a mí no me da ni la más mínima oportunidad.

—¿Y tú a él?

—¿Yo a él? ¡Es mi vida la que está en juego, y yo soy la que quiere vivirla a mi modo, no al suyo!

—Estos días ha cambiado.

—¿En qué sentido?

—Se da cuenta de lo que estás haciendo, lo valora, ha perdido ese punto de rabia propio de los Prats, cuando algo se os tuerce o alguien os cambia los planes —la pinchó—. Hace dos días le contaba a Juan Calvo lo que estabas haciendo, y lo hacía con un orgullo...

—Mamá, aún no estoy preparada para enfrentarme a él, ¿vale?

—¿Enfrentarte?

—Llámalo como quieras —manifestó agotada—. Necesito esta distancia.

—Las distancias ahogan y matan, hija. Él es tu padre y te quiere. Bastaría con que le dijeras que estás bien y eres feliz.

—Dijo que no quería saber nada de mí.

—¡Todos decimos cosas en momentos de ofuscación!

—Rosendo Prats las dice a conciencia —la pinchó aún más—. Agregó que estaba loca.

—Silvia...

—Dame tiempo, mamá, por favor. Dame tiempo, y dáselo a él si, como dices, está cambiando. Ahora, en serio, he de cortar. Hace ya cinco minutos que tenía que haber entrado de guardia y aquí estamos en muy en cuadro como para que uno llegue tarde y fastidie al otro.

—Cariño...

—Te quiero, mamá —le concedió, al menos, lo que ella deseaba oír—: Y a papá también.

Capítulo once

A medida que se acercaba la boda de Narayan, observó en las dos hermanas un cambio de humor. Viji molestaba más a su hermana, la trataba peor, la incordiaba de una forma a veces rabiosa. Eran sus últimos días juntas. Cuando la menor se convirtiera en una esposa, perderían el contacto, dejarían atrás los sueños, los años en que una era la mayor y la otra la seguía como un perrillo faldero. Pero al mismo tiempo, Silvia apreció la gradual seriedad que iba envolviendo poco a poco a Narayan. Hacía menos preguntas, apenas hablaba, se envolvía en silencios llenos de una soterrada carga emocional interior. Pasaba de estados de alegría y excitación absolutas, teniendo en cuenta que iba a ser la gran protagonista de la ceremonia y que eso significaba dar el paso decisivo hacia su madurez, a momentos de infinita tristeza y recogimiento. Miraba el paisaje con el dolor de quien sabe que está a punto de perderlo. Intentaba absorberlo todo con la ansiedad del último minuto, cuando comprendemos que ya es tarde y que, hagamos lo que hagamos, lo que sigue no tiene remedio.

—Deberías ayudar a Narayan —le dijo a Viji.

—¿Por qué?

—Es una niña.

—Va convertirse en mujer de Raman Singh, será feliz, tendrá cosas, cuanto desee. Se hará la raya en medio y vestirá de rojo, como una mujer casada.

—No deja de ser una niña, y puede que esté asustada.

—Ya querría yo estar asustada —Viji se lo dijo con la mayor de las naturalidades, hundiendo en ella aquel único ojo tan expresivo—. Raman es muy buena familia. Aunque suegra le pegue al comienzo, para que aprenda, Narayan será muy y muy feliz, y hará feliz a Raman porque es guapa y fuerte.

—¿Por qué dices que su suegra le pegará?

—Mi madre pega a esposa de hermano Naresh.

—¡Ay, Dios! —suspiró, atrapada por sus convencionalismos occidentales.

—¿En España no se pega a esposa de hijo?

—¡No!

Pareció no creerla. Sonrió divertida. Silvia no supo si hablarle de Derechos Humanos o de convivencia, de respeto o de libertad. Recordó el tema de las esposas quemadas y acabó convenciéndose de que era absurdo luchar contra el viento, y más con las manos desnudas. Olvidaba que Narayan se casaba con un completo desconocido por acuerdo familiar. Partiendo de semejante premisa, todo lo demás era posible.

—¿Por qué en Occidente amor es tan importante? —le preguntó Viji con la mayor de las inocencias.

* * *

La cama de Sahira estaba vacía.

Fue tan inesperado, tan contundente, que se quedó conmocionada, igual que si acabase de recibir un puñetazo en el plexo solar capaz de dejarla sin aliento. Sus piernas se le doblaron y vaciló un largo instante, una eternidad en la que se sintió súbitamente helada, con la mente en blanco.

El grito creció ahogado en su pecho.

—No, no..., ¡no!

No vio a nadie del personal del hospital. Era una de esas mañanas en las que algo le hurtó el sueño antes de hora, y entonces, ya no había motivo para quedarse en cama. Debía de ser la primera en madrugar. La mujer que estaba más cerca, en el lecho contiguo, la miraba con ojos revestidos de ausencia.

—¿Y la niña que estaba aquí? ¿Adónde ha ido?

No la entendió. Se lo explicó por señas y fue inútil. La mujer le respondió algo que no pudo descifrar. Sus ojos brillaron con intensidad al señalar la cama de la niña enferma, pero Silvia no quiso ceder al impulso de creer en lo peor. Los ojos de la mayoría brillaban y no por ello parecía que fuesen a llorar.

—Sahira... —gimió.

Buscó a una de las muchachas que ayudaban en el hospital, porque el resto de los cooperantes todavía no andaba por allí. Acabó corriendo entre las camas, para llegar a la oficina de control. Antes de cruzar aquella puerta se tropezó con Uruashi, una de las enfermeras.

—¡Sahira! —fue su única palabra.

El rostro de Uruashi se transmutó. De la alegría inicial y los «buenos días» abortados en sus labios a la tristeza. A nadie se le había escapado el cariño de Silvia por aquella niña. La realidad se convertía en un disparo seco.

No supo cómo decírselo, aunque, en ese instante, la verdad impusiera su lógica.

—No... ¡No! —comenzó a llorar.

Uruashi intentó retenerla. No pudo. Silvia se le escapó igual que un pez. Echó a correr buscando una bocanada de aire fresco que no encontró ni siquiera en

el exterior del centro médico. Entonces continuó

corriendo, mitad ahogada, mitad asustada. Cuando el miedo se impuso al dolor, las lágrimas ya surgían imparables por las presas abiertas de sus ojos. Ni tan sólo entendía el porqué.

¿Por qué Sahira y no otra de las personas a las que había visto morir allí?

Una vez, siendo niña, había llorado profusamente ante un perro herido al que jamás había visto. Sólo porque el animal, atropellado por un coche, la miró gimiendo con unos ojillos tan increíblemente asustados...

Los ojos de quien no entiende por qué se está muriendo.

Como Sahira.

Y ni siquiera había estado a su lado. Había muerto de noche, sola, sin una mano amiga que la consolase y la sujetase en el tránsito final. Muerta por haber nacido pobre y condenada casi de antemano, en un país que exigía fuerza donde no la había y resistencia en medio de la precariedad del día a día. El fin de los inocentes.

O de la inocencia.

Su inocencia.

No supo cómo llegó Leo a su lado, ni de dónde había salido. Pero se le materializó casi encima, sujetándola, impidiendo que siguiera corriendo sin rumbo. Entonces llegó la alucinación final, el desespero, mientras bordeaba la fina línea que separaba la histeria de la calma.

—No, no... —oyó decir a su compañero—. Vamos, Silvia, cálmate... Vamos, no, sssh... Respira, ¿de acuerdo? Calma, calma, cariño...

Primero quiso apartarle. No lo logró. Después intentó abofetearle y él no permitió que sacara sus manos del interior de aquel abrazo lleno de firmeza. Un segundo antes de rendirse le miró con rabia, odio, el sentido más inhumano de la frustración. Fue al ceder, por completo, en cuerpo y alma, cuando rompió a llorar de nuevo y se entregó a él.

Leo la abrazó aún más, con fuerza.

—Venía a verte para decírtelo —le susurró al oído—. Lo siento. Lo siento mucho. Sabíamos que iba a morir, ¿verdad? Lo sabíamos y aún así... Vamos, llora si quieres, sácalo todo, pero recuerda que esto nos ha pasado a todos, que ni uno solo se libra de la gran depresión, que tarde o temprano tocamos fondo y es entonces cuando mejor comprendemos qué hacemos y por qué estamos aquí, y eso nos permite emerger y trabajar más y mejor.

—¿De qué... estás... hablando? —gimió.

—De que tú todavía estabas jugando a los médicos.

Silvia levantó la cabeza. Por entre sus lágrimas y el renacer de su rabia vio el rostro sereno de Leo.

—¿Y de qué... sirve...? ¡Mueren igual!

—Sí sirve. Sin esto y sin nosotros morirían más. Y es por los que salvamos por lo que estamos aquí. ¡Por ellos, Silvia!

—Sahira...

—Sé fuerte —la estrechó contra sí—. Precisamente por ella vas a serlo más, ¿de acuerdo? Sahira te ha dado justo lo que necesitabas.

Ya no le preguntó qué era.

Por fin lo sabía.

* * *

Su mano ya no vaciló cuando empezó a escribir el correo electrónico.

«Querido Arturo: Aquí la vida y la muerte se mezclan. La vida es una exaltación y la muerte un canto. Bueno, quizás sea al revés. No estoy ya muy segura de según qué. Pero sea como sea, te diré que es la muerte la que nos empuja más y más a la vida, y que yo jamás me había sentido más viva de lo que me siento hoy. Es difícil explicar las cosas, porque las palabras a veces no reflejan la inmensidad de los hechos. Las palabras son escasas y surgen desnudas, así que cada cual acaba vistiéndolas a su modo, interpretándolas como quiere o como las siente en su alma. Si pudieras ver con mis ojos, y percibir el resto con mis otros sentidos, entenderías de qué te estoy hablando. No pretendo convencerte ya de nada. Tampoco intento exaltar lo que hice ni menoscabar tus argumentos. Ahora veo que hice lo normal, lo natural según mis creencias y mi forma de ser, y que no merezco ni cielos ni infiernos por ello. No soy una heroína. Tampoco una buscadora de sueños. Me siento la mujer que sabía que existía dentro de mí y es suficiente.

Perdona que te haya escrito poco y mal. Perdona que siga escudada detrás de mi rencor como si aquel «Miss ONG» fuera una roca que me impidiera ver el sol, los árboles y la vida. Perdona que quisiera dejar pasar este verano como si no existieras. Es absurdo y ahora me doy cuenta. Sé que esta separación nos va a hacer bien. La necesitábamos para darnos cuenta de nuestros sentimientos. A veces, querer no basta. Y nosotros nos queremos. Así que ahora vamos a descubrir qué clase de amor es el nuestro y en qué dirección se mueve. Algún día serás un brillante economista, ministro de Hacienda incluido, y yo una reputada cirujana. Son dos caminos, pero si existe un nudo común que los una nuestro deber es encontrarlo.

Me es difícil estar en contacto contigo. Y no quiero de ti correos convencionales y huecos ni tampoco cartas dolorosas. No es el momento. Tenemos una cita a mi regreso. Puede que entonces, con sólo mirarnos, nos baste para saber todas las respuestas a las preguntas que ahora nos hacen daño.

Pásatelo bien. Cuídate mucho. Te quiero, sinceramente.

Silvia.»

Dejó de teclear y releyó lo escrito. Estuvo a punto de suprimir lo de «ministro de Hacienda», pero lo dejó porque era una broma que solían hacerse y constituía una pincelada de distensión en medio de aquel alarido de sinceridad.

Cuando llevó el cursor hasta el rectángulo señalado con la palabra Send ya no vaciló y presionó el ratón.

* * *

Elisabet Roca metió la cabeza por el hueco de la puerta, que estaba medio abierta, mientras golpeaba la madera con los nudillos quedamente.

—¿Puedo pasar?

—Claro —Silvia se incorporó de la cama y se quedó sentada en ella.

—No sabía si dormías.

—No lo hacía.

La mujer se detuvo en medio del bungalow. No hizo ademán de acompañarla y ocupar el espacio que quedaba libre en el jergón. La miró con aspecto maternal, con las manos unidas por delante. Sus ojos destilaban una dolorosa ternura.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿En serio?

—De verdad, sí. No sé qué me ha sucedido.

—Yo te lo diré: has tenido un ataque de pánico.

—No creo que...

—Es como un peaje. Tarde o temprano explotamos. En tu caso ha sido por esa niña y en el de los demás... Bueno, cada cual lo hace a su modo, a veces por una tontería. Lo malo es que suele pillarnos a contrapié y nos desconcierta.

—Sahira era especial.

—Lo era para ti, por alguna razón. En otro cooperante el ser especial será un anciano que le recordará a su padre, o una mujer que sin saber por qué le sacudirá la conciencia. Pero nadie queda inmune. Somos humanos.

—Es lo que me ha dicho Leo.

—Y sabe de qué habla.

—¿A él...?

—La primera vez, a poco de llegar aquí —dijo Elisabet Roca—. Vio morir a una muchacha de unos diecisiete o dieciocho años, no sé si parecida a la novia que tuvo o no. Lo cierto es que se desfondó, sacó todas las lágrimas que no había vertido al dejarlo ella. Fue su catalizador, y todos tenemos el nuestro.

—¿Tú también lo tuviste?

Elisabet Roca cubrió la distancia que la separaba de su lado y, ahora sí, se sentó en la cama. Le tomó una mano entre las suyas. Un crepúsculo grisáceo inundaba sus pupilas.

—Ya te dije que llegué aquí con más o menos tu edad, hace treinta años —manifestó despacio—. Y te dije que no me quedé de inmediato, que luego acabé los estudios, me casé, enviudé... ¿Recuerdas?

—Sí.

—Cuando murió mi marido, tan joven, tan lleno de energía, me pareció lo más injusto que jamás hubiera imaginado. Confieso que regresé aquí para encerrarme en vida, para huir del mundo y escapar de la realidad, y también sintiéndome culpable, como si tuviera que pagar un precio por el derecho de seguir respirando mientras que él ya no estaba en este mundo. Durante unos meses me moví como una autómatas, sonámbula perdida. No sé cómo no me volví loca. Creía que él estaba en España, que se reuniría conmigo en unos días. La realidad era un golpe tremendo cada mañana, al despertar y comprobar que todo era cierto. Por esta razón curar a los enfermos era un arma de doble filo. Les curaba a ellos porque no había podido curar a mi marido. Y no me complacía salvarlos porque no le había podido salvar a él. ¿Te das cuenta? Era una espiral sin sentido.

—¿Y qué sucedió?

—Un día le salvé la vida a un hombre. Tenía tan escasas posibilidades de sobrevivir que... Bueno, aún no sé si fue un milagro, si Dios guió mi mano o si estuve sencillamente genial. Lo cierto es que lo conseguí. Cuando salí del quirófano me encontré con su mujer, una india muy guapa, ya con tres hijos. Se me echó a los pies, llorando, me abrazó, me besó, me contó que sin su marido habría enloquecido de dolor y se habría matado junto a sus hijos.

—¿Lo habría hecho?

—No lo sé —dijo la doctora Roca—. Lo más probable es que no, pero... ¿Cómo saberlo? Sin su marido ellos estaban abocados a la pobreza. Esa mujer, por lo visto, no tenía a nadie. Tal vez para ella la muerte hubiera sido una escapada. Pero no es de eso de lo que te estoy hablando.

—¿Fue tu catalizador?

—Sí —le apretó la mano con las suyas—. Nada podía devolverme a mi marido, pero yo le había devuelto el suyo a otra mujer. La cadena no se había roto, ¿entiendes? Si yo me hubiese rendido, ese hombre no habría sobrevivido. Si no me hubiese entregado... —hizo una leve y reflexiva pausa antes de agregar—: Aquella noche me la pasé llorando. Y aunque he llorado otras veces, muchas, al día siguiente empecé realmente a vivir, a luchar. Fue un despertar absoluto, mi auténtico Génesis. Leo tuvo el suyo. Y ahora éste es el tuyo. Cada vez que te sientas frágil, recordarás a Sahira, y en lugar de desmoronarte, tendrás más fuerzas para no rendirte.

Silvia dejó que el contacto con Elisabet Roca la llenara y le transmitiera la apacible calma de aquel bálsamo reparador. Tuvo un estremecimiento.

Luego...

La mujer no la dejó continuar dentro de aquel círculo vicioso.

—Dentro de tres días irás a Mysore para hacerte cargo de un envío de material —le dijo incorporándose y soltándole la mano—. Te irá bien salir de aquí por unas horas y darte un paseo.

* * *

El cuerpo de Sahira apenas si ocupaba un mínimo espacio en lo alto de la pira funeraria. Envuelto en gasas blancas, su volumen era exiguo, un capullo que la naturaleza daba la impresión de haber dejado caer de forma caprichosa sobre las maderas apiladas en el crematorio.

Cuando las llamas comenzaron a devorar los troncos, trepando por ellos hasta su cumbre, fue como si lo envolvieran con todo su amor, dándole el calor que la muerte le había quitado. Unas llamas rojas, móviles y enloquecidas, que danzaban siguiendo una música propia y singular.

Los escasos presentes parecían hipnotizados ante ellas.

Silvia miró a la madre de la niña. Su rostro mostraba finalmente la paz que la embargaba. Su expresión, pese a todo, era dulce. La cremación colmaba cualquier anhelo posible una vez consumada la tragedia. Tenía a sus otros tres hijos y eso le daba fuerzas. Era su compromiso. Tres hijos y un cuarto en camino, porque cuando le dio el dinero para que pudiera comprar aquella madera, se tocó el vientre y se lo hizo saber.

La vida seguía.

—Sahira —le dijo la mujer.

—¿Y si no es niña? —preguntó aún sabiendo que ella no la entendía.

—Sahira —repitió llena de dulce convencimiento.

La creyó. Aquélla era su fuerza. Y la fuerza de un ser humano es lo más poderoso del infinito. Una fuerza tal vez superior, en su caso, porque su marido estaba lejos, trabajando, y ella soportaba el calvario de perder a una hija sin nadie que la ayudara. Cuando su esposo regresase sabría que su hija mayor había muerto y que otra estaba en camino.

Extraordinario.

El cuerpo de Sahira ya ardía en lo alto de la pira.

Un huracán rugiente los ensordecía ahora a todos. La madera gemía y se convertía en brasa. La mejor madera que el dinero había podido comprar. Una madera digna de prohombres. Muy cara para una madre sin recursos. Barata para una occidental sin problemas. Casi todos los presentes miraban a la madre de la muerta, preguntándose cómo la había podido conseguir. Y ella, cuando no miraba a su hija, miraba a Silvia.

Cómplices.

La ceremonia continuó al ritmo de su protagonista, el fuego.

Hasta que no quedara rastro del cadáver, la madre no se movería de allí. Luego le entregarían las cenizas que el río se encargaría de llevar muy, muy lejos.

Capítulo doce

Salieron del RHT antes de que amaneciera, para aprovechar al máximo el día. El trayecto hasta Mysore duraba un mínimo de cinco horas, dependiendo siempre de lo que pudieran encontrarse en el camino, una carretera cortada, un accidente que los paralizase un tiempo precioso, cualquier contratiempo inesperado... En la India no había distancias en kilómetros, sino en horas. Recoger los materiales que esperaban en el aeropuerto tampoco dependía de sí misma, sino de la burocracia pertinente. Por último, el regreso, siempre y cuando todavía consiguieran hacerlo de día, representaba otras cinco horas. Y no se trataba de un paseo.

Fue un trayecto muy hermoso, distinto al de la primera vez. Pudo apreciar mejor todos sus detalles embriagadores kilómetro a kilómetro, atravesando tierras yermas y tierras exuberantes, campos de plantas de cacahuets de un verde tierno y canela bajo un cielo azul recién lavado. Hombres y mujeres, niños y niñas trabajaban en los campos, en cuclillas, en una posición imposible para un occidental pero cómoda para ellos tras cientos de años utilizándola. Había gente dormitando a cualquier hora bajo las techumbres de los ramajes, en los improvisados «hoteles» del camino, que no eran sino simples barracas, y en cualquier parte elevada, la barandilla de un puente o un camastro al amparo del sol. Al pasar por encima del río llegó a ver lo que creyó que era un sari flotando sobre las aguas antes de comprender que se trataba de un cadáver, alguien cuya familia no había podido costear la cremación debido al precio de la madera. Confiaban el cuerpo al río para que él lo bendijera, lo santificara y lo llevara hasta el mar. En las orillas, el ritual del baño purificador era un espectáculo sobre las aguas marronosas. Cada persona se sumergía varias veces, rezaba, se lavaba con jabón... A veces flotaban lamparitas testimoniales.

Mysore era otra gran ciudad, pudo constatarlo el día de su llegada procedente de Bombay, aunque entonces apenas si pudo ver nada por la premura de tiempo, pero distaba mucho de poseer el abigarramiento y la densidad humana de la gran Puerta de la India. Se trataba de una urbe mucho menos gigantesca, con un toque de humanidad, jardines y avenidas, color y calor. La presencia de las vacas en medio de las calzadas se hacía mucho más evidente. Pero no era éste el más singular de los detalles. Por primera vez alucinó viendo a un jainista. Caminaba desnudo de pies a cabeza, haciendo oscilar su cuerpo enteco y su largo cabello blanco mientras agitaba por delante de su sexo un plumerito para ahuyentar a las moscas. No podían ni siquiera hacerle daño a una. En otra calle vio a un hombre víctima de elefantiasis. Su pie derecho parecía el tronco de un árbol. Mujeres con saris preciosos y adornos de oro en brazos y cuerpo se confundían con otras menos agraciadas por la fortuna. Y lo mismo en el caso de los hombres. La mezcla era heterogénea. Más la sedujeron los mercados, en los que se vendía de todo, siempre con media docena de niños trotando a su alrededor a la espera de dulces o dinero. La fruta era exuberante. Los puestos de tinturas estallaban de colorido. Las callejuelas rebosaban actividad con los vendedores de plátanos y jazmines, los peregrinos, los alfareros, los brahmines o los mendigos cohabitando sin problemas. Los puestos de telas acabaron siendo un reclamo. Se compró su primer sari, radiante como una niña.

La dependienta le enseñó cómo ponérselo. Le bastó con mirarse al espejo para sentirse otra mujer, diferente, llena de esencias indias. Estaba preciosa.

Ari, su chófer y acompañante, reía.

—Good, beautiful, pretty —repetía en su pésimo inglés asintiendo con la cabeza.

Silvia oyó hablar español. Volvió a la cabeza y vio al clásico grupo comandado por una guía con la banderita en alto. Estuvo a punto de detenerse para hacer de turista novata y decirles que ella también era española. Se abstuvo a tiempo. Como buenos especímenes patrios, hablaban a gritos.

—¡Qué miseria! ¡No me digas!

—¡Y todo tan sucio!

—¡No sé cómo pueden vivir así!

—¡Yo es que no me atrevo a tocar nada, no sea que me dé algo!

—¿Cuándo vamos de compras?

Se sintió furiosa. Más aún: rabiosa. ¿Qué esperaban de la India? ¿Cómo viajaban sin saber adónde iban? Por suerte no todos los del grupo eran ignorantes y estúpidos. Una compañera les hizo notar a las escandalosas una gigantesca antena parabólica situada en el techo de una de las casas que, según ellas, era miserable.

—No es que sean pobres. Por lo menos no aquí, ni esta gente. Es que viven así. Esta antena vale millones. ¿Cómo podemos criticar su forma de vida? ¿Sólo porque es distinta a la nuestra y no la entendemos?

Las gritonas no se quedaron muy convencidas. Les importaba poco la cultura, saber, aprender, conocer. Estaban de vacaciones y querían ir de compras. Ése era el sentido de su viaje a miles de kilómetros de sus casas. Se alejaron calle abajo embutidas en sus horripilantes indumentarias turísticas mirándolo todo con su experto ojo crítico.

Silvia no perdió mucho más tiempo.

Los tramites en el aeropuerto fueron sorprendentemente rápidos.

—Vamos a poder regresar de día —le dijo a Ari.

El chófer le sonreía exageradamente cada vez que ella se dirigía a él.

—Vale, sonrisas. Andando —le palmeó el hombro mientras suspiraba feliz.

* * *

Llevaba un buen rato adormilada, a pesar de su intención de resistir y no dejarse dominar por la somnolencia, para embeberse del paisaje siempre cambiante que le mostraba la carretera, cuando Ari la llamó.

—Lady, lady... ¡Oh, lady!

Abrió los ojos bajo la presión de la alarma. Hacía mucho que habían salido de la ruta principal y el terreno ya le resultaba familiar, por lo cual dedujo que la distancia que les separaba de su destino debía de ser mínima. No quedaba más allá de una hora de luz diurna.

El grupo que interrumpía el camino lo formaban casi una docena de hombres.

Y no eran amigables.

Se despertó de golpe. Una mano invisible le golpeó la conciencia. Llevaban una carga preciosa y preciada, medicinas, material médico, utensilios que, tal vez, en el mercado negro podían valer mucho dinero. Nadie le había hablado de asaltantes. Aquello constituía toda una sorpresa. Pero ahora ya daba lo mismo.

—No pares, Ari —se le ocurrió decir.

El chófer ya reducía la velocidad.

—Don't stop —le pidió.

Se encontró con los ojos suplicantes de su conductor. No era un héroe. Y ella tampoco una heroína. Los hombres apostados al frente no se movían. A medida que el cuatro por cuatro con la parte posterior convertida en camioneta para la carga disminuyó la velocidad, otros hombres surgieron de

ambos lados de la arboleda y se subieron a los lados.

Silvia se aplastó contra el asiento.

El lugar era perfecto, un recodo del camino desde el cual se divisaban las dos rectas, la anterior y la posterior. Ningún vehículo transitaba por allí en ese instante. Y tampoco había nadie cerca. Quizás los propios asaltantes hubiesen apartado a la gente o quizás no, pero eso ya daba lo mismo.

Ari detuvo el coche.

Tenía los ojos tan desorbitados que las pupilas amenazaban con saltar de ellos.

—Tranquilo —se le ocurrió decirle.

Tenía diecinueve años, era una mujer, y extranjera. Y se le ocurría decirle a él que estuviese tranquilo.

Uno de los hombres metió la cabeza por la ventanilla del lado del conductor. Habló con Ari, prescindiendo de ella. Le señaló un desvío, a menos de diez metros, a la izquierda, antes de llegar a la barrera humana del camino.

Ari le dirigió una mirada suplicante a Silvia.

—De acuerdo —asintió—. C'mon.

A velocidad reducida, el vehículo salió de su ruta y traqueteó por un sendero irregular y estrecho. La mitad de los hombres iba delante y la otra mitad detrás. De todas formas no rodaron mucho por allí. A menos de veinte metros, a salvo ya de cualquier mirada curiosa desde la carretera, hicieron que Ari parara el motor.

Se hizo un silencio espantoso.

No quería morir allí. No quería darle la razón a su padre. No quería que encontraran su cuerpo días y

días después, destrozado a machetazos y comido por las alimañas, para luego ser enviada en una caja a España. No quería que los periódicos hablaran de que una cooperante había sido asesinada impunemente por unos desesperados.

Todo eso la hizo sentirse furiosa.

Porque tampoco quería que le robasen lo que el hospital tanto necesitaba.

Uno de los hombres, el que parecía el jefe, abrió la puerta de su lado.

—¡Down! —le gritó.

No tuvo más remedio que obedecerle y bajar.

* * *

Ari se situó delante del coche, con las manos en alto, como si le apuntaran con una pistola. Las únicas armas visibles eran cuchillos muy grandes, machetes. Sus ojos seguían estando desorbitados. Rebotaban en la imposibilidad de los asaltantes. Silvia no se situó a su lado. Fue a la parte de atrás. La escena, de pronto, parecía congelada. Los intrusos no saqueaban la carga. Esperaban.

Cuando los dos primeros subieron arriba lanzó el grito.

—¡No!

Los dos hombres se detuvieron. Miraron al jefe de la partida. Tal vez aquella palabra, después de años y años de servidumbre, todavía obrara en ellos algún efecto. Silvia la repitió.

—¡No!

Estiró ambos brazos, los apoyó en la parte posterior del cuatro por cuatro, la abatible que servía para subir y bajar la carga.

Entonces uno de ellos se rió.

Y los demás, saliendo de su catarsis, imitaron su risa.

—¡Esto es necesario en el hospital! —lo repitió en inglés, enfatizando la palabra «hospital».

Hubo algún comentario, entre sí. Nada más. Los dos que estaban arriba agarraron la primera de las cajas.

—¿Es que no lo entendéis? ¡Es para curaros a vosotros, a vuestras esposas e hijos! ¡No podéis llevároslo!

Se dirigió al presunto jefe. Era un hombre de mediana estatura, delgado, con los pómulos salidos y el cabello en punta. Sus piernas estaban ligeramente arqueadas y tenía los pies muy grandes, casi desproporcionados con relación al cuerpo. Posiblemente jamás hubiera llevado zapatos. Vestía una falda anudada por atrás, convertida en pantalón, y llevaba una vieja chaquetilla por encima.

Quiso apartarla.

Fue el momento en el que se escuchó aquella voz, hablando un paupérrimo inglés.

—Dice mujer que esto medicinas.

Todos miraron hacia el que había hablado. Destacaba del resto por su obesidad, evidente con relación a los demás. Dio un par de pasos para dirigirse al que llevaba la iniciativa.

Se entabló una discusión, en su lengua.

Silvia no perdió el tiempo. Apenas si respiraba viendo aquel inesperado resquicio.

—Dile que esto es importante para el hospital, por favor. Son medicinas para salvar niños.

La discusión se mantuvo unos segundos más. El jefe del grupo hablaba con voz seca. El otro más relajado. Volvieron a centrar su atención en ella.

—Dice tú americana, siempre todas partes, mala persona.

—¡Soy española! —gritó—. ¡España! ¡Spain! —y continuó en inglés—: ¡He venido a curar niños indios! ¡Por Dios!, ¿estáis locos?

El resto sucedió muy rápido.

El jefe del grupo dio una orden a los dos de arriba. Cogieron de nuevo la primera de las cajas y sus compañeros rodearon el vehículo para ayudarles en su descarga. Silvia supo que se acababa de volver loca, que no era más que una chica recién salida de la adolescencia enfrentándose a un puñado de desconocidos en mitad de ninguna parte. Aun así lo hizo.

Volvió a gritar, y a ponerse delante de ellos con los brazos abiertos, tan rabiosa como cuando de niña alguien le quitaba un juguete y peleaba por él.

—¡No!

Cuando el hombre que dirigía la partida dio un paso hacia ella y levantó el machete, cerró los ojos y se orinó encima.

* * *

Esperaba el golpe.

Pero no llegó.

En su lugar escuchó de nuevo las risas, ahora más fuertes, más estentóreas. Lo comprendió todo al abrir de nuevo los ojos y ver la escena. Incluso

el jefe se burlaba de sus pantalones manchados de pipí.

No sintió vergüenza.

Sólo aprovechó su última oportunidad.

—Esto es para el RHT, por favor, díselo —le pidió al improvisado traductor.

No hizo falta mucho más. La palabra clave fue aquella: RHT.

Rural Hospital Trust.

El jefe levantó una mano y paralizó la acción del resto.

—¿RHT? —preguntó en un inglés gutural.

Un resquicio.

—¿RHT! ¡Yes! ¡Hospital! ¿You know? —buscó la complicidad del único que la entendía un poco y continuó en inglés, más despacio aunque igualmente firme—: ¡Tenéis que conocer a la doctora Roca, Elisabet Roca! ¡Y al doctor Lorenzo Giner! ¡Son los médicos! ¡Ellos os curan! ¡RHT! ¡RHT!

La discusión entre ellos fue la más larga de todas. Silvia se sentía incómoda, mojada, pero no se atrevía a moverse. Ari continuaba con los brazos alzados, por la parte de delante, sin que nadie le prestara la menor atención. La miraba a ella con cara de dolor de estómago, creyendo que se había vuelto loca.

Debía de estarlo, pero ya era tarde para echarse atrás.

Intentó descifrar el sesgo de la conversación por el tono y las palabras pero le fue del todo imposible.

Entonces sacó de su bolsillo el dinero que llevaba.

—Coged esto —dijo.

El jefe del grupo terminó la disputa. El otro hombre y él se colocaron delante de Silvia. Ninguno de los dos tocó de momento el dinero, aunque lo miraron.

La nueva pregunta la desconcertó.

—¿Conoces hermana Silvia?

Parpadeó un par de veces, sin entender nada.

—¿Silvia? —dijo—. Yo me llamo Silvia.

—¿Hermana Silvia, del RHT?

No comprendió lo de «hermana», pero la palabra no admitía duda aun en su pésimo inglés: sister.

—Soy... yo.

—¿Tú eres hermana Silvia que paga madera para Chandaben?

¡La madre de Sahira!

La sangre se disparó en sus venas. Sintió un zumbido en las sienes.

—Sí —asintió.

El traductor y el cabecilla se miraron por última vez. No hubo más. El jefe del grupo alargó la mano y le tomó el dinero que todavía sostenía en ella. Alzó la voz para dar una orden y los hombres saltaron de la parte de atrás del cuatro por cuatro. Cuando la profusa vegetación comenzó a engullirlos, él hizo el saludo indio por excelencia, inclinando la cabeza sobre sus manos unidas por las palmas.

Su última palabra fue traducida por el hombre que la había ayudado.

—Dice siente.

Silvia no se atrevió a abrir la boca.

Lo último que hizo el hombre antes de que todos desapareciesen todos fue llevarse la linterna, visible en la guantera de la puerta del vehículo, todavía abierta de par en par.

Elisabet Roca había insistido en revisarla de arriba abajo, comenzando por el pulso.

—Estoy bien, de verdad. No ha pasado nada.

—Porque aún no te ha salido el susto —la previno—. A medianoche tal vez despiertes con el corazón acelerado y pegando gritos. ¿Quieres eso?

—Ari ha exagerado.

—Ari exagera siempre, pero lo que te ha sucedido ha sido real. Por una vez...

Habían llegado al hospital a cien por hora, como si les persiguieran las hordas de la masacre de Amritsar. Silvia no pudo impedir que Ari pisara el gas a fondo, ni siquiera en las inmediaciones del RHT. Según el conductor, «un ejército» de forajidos había intentado robarles pero ella, «peleando contra todos», logró impedirlo.

O sea que, pese a todo, sí era una heroína.

Elisabet Roca temblaba.

—Cálmate —le pidió Silvia.

La doctora se paró un momento. Llenó los pulmones de aire y mientras lo expulsaba ella se levantó y la abrazó con todo su cariño. La mujer correspondió al inesperado gesto. Las dos quedaron atrapadas en aquella calma compartida.

—Si te hubiera sucedido algo... —susurró Elisabet Roca.

—Esto no es un crucero de placer por el Mediterráneo.

—Ya, pero...

No la trataba como a una cooperante más, sino como a una hija. La hija que nunca había tenido. Silvia lo comprendió de pronto y entonces la abrazó aún más. Temió echarse a llorar, víctima de los nervios al traicionarla, pero no lo hizo y se dominó. Al separarse sus ojos se encontraron de otra forma.

—Lo siento —dijo la doctora.

—¿Qué es un viaje sin experiencias que contar?

—quiso bromear ella.

—Son buena gente, lo que ha sucedido es muy extraño. Que alguien robe... Pero que lo haga un grupo de hombres sólo puede significar que las cosas van mal. Y eso también me preocupa. Probablemente alguien te ha visto con la carga y ha avisado de que una occidental pasaría por esa zona. No sabían que era material para el hospital. Lo extraordinario es que al enterarse se hayan echado atrás, y mucho más lo es que tu gesto para con esa niña ya sea conocido.

—Me llamó hermana Silvia.

—Muchos creen que somos religiosos.

—¿Monjas?

—Sí.

—Bueno, ya pasó. Lo que necesito ahora es dormir ocho horas, pero no por el susto, sino por el trayecto de ida y vuelta.

—De acuerdo —Elisabet Roca le acarició la cara—. Anda, ve.

Silvia se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias —susurró junto a su oído.

Fue suficiente.

Leo la esperaba junto a la puerta del bungalow. Estaba sentado en el escalón, aparentemente tranquilo. Silvia se dio cuenta de que fingía una despreocupación que sus ojos traicionaban. Se sentó a su lado esperando que fuera él quien rompiera el fuego.

Tardó en hacerlo.

—Un mal trago, ¿eh?

—Envidioso —bromeó—. Para una cosa que pasa por aquí y no te sucede a ti.

—A mí me habrían cortado en rodajitas.

—¿Y por qué crees que no me lo han hecho a mí?

—Nadie rompe algo bonito.

—Gracias.

—No hay de qué.

Habían roto el primer hielo, o la primera tensión. Silvia se encontró con los ojos de su compañero. Escrutaban en su interior.

—En serio, ¿cómo estás? —se rindió él.

—Bien, no pasó nada.

—No es lo que cuenta Ari.

—Menudo es. Estará contándole la historia a todos, y cada vez le añadirá algunos detalles extras, ¿qué te apuestas? Dentro de un mes resultará que yo solita luché contra cien hombres al estilo de Uma Thurman en Kill Bill.

—Tenía que haber ido yo a por esa carga.

—La doctora Roca pensó que me iría bien salir un día.

—Lo sé.

—No te rompas tú ahora la cabeza, ¿vale? Bastante nerviosa está ella.

—Es para estarlo. Sabes que en muchos sitios la mujer no vale nada.

—Vamos, Leo...

Estuvo a punto de abrazarlo también a él, como había hecho con Elisabet Roca. Se contuvo. Volvieron a mirarse y entonces ella sintió aquel ramalazo de pánico, un estallido emocional que la obligó a ponerse en pie.

—Estoy agotada —dijo con pereza—. Prométeme que mañana no volveremos a hablar de esto, ¿de acuerdo?

—Descansa —asintió Leo.

Cuando ella entró en su bungalow, él seguía sentado en el escalón, como si fuera a pasar allí toda la noche.

Capítulo trece

Los catorce mandamientos del buen cooperante formaban algo así como una declaración de principios. No eran un dogma de fe, pero casi. Los encontró navegando por Internet en Barcelona y los fotocopió junto a la historia de la cooperación internacional. La palabra empleada inicialmente había sido internacionalistas, a raíz del conflicto de Nicaragua en los años ochenta. Después se aceptó el término definitivo.

El incidente de la carretera la obligó a leer aquellos mandamientos una vez más.

Hacerlos suyos.

Sobre todo aquella primera noche, cuando despertó empapada en sudor, víctima de una pesadilla, y supo que Elisabet Roca tenía razón: seguía con el susto en su interior y necesitaba liberarlo.

El primero era: «Dejarás a la contraparte local protagonizar el proyecto». Equivalía a decir que lo único que debía asumir la cooperación era lo que las entidades y las personas del lugar no pudieran llevar a cabo; y que el cooperante debía asesorar, sugerir y proponer, nunca decidir. El segundo proclamaba: «Estimularás la autoestima en la contraparte local», porque un cooperante debía valorar lo ya existente y hacer que los ayudados se sintieran importantes y necesarios, no pobres y estúpidos. El tercero tenía aires de máxima: «No ayudarás a quien no se ayude a sí mismo». La cooperación debía ser un encuentro de esfuerzos y una suma de voluntades. El cuarto basaba en su simpleza su gran importancia: «Cooperarás, no harás donaciones». El quinto manifestaba «Atenderás al proceso: es lo fundamental», para estudiar así la disposición y capacidad de la comunidad ayudada en aras de conseguir nuevos objetivos. El sexto era su favorito: «Comprenderás la cultura local». El séptimo advertía: «Evitarás el nortecentrismo en tus análisis y en tu conducta». El octavo era taxativo: «No impondrás, pero no lo aceptarás todo». En el noveno se recordaba: «No te engañes: el poder está desigualmente repartido». El décimo decía: «Serás puente: traducirás las dos lógicas». El undécimo insistía: «Coordinarás tu proyecto con el de otros», porque la necesidad era compartir, no competir. El duodécimo era sin duda el más difícil para muchos: «Aceptarás que la meta no es ser querido por los pobres». El decimotercero en cambio suavizaba el anterior: «Descubrirás que cooperar es aprender», porque en la cooperación también había mucho de intercambio, y podía recibirse más de lo que se daba si se tenían los poros abiertos, la mente clara, el corazón descontaminado. El último mandamiento cerraba la gran lección de humanidad: «Te convencerás de que la finalidad de la cooperación es desaparecer».

No eran fáciles de seguir al pie de la letra.

Y el resumen de todos ellos casi podía ser aquella frase paradigmática: «Lo importante no es lo que se da, sino cómo se da».

Tuvo un día de trabajo normal, ayudó a la doctora Roca en la recepción de nuevos pacientes, pasó visita a los internados, echó de menos a Lorenzo Giner, que llevaba ya demasiados días en los otros centros médicos sin aparecer por el RHT, y se habría olvidado del incidente de no ser porque Ari había contado ya a todo el mundo lo sucedido, con lo cual la mayoría la miraba con expectación y cuchicheaba a su paso. Elisabet Roca no quiso denunciarlo a la policía local. Ellos ya tenían noción de los hechos por el boca a boca y, además, estaban demasiado lejos.

Fue por la tarde cuando Silvia descubrió a Pankaj en la puerta del hospital, y supo que la buscaba a ella.

El criado de Mahendra no se extendió mucho.

—Mi señor quiere que vaya a Pashbar al anochecer, por favor.

No le preguntó el motivo. Sabía que si lo conocía, no se lo diría.

Salió del hospital un poco más tarde de lo que acostumbraba porque hubo una complicación de última hora. Por lo general, cuando le apetecía, acudía a Pashbar dando un paseo. En esta ocasión y dada la hora utilizó la vieja bicicleta de la que a veces se servían para ir de un lado a otro. Al llegar al viejo palacio, Pankaj estaba en la puerta.

Esperándola.

—¿Sucedo algo? —se extrañó Silvia.

—Él le dirá —se limitó a responderle el circunspecto asistente.

Dejó la bicicleta en la entrada y lo siguió. También era la primera vez que Pankaj la precedía y la guiaba. Penetraron en la casa y no se detuvieron hasta llegar a una de las salas de la planta baja. Una vez en la puerta el criado se detuvo e inclinó la cabeza para dejarla pasar.

Silvia traspasó aquel umbral sola.

Lo que se encontró al otro lado la sobrecogió y desconcertó de una forma fulminante.

Porque era lo que menos esperaba encontrar allí.

Cinco de los hombres del asalto a su cuatro por cuatro el día anterior, entre ellos el jefe del grupo y el que había actuado de improvisado traductor.

Se quedó paralizada.

—Pasa, Silvia —le pidió Mahendra.

El dueño de la casa estaba sentado. Los cinco hombres de pie, muy juntos, como si les faltara espacio. La escena tenía un algo de irreal, un deje añejo, reminiscencia de un pasado que ella sólo conocía por las películas vistas en su infancia en la televisión. Mahendra vestía con mayor dignidad y elegancia que otras veces, y eso que siempre se mostraba impecable. Su aspecto era el de un joven maharajá, incluyendo un aparatoso collar con un gran broche pectoral.

Apenas dio unos pasos. Se detuvo más cerca de Mahendra que de ellos. Empezó a darse cuenta de las circunstancias cuando reparó en el detalle de que los ladrones del día anterior rehuían mirarla. Incluso el jefe tenía los ojos fijos en el suelo, aunque de tanto en tanto los deslizaba a hurtadillas en dirección a quien presidía aquella extraña reunión.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —le preguntó a Mahendra.

Su anfitrión movió una mano hacia el grupo.

—¿Son ellos? —se limitó a preguntar.

Silvia los abarcó con sus ojos. Podía captar su miedo. Formaba una segunda capa de piel, una energía que se expandía hasta ella.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Tú dime —insistió Mahendra en su inglés pausado, sin un atisbo de otra cosa que no fuera calma en su voz—. ¿Los reconoces?

—¿Qué les harás si son ellos? —quiso saber.

Para Mahendra, la pregunta fue obsoleta. Alzó una ceja sorprendido.

—¿Y tú me lo preguntas?

—Sí.

—Te asaltaron.

—Dime qué les harás si son ellos.

—Castigarlos.

—¿Puedes? —frunció el ceño.

—Sí.

Se sintió como si le hubiesen dado un par de cachetes, no fuertes, sólo reveladores. Un despertar súbito a la realidad de la que nunca lograba escapar, aunque a veces se sintiera al margen de ella.

—Entonces no, no lo son —dijo con firmeza.

El único de los cinco hombres que sabía algo de inglés, el traductor, levantó la cabeza para mirarla. Cuchicheó algo en voz muy baja al jefe del grupo y éste le imitó. Los otros tres seguían asustados.

—No te entiendo —mostró su sorpresa Mahendra.

—Tú no eres la ley.

—Pero puedo...

—Esto es la India, lo sé —Silvia hizo un gesto de cansancio y recordó los catorce mandamientos sin saber muy bien dónde encajaba aquello—. Pero mi justicia no es tu justicia, y por lo tanto es mi palabra y has de creerla: no son ellos.

Sabía que no la creía. Pero tenía su honor, su código. Mahendra miró a los cinco hombres con desprecio. Luego lo hizo con tristeza. Un cambio que sólo percibió ella. La reacción final no se prolongó mucho más.

—¡Pankaj! —llamó.

El criado debía de estar al otro lado de la puerta. Entró en la estancia para recibir aquella orden.

—¡Llévatelos! —dijo Mahendra—. ¡Que se vayan!

Los cinco hombres abandonaron la sala tan juntos como habían asistido a su rápido juicio, inclinando sus cabezas al pasar por delante de su juez mientras unían sus manos en señal de respeto. El jefe y el traductor fueron los únicos que se atrevieron a mirar por última vez a Silvia. Cuando desaparecieron de su vista ella hizo ademán de seguirles.

Mahendra lo impidió.

No fue una orden como la anterior, el tono era mucho más implorante que perentorio, y tenía un deje de necesidad que se hizo más que presente, obsesivo. Sin embargo la palabra quedó revestida de matices contradictorios al sonar con emotiva fuerza en aquella estancia:

—Quédate.

* * *

Mahendra se levantó y caminó hacia ella. Estaba impresionante, pero de pronto no era el hombre joven y atractivo que lograba impactarla por su cultura, su forma de hablar, su leyenda o su dolor de amante viudo solitario. De pronto era el príncipe oculto, el hombre que superaba la fascinación en aras del poder, la persona que había estado a punto de convertirse en juez de su causa.

Un extraño.

Se asomó a aquellos ojos cristalinos, siempre rojizos y brillantes. Vio en ellos el destello de tantas cosas que no supo con cuál quedarse. Mahendra también leyó sus sentimientos, y los tradujo en palabras.

—No te entiendo —le dijo.

—Ni yo a ti.

—Estuvieron a punto de robarte, quizás de hacerte daño.

—¿No te has parado a pensar que si un grupo de hombres intenta robar algo es porque tiene

necesidad de hacerlo?

—Robar no es la solución.

—¿Y pasar hambre? ¿Cuánto dinero tienes, Mahendra?

—No soy rico.

—Pero tienes dinero, más del que esa gente tendrá en su vida, seguro.

—¿Quieres que sea un buen hombre y lo reparta entre los pobres? ¿Y luego qué? Siempre habrá más pobres. Lo importante es crear trabajo, darles medios.

—¿Se los das?

—Sí.

Sostuvo su mirada. No sabía si creerle, ni cómo hacerlo.

—Tú no me conoces —dijo Mahendra—. Y me gustaría que lo hicieras.

—Cuanta mayor es la desigualdad entre las personas, más crece la indiferencia en el corazón de unos y la rabia y la desesperación en el de los otros. En muchos países han estallado guerras y revoluciones por ello, no lo olvides.

—No aquí.

—Esto es la India, lo sé —hizo un gesto de cansancio—. Aquí tenéis castas, y eso os protege los unos de los otros. El rico puede caminar por la calle junto al pobre, y no pasa nada. Pero de vez en cuando alguien no puede más, ¿sabes? ¿De dónde son esos hombres?

—De un pueblo cercano, Pergabar.

—¿Y qué sucede en Pergabar?

—Se ha construido una carretera, y también una pequeña presa. Su ecosistema se ha desequilibrado.

—Dios... —suspiró Silvia—. La eterna historia.

—Estamos estudiando alternativas.

—¿Quién?

—Mis empresas.

Se sintió agotada. Las mil y una noches se convertían en una sola realidad.

—Mahendra, hay un mundo ahí afuera —manifestó desparpado—. Un mundo que no conoces salvo por los periódicos o Internet, y que no arreglarás a través de tus empresas si no lo ves con tus ojos, por mucho que sepas de él. ¿Qué te crees que hago yo aquí? Deberías salir de esta casa y de sus recuerdos. Salir y viajar, vivir.

—¿Vendrías conmigo?

—¿Cómo dices? —acusó el impacto.

—Eres mi amiga. Llévame. Vámonos juntos.

—¡Oh, Dios! —se llevó una mano a la cara—. ¿De qué estás hablando? ¿Piensas que es así de sencillo? ¡No puedo!

—¿Por qué?

—No lo entiendes, ¿verdad? Tengo mi trabajo aquí, y después mis estudios en España, y mi propia vida.

—Entonces no me interesa ese mundo.

—¡Mahendra!

Se encontró frente a un niño. De pronto. Un niño grande, tal vez asustado, tal vez tan alejado de la realidad que ya le era imposible regresar a ella. Un niño que vivía tan prisionero de Pashbar como el último emperador de China había vivido prisionero de su Ciudad Prohibida, sin saber qué sucedía al otro lado de sus muros.

Y hablaba en serio. Le proponía... vivir su propia fantasía.

—He de irme —se rindió Silvia.

—Quédate, estamos hablando.

—Hoy no puedo hablar, lo siento. Mi cabeza no da para más.

—Le diré a Pankaj que te acompañe al hospital.

—¿Por qué? Puedo ir sola.

—Dime al menos si eran ellos. Te prometo que no les haré nada.

No le respondió. Fue una última mirada de agotada resignación. Dio media vuelta y se encaminó a la puerta dejándolo allí, solo, omnipresente, en medio de la sala.

De todo Pashbar.

* * *

Aquella noche le hizo la pregunta que tanto le quemaba el alma.

—¿Por qué lleva tantos días sin venir el doctor Giner?

Elisabet Roca casi dejó de masticar.

—Tendrá trabajo. Siempre va de un lado a otro.

—Pues yo más bien creo que no quiere venir.

—Silvia...

—¡Es la verdad! Ojos que no ven, corazón que no siente.

—Lo que faltaba —el suspiro de la doctora fue largo y prolongado—. Te has tomado tan en serio lo de ser cooperante que ya estás dispuesta a arreglarlo todo, hasta la vida de los demás.

—Pero si sois tal para cual.

—¿Y eso qué significa?

—Que también sientes algo por él, pero le das largas porque tienes miedo.

—Todos tenemos miedo ante el amor —cambió el tono y reaccionó airada—. ¿Y qué es eso de que yo también siento algo por él? ¡Le quiero mucho, por supuesto, es un gran hombre! ¡Pero no por eso he de volverme loca como una quinceañera! A ti esto te parecerá muy romántico —abarcó el RHT con los brazos abiertos—, pero nosotros nos quedaremos cuando te vayas, y es muy distinto.

—Lo único que sé es que el amor se nota cuando existe.

—Lo notan los demás. A veces uno, o una, está ciego.

—Así que lo admites.

—Yo no admito nada —le dirigió una mirada acerada—. ¿Me meto yo contigo, querida?

—Puedes meterte.

—¿Ah, sí? Mira, mejor no provoques.

—Pero si yo estoy aquí tan tranquila.

—¿Tranquila? —resopló de pronto combativa—. Te acabo de decir lo de la ceguera y ni te has enterado.

—¿Yo? ¿De qué he de enterarme?

—Leo.

El color se le escapó de las mejillas y reapareció convertido en una intensa máscara roja. Todo en menos de un segundo.

—¿Leo? —alucinó—. ¡Pero si somos amigos!

—Oh, sí, como Lorenzo Giner y yo.

—Eso no es verdad. El doctor Giner está enamorado.

—¿Cómo sabes que Leo no se ha enamorado de ti?

—Porque una chica se da cuenta de esas cosas.

—¿Y si él es muy bueno y sabe cómo no traicionarse?

Ahora se quedó momentáneamente sin habla. Por su mente pasaron imágenes, escenas, las últimas charlas con Leo, sus últimas discusiones o risas, cada mirada, cada roce. Y recordó aquel día en que él le dijo que no iban a enamorarse, que serían amigos.

—¡Oh, no! —se asustó de veras.

—¿A que eso sí da miedo?

—No es lo mismo.

—¿Por qué? ¿Porque Lorenzo y yo nos quedamos aquí y vosotros os marcháis?

—Sí, no... No sé.

—Pues ya ves —Elisabet Roca continuó comiendo—. Por si acaso no le hagas daño, ¿de acuerdo, rompecorazones?

—Eso no es justo —protestó todavía paralizada.

La mujer le guiñó un ojo. Cada vez parecían más madre e hija. En todos los sentidos.

—Si la vida fuese justa, no haríamos falta —manifestó haciendo un gesto de resignación.

* * *

Viji apareció sudorosa por el esfuerzo, después de correr en su busca. Fue lo primero que le dijo.

—¿Dónde metes? No encontraba.

—¿Qué pasa?

—Alguien quiere verte.

—¿Quién?

—No sé. Alguien. Hombre.

No volvió a preguntar. Dejó el estetoscopio con el que examinaba el pulso, y se pasó un paño por la frente para restañar el pegajoso sudor que producía el calor de la jornada. Viji caminaba a buen ritmo, moviéndose con aquella extraña soltura que la hacía ir de un lado a otro a tenor de los problemas de su cojera. No volvieron a hablar hasta salir del hospital.

Su visita esperaba bajo un árbol, cerca de la carretera.

—Él —señaló la joven.

Silvia le reconoció al instante. Llevaba la misma ropa que las dos veces anteriores, la del asalto al cuatro por cuatro y la de su encuentro en casa de Mahendra.

El jefe de aquella partida que quiso robarla.

Vaciló un momento, sin saber qué hacer. Luego comprendió que era una tontería temer nada, a plena luz, tan cerca del centro médico. Además, el hombre reparó en ella y bajó la cabeza en una clara señal de respeto. Llevaba algo sujeto a la cintura, introducido entre la ropa y la carne.

—Ven conmigo —le pidió a Viji.

Caminó hasta el hombre. Cuando estuvo lo bastante cerca, él unió sus manos y la saludó con rigor. Silvia no correspondió a su gesto. Seguía sin entender nada.

No hizo falta que le dijera a Viji que le preguntara por el motivo de su visita.

Tras el saludo, el hombre se arrodilló, y extrajo el objeto que llevaba en la cintura.

La linterna.

Con la cabeza baja, de rodillas, elevó sus manos para devolvérsela.

Silvia tragó saliva.

Recogió la linterna de manos del hombre. Era lo único que podía hacer. Cuando éste se hubo liberado de ella, introdujo su mano derecha en otro de los pliegues de su falda pantalón.

Lo que le entregó a continuación fue el dinero sustraído en el asalto, o más bien el que ella misma le dio para evitar que se llevasen las medicinas.

Pronunció una sola palabra.

—Dice gracias —se la tradujo Viji.

La escena, ahora, estaba congelada.

—Dile que se quede el dinero, para su gente.

Viji frunció el ceño. Debió de parecerle mucho, demasiado.

—Díselo —ordenó Silvia.

Obedeció. El hombre levantó la cabeza con el rostro atravesado por la duda. Luego la movió de lado a lado.

—Dice no.

—Dile que no robe nunca más. Que venga aquí o a las oficinas de la Fundación y pida lo que necesiten, un microcrédito, lo que sea. Pero que no vuelvan a robar.

No esperó a que Viji terminara de decirle todo aquello, ni tampoco la respuesta de su visitante. Con la linterna en la mano, sin saber si había hecho bien o no en renunciar a aquel dinero, sin saber si había interpretado correctamente los mandamientos del cooperante, ni tampoco si le había dado una lección o se había comportado como una ingenua, dio media vuelta y regresó al hospital.

* * *

La India era demasiado fuerte para asimilarla en un verano.

Pero cada día que pasaba sabía algo más.

Y lo fundamental: que ya la llevaba muy adentro.

Tanto como para volver el siguiente verano, y el otro, y...

—¿Papá?

—¡Silvia!

Estaba temblando, pero era el momento. Si de una cosa se fiaba era de su intuición, de su sexto sentido. Le quedaba menos de un tercio de su tiempo antes del regreso. Un vértice.

Así que no podía hacer como las avestruces, esconder la cabeza bajo tierra. Con Arturo era distinto, porque lo que estaba en juego era su futuro, su felicidad en común. Pero no con su padre.

Siempre lo sería.

—¿Cómo va todo? —le preguntó exactamente igual que si estuviese en la Costa Brava y lo llamase

aburrida por no saber qué hacer.

—¿Estás de broma? ¡En todo caso cómo te va todo a ti!

—Si te digo la verdad creerás que estoy en un balneario o algo así.

—Dime la verdad.

—Esto es lo que esperaba, papá —reunió el valor para decírselo—. Y también lo que necesitaba.

—¿Tan importante es lo que haces?

—Habla cuando regrese, con calma, ahora no sabría explicártelo. Verás... no digo que no haya médicos de verdad en cualquier parte, pero esto es distinto. Aquí te sientes médico de otra forma. Y te lo

digo yo, que como quien dice acabo de empezar la carrera y aún me queda mucho.

—De niña, cuando te obsesionabas con algo, por malo que luego resultara tú te empeñabas en defenderlo.

—Esto es distinto —se movía por una delgada línea a ambos lados de la cual se abría el abismo. Aquélla era una llamada importante. Una tregua. No quería estropearla, ni pelearse con él a miles de kilómetros de distancia—. Papá, no se trata de defender nada. Sabía dónde me metía y, lo más fundamental, por qué me metía. Ahora me siento nueva.

—Eres una soñadora y lo sabes, cariño.

—Estoy aprendiendo a vivir —empleó su mayor vehemencia para manifestárselo—, y eso es lo más importante que puedo hacer además de ser médico. Te aseguro que a pesar de los problemas, de la diferencia cultural, de tantas cosas como nos suceden aquí día a día, me siento dichosa de haber dado este paso, y lo único que lamento es haberte fallado.

—Silvia, entérate de una cosa: tú nunca vas a fallarme a mí, porque eres mi hija y te quiero. En todo caso te fallarás a ti misma.

—Pues entonces tranquilo —repuso llena de apacible calma—. No soy de las que lamenta los errores, porque sé que todo ayuda a crecer y a vivir. Creo que encontrar el camino, lo que una persona quiere, es lo más importante de la vida. El mío es éste, y aunque no sé adónde conduce, porque ésa es otra historia, voy a seguirlo hasta el fin.

—No sé si te conozco —musitó su padre al otro lado del hilo telefónico.

Lo notaba distinto, menos categórico, menos inflexible e implacable, como si aquellas semanas de reflexión lo hubiesen suavizado. Recordó lo dicho por su hermano Jordi: su padre había llorado. No se lo quitaba de la cabeza. Su padre había llorado.

—Me conoces mejor de lo que crees, papá —se dio cuenta de que ya no temblaba—. No tienes más que mirarte al espejo para verme a mí.

—Dios... —le oyó susurrar—. ¿Cuándo te hiciste mujer de golpe?

TERCERA PARTE

La vida es un 10 % lo que haces
y un 90 % cómo te lo tomas.

Irving Berlin

Capítulo catorce

En la boda de Narayan, la única que no reía era la novia.

La fiesta era hermosa, la ceremonia era hermosa, la gente era hermosa. Para Silvia se trataba de una explosión de luz, color y sonido. La luz de un día espléndido proyectada sobre la fiesta. El color de las ropas y las joyas doradas, brillantes unas y otras. El sonido de la música, místico, furioso, envolvente hasta la ebriedad.

Y sin embargo, cuando miraba a la hermana de Viji...

Narayan lloraba, asustada. Lloraba de pronto, al darse cuenta de la infancia y la adolescencia que le estaban arrebatando. Toda su felicidad en aquellos días previos chocaba con la realidad final. No sólo se casaba con un desconocido, guapo y joven por lo menos, sino que iba a marcharse de su casa, para vivir en otra parte, lejos, con personas a las que no conocía, perdiendo los olores, el rastro y el tacto de sus seres queridos. Y todo ello sin olvidar que al final de la ceremonia, niña o no, al menos para un occidental, se convertiría en mujer mediante su noche de bodas, entregándose al hombre con el que habría de compartir la vida.

Compartir la vida... para siempre.

Con sólo verla llorar, y pensar en el sexo por sumisión, por obediencia debida a su marido, Silvia ya se estremecía y se sentía horrorizada.

—Sexto mandamiento: «Comprenderás la cultura local» —se repitió en voz alta—. Séptimo mandamiento: «Evitarás el nortecentrismo en tus análisis y en tu conducta».

Lo sabía, lo valoraba, lo aceptaba. Pero aun así le bastaba con ver a Narayan, y ver aquellas lágrimas, la infinita tristeza que destilaba en medio de la ceremonia en la que todos reían, cantaban y bailaban en honor de los jóvenes esposos. Las mujeres de la fiesta habían pasado por lo mismo, sin excepción. Y ninguna parecía sentir lástima por la niña. Todas daban por sentado que el amor lo producía el roce, no la pasión momentánea y efímera que diferenciaba a los occidentales. El amor era, ante todo, respeto. El marido mandaba y la mujer obedecía. Respeto a la antigua, en una sola dirección.

Al otro lado de la tarima en la que Narayan y su marido permanecían quietos, mientras la fiesta se movía a su alrededor, la única persona triste pese a sus esfuerzos por permanecer alegre era Viji.

Miraba a su hermana pequeña con envidia.

Celos.

—Es guapo, ¿verdad? —le había dicho a Silvia.

El joven apenas si tenía diecinueve años. Casi su misma edad.

Silvia no dejaba de pensar en sí misma y en Arturo. Se imaginaba casada con él y... no podía. No así. Bueno, ni así ni de ninguna otra forma. Todavía no. Era superior a sus fuerzas. No porque no le amase, sino porque la palabra «matrimonio», lo mismo que expresiones como «para siempre», «amor eterno» y otras parecidas se le antojaban muy fuertes. No estaba preparada. Y si ella, que llevaba un año saliendo con Arturo, y le quería, a duras penas aceptaba el compromiso, ¿cómo pretendía entender aquella boda de la que era testigo de excepción, por más que los mandamientos del cooperante le marcaran el camino?

Sentía lástima por Narayan, era inevitable.

Una lástima que masticaba despacio y se tragaba como si fuera una bola de hierro mientras ella también participaba de la fiesta, reía, bailaba, cantaba...

Leo puso el dedo en la llaga:

—Te sientes así con relación a Narayan porque eres mujer.

—No digas tonterías. ¿Te casarías tú con una completa desconocida, que además es una cría?

—Si fuese indio, sí. Y tú también si fueras india.

—Tarde o temprano esas costumbres cambiarán.

—Ya lo hacen, pero el precio es alto —dijo Leo—. En Nueva Delhi no son pocos los estudiantes universitarios que ya tienen relaciones íntimas entre sí, pero... la que queda marcada es la mujer. Siempre ella. Muchas se encuentran con el rechazo posterior. Incluso en Inglaterra, o en Estados Unidos, donde hay comunidades indias grandes, el problema es el mismo. ¿Viste La boda del monzón?

—Sí.

—La chica que va a casarse tiene una aventura con un hombre. Cuando le dice a su futuro marido la verdad, él la rechaza de inmediato. No importa que él haya tenido historias. La que cuenta es la mujer.

—Luego la perdona y se casa con ella.

—Tú lo has dicho: la perdona. ¿Desde cuándo hay que «perdonar» el hecho de ser libre?

Las discusiones con Leo, del tipo que fueran, solían ser más y más apasionadas. Disfrutaba «peleándose» con él. Era un buen adversario y un mejor polemista.

La última frase le hizo recordar a su padre, y la conversación telefónica de la que no había hablado con nadie.

—Mi padre creo que está a punto de hacerlo —dijo.

—¿Has hablado con él?

—Sí.

—¿Fue traumático?

—No, esta vez no. Estaba muy suave. Sigue pensando que pierdo el tiempo, que esto es una tontería, que son otros los que deben estar aquí.

—Gente como yo.

—¿A qué te refieres?

—Gente que no aspira al premio Nobel de Medicina, sólo a ser médico —se encogió de hombros.

—Antes no era así.

—Las personas se hacen más conservadoras con la edad.

—No es un egoísta, tiene sus ideas. Una vez me dijo que prefería actuar como Robin Hood, sacarles el dinero a los ricos que pudieran pagar su trabajo y luego dárselo a los pobres.

—¿Lo da a los pobres?

—Colabora con muchas organizaciones.

—Eso es una forma de no sentirse culpable. Como los cantantes. Todos son de Greenpeace, de Amnistía Internacional, graban discos benéficos, montan grandes conciertos en pro de tal o cual causa...

—Pero lo hacen, que es lo que importa.

—Se sienten obligados.

—¿Por qué eres tan escéptico?

—Ya estamos —plegó los labios en una mueca de suficiencia—. Digo lo que pienso, y planteo las cosas tal y como son, y soy escéptico.

—Tal y como son para ti. Los músicos siempre han sido el motor de muchas causas importantes.

El Live aid del 85, los conciertos por Nelson Mandela, las campañas en favor de los damnificados por el sida... Si a ti te cayeran mil millones de euros, también harías cosas, ¿o no? Y entonces no pensarías que lo haces por sentirte culpable, sino que ya que puedes y tienes la suerte... te toca.

—¿Has hablado con tu amigo Mahendra de esto?

Cuando Leo hablaba de Mahendra, Silvia se echaba a temblar. También lo hizo en esta oportunidad. Y no pudo esquivar el tema.

Estaban metidos de lleno en él.

—¿Por qué debería hablarlo con Mahendra?

—Es rico.

—Me dijo que no lo era, pero que de todas formas canalizaba ayudas en pro de los necesitados.

—¿Le creíste?

—Estas tierras son tuyas, no lo olvides.

Empezó a comprender el motivo de que Leo hubiera conseguido meter al dueño de Pashbar en la conversación. Y descubrirlo la hizo inquietarse.

—Te veo de princesa india —suspiró Leo.

No supo si reírse, si enfadarse o si pasarlo por alto.

No supo cómo responderle ni en qué tono.

—No digas tonterías —lo hizo en uno muy neutro.

—Pues serías una princesa fantástica.

—Veamos, ¿por qué he de serlo? —aceptó el reto de discutirlo.

—Vas allí a menudo.

—Eso no es cierto. Ahora hace días que no voy.

La última vez había sido para que él le mostrara a los culpables del asalto.

—¿De qué habláis?

—De cosas, la India, España, el trabajo... Esa casa es fascinante.

—¿Te gusta?

—Parece extraída de un cuento, y lo mismo los jardines, el lago...

—Me refería a él.

Era una pregunta sin respuesta. Sí, le gustaba como persona y compañía. No, no le gustaba como hombre, por lo menos en el sentido en que lo decía Leo.

Volvió la sensación de inseguridad.

—Leo, ¿qué te pasa? —intentó colocar la pelota en su tejado.

—¿A mí? —fue una reacción demasiado ostensible—. Nada, ¿por qué?

—No te cae bien Mahendra.

—Me parece pintoresco —argumentó—. De todas formas tampoco lo conozco. Para mí es un anacronismo más.

—¿Porque vive en ese palacio, solo, y cuida la tumba de su esposa?

—Un príncipe enamorado construyó el Taj Mahal en honor a su amada muerta. Debería hacer otro monumento parecido.

—Yo le dije lo mismo —esbozó una sonrisa Silvia.

—Me cuesta creer que no te haya insinuado nada.

Le asaltó un acceso de calor. Recordó lo dicho por Elisabet Roca acerca de los posibles sentimientos de Leo. Del calor pasó al golpeteo de su corazón. Le bastó con mirarle de soslayo, mientras él tenía los ojos fijos en el lago, disimulando, para darse cuenta de que podía ser verdad.

Leo se estaba enamorando.

Tal vez luchase contra ello. Tal vez no se diera la menor oportunidad y eso le permitiera mostrar su lado más duro. Fuere como fuere, la conversación bordeaba márgenes peligrosos.

¿Y qué tenía de extraño?

Estaban solos, los dos únicos cooperantes españoles, eran jóvenes, y el mundo quedaba tan lejos de allí.

Tanto.

Intentó que su voz sonase sincera.

—Mahendra vivirá eternamente enamorado de su mujer.

—De eso estoy seguro —dijo Leo—. Pero tú no eres una persona que deje indiferente. Nunca lo serás. Esa casa ha recibido tu luz y eso él lo sabe, no está ciego ni es insensible.

—Leo, por favor... —se sintió derrotada.

Le bastó con verle los ojos, el rictus de tristeza y dolor. El semblante de Leo cambió de inmediato.

—Perdona.

—¿Sabes lo que odio tener que escuchar siempre lo mismo?

—Pensaba que ya estabas acostumbrada.

—En España tal vez, pero aquí... Desde niña me han dicho que por ser atractiva lo tenía todo hecho, que conseguiría a los chicos que me propusiera con sólo chasquear los dedos, que la vida me resultaría muy fácil tanto si estudiaba como si no, porque con mi encanto... La de veces que he querido ser fea, o he comido de todo para engordar, o... Qué sé yo. No me vengas tú también ahora con ésas porque entonces sí que ya puedo arrojar la toalla.

—¿Así que yo soy diferente?

—Pues sí.

—Vale, ¿dónde me deja eso?

—Eres la primera persona en la que he confiado en mucho tiempo. El amigo que nunca tuve.

—Pero regresarás con tu Arturo.

Volvió a acusar el golpe.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Adelante.

—¿Tanto daño te hizo ella?

Leo meditó la respuesta. O más bien sostuvo su mirada. Le asomó un rictus de dolorosa ironía por la comisura del labio.

—¿Qué tiene que ver ella con esto?

—Mucho.

—No salió bien, eso es todo —se encogió de hombros.

—¿Qué pasó?

—Yo quería esto y ella no.

—¿Qué pasó? —repitió la pregunta.

—Silvia...

—Tú has insinuado cosas de mí, te has metido con Mahendra, y te acabo de decir que eres mi amigo. ¿No vas a responderme?

—Me dejó, ¿te parece poco?

—Ha de haber algo más, o no estarías como estás.

—¿Y cómo estoy?

—Rabioso. Recuerda nuestros primeros días.

Leo se detuvo frente a la puerta de su bungalow. El paseo había terminado. Lo que hizo fue inesperado para Silvia. Tanto que la desconcertó y la desnudó por completo. Se acercó a ella, la sujetó por los hombros, aproximó su rostro al suyo, le dio un beso en la frente y luego la soltó.

—Se acostó con mi mejor amigo como represalia —dijo, envolviendo cada palabra con una

sonrisa sin alma—. Lo hizo para fastidiarme, dolida, culpándose de todo. Así supo que me haría el mayor de los daños, porque la perdía a ella y le perdía a él.

No quedaba nada más que decir.

Leo fue consciente de ello.

—Buenas noches, Silvia —le deseó metiéndose en su bungalow.

* * *

Una vez leyó una frase que la impactó. Decía: «La belleza es un don, pero también puede ser una maldición si no se sabe cómo usarla».

¿Estaba condenada?

De una infancia insegura, entre burlas y estupideces, pasando por una adolescencia con mucho más de trauma que de felicidad, a una juventud en la que seguía siendo una cara bonita para la mayoría. Un camino difícil. Muchos chicos no se le acercaban porque creían que ella jamás les haría caso. Otros se le acercaban justo con todo lo contrario, sobrados, sabiéndose atractivos, como si eso fuera lo más básico para que se fijara en ellos.

Ahora, allí, al otro lado del mundo, Leo flaqueaba en su resistencia y Mahendra le había pedido que la acompañara «a descubrir la vida». Increíble.

—Arturo, ¿dónde estás? —musitó en voz baja.

Pensó en su padre, el mejor cirujano plástico de Barcelona. Las personas confiaban en él para que les devolviera la juventud, para que las hiciera bellas y hermosas. El culto a la delgadez y a la belleza. Lo tenía en su propia casa.

Y cuanto más tropezaba con la misma piedra, más furia sentía.

Todos daban por sentado que ella enamoraba y volvía locos a los demás. Eso creaba resentimientos, inseguridades, frustraciones. Unos la adoraban aún más, imaginándola imposible, y otros la despreciaban. Ésa era la verdad.

Lo único que quería ella era ser médico, vivir, amar y ser amada por sí misma, ser como cualquier otra.

—Es una maldición, sí —suspiró.

Se metió en cama con la cabeza llena de todos ellos, de Arturo esperándola en casa, de Mahendra y su hechizo oriental, de Leo y su realismo crítico.

Sonó que la casaban a la fuerza, en la India, con un hombre mayor, gordo, viudo, y que lloraba como había llorado Narayan en el día de su boda.

Capítulo quince

La última vez que había estado allí, discutieron. Fue la noche en que Mahendra le hizo identificar a los responsables del asalto, la noche en que le pidió que la acompañara en un largo viaje de vuelta al mundo de los vivos, la noche en que el dueño de Pashbar dejó de ser un príncipe encantado para convertirse en una persona de carne y hueso, con sus dudas, sus limitaciones, su concepción ancestral de la vida y su repentina inmadurez, transformándose ante ella en un niño grande atrapado en sus contradicciones.

El amante que cuidaba de la inmensa tumba líquida de su esposa.

No sonaba música india. Por primera vez él le mostraba sus otras inclinaciones, aunque fuesen mínimas. Bob Dylan cantaba Llamando a las puertas del cielo.

—No sabía que te gustara Dylan —dijo Silvia.

—No me gusta su voz —fue sincero—, pero sí lo que dice. Da que pensar.

—¿Qué te sugiere ésta?

—Que todos pasamos la vida llamando a las puertas del cielo, una y otra vez, seamos creyentes o no, porque queremos escapar de los infiernos que nos acechan.

—Mi favorita es Like a rollin' stone. Es más, la letra le va bien a mi situación actual —y recitó—: «¿Qué se siente? ¿Qué se siente valiéndote sola, sin un hogar, como una completa desconocida, como una piedra rodante?».

—Tú no eres una desconocida ni una piedra rodante.

—Ahora sí, te lo aseguro. Y me gusta —no quería hablar de su casa, ni que él le preguntara acerca de sus padres. No quería tener que realizar un nuevo viaje de introspección personal, así que fue rápida para cambiar de tema—: ¿A qué edad te casaste?

—A los quince años.

Era superior a sus fuerzas. No podía poner el sexto mandamiento del cooperante delante de sus convicciones personales. Su reacción fue la de una mujer occidental.

—¿En serio?

—Pushpa tenía trece.

—Madre mía —gimió—. ¿Y cuándo...? No, olvídale.

Mahendra sonrió entendiendo el alcance de la pregunta que ella misma había abortado. No quiso azararla más. Se inclinó sobre la mesa y le llenó el vaso de limonada. Volvía a ser el encanto anterior a aquella noche. Y no se trataba de una tregua, ni de una paz firmada después de la tormenta. Los dos sabían que se acercaba el día de la despedida.

Lo que buscaban era prolongar todo aquello que les había unido al comienzo, la inocencia de los primeros días.

—Ese amigo tuyo del hospital...

—¿Leo?

—El español, como tú, sí.

—¿Qué pasa con él?

—¿Te gusta?

—¡No! Bueno, sí... Los amigos se gustan unos a otros, por eso son amigos.

—Bien.

Eso fue todo. Un comentario y nada más. A veces los silencios eran extraños. Mahendra la miraba y sonreía. Ella fijaba su atención en el jardín, o el lago, o la sala en la que estuvieran. En el exterior llovía, así que hablaban en la biblioteca repleta de libros. Ahora había libros de poesía y

diccionarios de español.

—Ven —Mahendra se levantó de su butaca—. Quiero mostrarte algo.

* * *

Subieron al piso superior y caminaron por aquel pasillo que conducía a las habitaciones privadas del dueño de la casa. Silvia tardó un poco en comprender las intenciones de Mahendra. Las adivinó cuando se detuvieron delante de una hermosa puerta labrada con esmero. Por la situación del palacio adivinó el resto. Entonces se le encogió el corazón y tuvo un primer ramalazo de miedo.

Se sintió una intrusa.

No pudo evitar que Mahendra la abriera, aunque estuvo tentada de impedirselo.

Allí estaba la habitación, la luz eterna que se veía desde su bungalow en el hospital, el reducto que, en otro tiempo, cinco años atrás, constituía el centro de la vida de Pashbar.

El alma de Pushpa.

—Pasa —la invitó.

No se movió de donde estaba.

—¿Qué te sucede?

—No... puedo —dijo sin apenas voz.

—No es un templo.

A ella se le antojaba un mausoleo, más impresionante todavía que el Taj Mahal. La terraza era muy grande y estaba completamente abierta, para que la luz del sol y el viento penetraran en la estancia y llenaran de su vida sus muertas paredes. Todo el lujo que había desaparecido del palacio se manifestaba allí con generosa saturación. Tapices, muebles, retratos, la cama...

—Vamos, Silvia. No seas niña.

Miró la mano que le tendía Mahendra y, más que aceptar, lo que hizo fue agarrarse a ella. Cuando cruzó el umbral apenas si se atrevió a respirar. Los dos se detuvieron en el centro de aquel mundo anclado en el pasado que, sin embargo, relucía con la viveza del presente, igual que si su dueña continuase entre ellos. Vio la ropa de Pushpa, infinidad de saris de todos los colores. Y sus joyas, dispuestas como una exposición en el tocador. Allí estaba el espejo en el que veía reflejado su rostro y el cepillo con el que acariciaba su pelo, el vestido, los zapatos, los adornos. La luz que ella veía desde el hospital estaba en el centro de un altar situado frente a la terraza y el lago.

Un faro.

¡El faro de la mayor tumba natural jamás imaginada!

—Yo no tendría que estar aquí —dijo.

—A Pushpa le habrías gustado. Seríais amigas.

Mahendra hablaba con orgullo. No se intuía en él ningún sentimiento de tristeza o dolor. De alguna forma le estaba mostrando su propio corazón, y lo hacía con generosidad, con las palmas de las manos abiertas.

La habitación comunicaba con otra a la izquierda. Posiblemente la de sus hijos.

—Vámonos, por favor —le suplicó.

Mahendra asintió con la cabeza. Retrocedió con ella y cerró la puerta. Silvia fue la primera en encaminarse a la escalinata para regresar a la planta baja. Ya no llovía. Como otras veces, la cortina de agua había cesado de golpe.

Devoró la limonada igual que si acabase de atravesar un desierto.

—¿Cuándo tienes un día libre? —reapareció a su lado la voz del dueño de Pashbar.

—¿Por qué?

—Quiero enseñarte algo, en Mysore, ¿sí?

* * *

Ayudar a Leo le producía siempre una sensación de mayor impotencia, porque mirar a personas con los ojos en blanco, tumoraciones o grandes defectos oculares le hacía saltar las lágrimas. Por mero efecto simpático. Cobardemente, rehuía acercarse a la zona en la que se les operaba y cuidaba. Era la única parte superior a sus fuerzas, de momento. Las dificultades en el diagnóstico, y los problemas para que niños o adultos recuperaran aunque sólo fuera una parte de su visión, hacían del trabajo de Leo algo muy duro. Elisabet Roca insistía en que valía más su compañero aun sin haber terminado la carrera que otros muchos que había conocido. Tenía un don.

Como le dijo al comienzo, allí importaban poco los títulos académicos, aunque a la postre fueran necesarios.

Aquella mañana fue a decirle a Leo que Mahendra la había invitado a visitar Mysore con él, de otra manera a como lo había hecho ella en solitario, como si se tratara de un guía cualificado. Y que había aceptado. Necesitaban coordinarse siempre de alguna forma y discutir cuál era el mejor día, puesto que allí los festivos no contaban. Finalmente se hablaba con la doctora Roca para que estuviera al tanto.

No vio a Leo, pero sí a la niña.

O más bien decir que la niña la vio a ella.

Porque, de pronto, al pasar Silvia por su lado, la pequeña alargó la mano y la atrapó, reteniéndola a su lado.

Tendría más o menos la edad de Sahira, entre ocho y nueve años, y era muy menuda, mucho, apenas un suspiro humano atrapado en un cuerpo delgadísimo y una carita de ángel roto. Su ojo derecho era un infierno, porque no sólo tenía moscas danzando en torno a él, sino en su propio interior. Y ella, acostumbrada a su presencia, ni siquiera se molestaba ya en ahuyentarlas.

Nada más verla, Silvia se sintió desfallecer.

La niña le dijo algo ininteligible.

Le apretó más la mano y le sonrió.

La reacción de Silvia fue inesperada. Primero retrocedió asustada. Luego notó la calentura de la mano de la pequeña, que estaba ardiendo por la fiebre. Lo último y más duro fue recordar a Sahira, cuya marca seguía indeleble en su corazón.

De repente no era una cooperante, sino alguien cobarde e inútil.

—No..., no, lo siento...

Se soltó de la mano, la apartó.

Y echó a correr como un perro apaleado, por entre las camas, buscando un poco de aire que de sobras sabía que no encontraría en el tórrido exterior.

* * *

No la detuvo la llamada de Leo.

—¡Silvia!

Ni tampoco su grito, aquella orden imperiosa.

—¡Silvia, párate!

No era ella, era una proyección, una doble que, de pronto, acababa de ocupar su cuerpo, peor aún: su alma. Ni siquiera entendía su reacción, o tal vez sí, no estaba segura. El dolor ajeno nunca la había traumatizado. Quería ser médico precisamente para combatirlo. Resistía escenas dantescas con sangre y horror.

Pero a veces bastaba un simple empujón para...

—¡Silvia!

Leo estaba a su lado, como aparecido de la nada. La había detenido él, después de una breve persecución. La tenía sujeta por los dos brazos y la miraba con rostro grave.

—¡Maldita sea!, ¿qué has hecho?

—¿Yo...? —vaciló aturdida.

—¡Está llorando!, ¿es que no te das cuenta? ¡La has asustado! Por Dios, ¿qué te pasa?

La niña. Hablaba de aquella niña...

—Sahira...

Los ojos de Leo le devolvieron su aturdimiento convertido en sorpresa.

—Silvia, ¿te encuentras bien?

No le respondió. De hecho no estaba allí, ni él era Leo. Por lo menos no solamente Leo. También podía ser Arturo, o Mahendra, o los tres.

—No es Sahira —dijo el joven, despacio—. Se llama Lakshmi.

—¿Lakshmi?

—Silvia, tranquila. Ven.

La sujetó por los hombros y la condujo hasta una zona sombreada, para evitar el castigo implacable del sol. Una vez en ella volvió a colocarse delante y la obligó a mirarle. Silvia cerró los ojos.

—Estás agotada, ¿verdad?

—No —movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Por qué lo has hecho?

—Sahira murió.

—Y Lakshmi puede que muera en dos o tres días, sí. No es sólo el ojo, tiene una infección. Pero de eso se trata: está aquí para que la ayudemos a vivir o a morir dignamente.

—No... —gimió.

—Silvia, mírame.

Veía las moscas dentro del ojo, sentía el calor de aquella mano ardiente.

—No puedo —suspiró.

—Sí puedes —la presión de los dedos de Leo en sus brazos le hizo daño—. Es tu deber, para eso viniste. Le haces más falta a esa niña si va a morir que si va a vivir.

—No quiero que muera —gimió por segunda vez.

—¡Entonces dale lo que te ha pedido! ¡Dale amor! ¡Lakshmi no tiene a nadie, la vendieron cuando tenía cinco años, ha trabajado esclavizada en un taller de alfombras, y ahora que está enferma la han echado a la calle como un perro! ¡Es posible que nadie la haya acariciado jamás..., y era lo que te pedía a ti, una caricia!

Silvia rompió a llorar.

Leo la abrazó, la rodeó hasta hacerla desaparecer en su cuerpo. Fueron unos largos segundos, un

minuto, quizás más, mientras ella se vaciaba hasta limpiarse, hasta reaccionar y darse cuenta de su repentino bajón, un hundimiento inesperado, desconcertante.

—Vas a volver ahí —le dijo él—. Y lo harás por Sahira, por ti, pero lo harás. Ha sido la primera muestra de vida que ha manifestado Lakshmi en dos días, ¿comprendes? Se estaba dejando llevar, posiblemente quisiera morir, sin importarle ya nada, pero te ha cogido de la mano a ti al verte pasar, ¡a ti! ¿Sabes qué significa eso? ¡Es un resquicio, una esperanza! Tú sólo háblale, acaríciala... Vamos, Silvia, vamos, ve a verla. No te falles a ti misma ahora.

* * *

De pronto ya no quería esperar a su regreso.

De pronto quería saber qué pensaba Arturo, en ese mismo momento, hacerse a la idea de lo que la aguardaba, de cuál sería su futuro más inmediato.

De pronto era como si la vida la apretase.

«Querido Arturo: Aquí las cosas suceden a veces muy rápidas, y a veces nos resultan inexplicables. Crees ser fuerte y un día, sin más, te desmoronas. Crees ser débil y al siguiente, sin más, sacas fuerzas de donde no las hay o te encuentras obligada a superar tus límites. Para tu sorpresa, acabas descubriendo que no existen esos límites, que todo está en tus manos y en tu capacidad de doblegar a la adversidad. Ríes y lloras. Cantas y sufres. Justamente porque valoro cada día más la vida y lo que hago en ella, hoy necesitaría de tu mano y tu aliento, tu cariño y tu amor. La gran pregunta es: ¿lo tengo?

Es hora de tomar decisiones.

Cuéntame cómo estás, qué piensas, si todavía me quieres.

Cuéntame de qué color es nuestro cielo porque la tierra no siempre es sólida bajo nuestros pies, y si perdemos el cielo..., ¿qué nos queda?

¿Llamar?

Tuya, Silvia.»

Mandó el correo electrónico sin pensárselo dos veces y se quedó un largo rato delante del ordenador, tan cansada como si llevase tres días sin dormir, incapaz de levantarse para caminar hasta su bungalow a la búsqueda del sueño que tanto necesitaba.

Capítulo dieciséis

Ir a Mysore a por una carga de suministros, y deambular brevemente por la ciudad con Ari, para regresar de inmediato antes de que anocheciera, no tenía nada que ver con aquello.

Ni el viaje, ni la compañía, ni las circunstancias.

Pankaj conducía el impresionante coche, antiguo pero impecable, un Packard de los años cincuenta con todos los aditamentos originales, maderas nobles en el interior, cromados bruñidos como si acabasen de salir de fábrica, llantas con los aros interiores blancos. Rodar con él por aquellas carreteras había sido tan anacrónico como intentar hacer el camino en elefante. Sencillamente era una página arrancada del libro de la historia, el milagro de conseguir ver el tiempo detenido en un momento mágico.

Pero si el viaje había sido perfecto, Mysore, junto a Mahendra, fue capaz de mostrarle su lado más revelador. Visitaron el Palacio del Maharajá; el templo de Somnathpur, del siglo XII, dedicado a Vishnu; y la colina Chamundi, para ver el templo de Chamundeshwari. Todo como simples turistas, aunque en el caso de Mahendra no lo era.

Muchas personas lo reconocían, como si fuera realmente un maharajá, un príncipe de príncipes. Las primeras cabezas que se inclinaron la sorprendieron. Después se habituó. No importaba que fueran brahmines o intocables, gentilhombres o plebeyos, comerciantes o pordioseros, hombres o mujeres. Silvia vio respeto, devoción, la cálida sinceridad de un afecto que se manifestaba en sus sonrisas o en sus saludos, con las dos manos unidas o con una sola, agitada al viento. Y Mahendra se comportaba como si fuese ese príncipe de príncipes, el maharajá del pasado que perduraba en la memoria colectiva de las gentes. Correspondía a las inclinaciones o sonreía con ternura.

Regresaba, brevemente, a la vida común.

—¿Cómo es posible que se acuerden de ti si llevas cinco años sin salir de Pashbar? —le preguntó ella.

—¿Tienes familiares muertos, Silvia?

—Sí.

—¿Los recuerdas?

—Claro, pero...

—No es distinto. Mi padre fue un gran hombre. Y antes que él, lo fue mi abuelo. La nuestra es una familia de mucha tradición.

También la miraban a ella.

La extranjera.

Pero no había acritud en sus ojos, sólo curiosidad y, tal vez, algo de sorpresa.

Llegaron a un edificio moderno, de unas cinco plantas, diferente del resto. Pankaj detuvo el vehículo en la calle. No hizo ademán de bajar. Mahendra le indicó que mirara.

—Mis oficinas —se lo presentó con tanto cariño como si en lugar de ser una construcción se tratase de una persona.

—¿A qué te dedicas?

—A muchas cosas —hizo un gesto ambiguo—. Ahora mira allí.

Era un banco, no muy grande. Desconocía el nombre que figuraba en su rótulo. No esperó a que él la informara.

—¿Es tuyo?

—Sí.

—¿Eres banquero? —alucinó.

—Exactamente no, aunque si tengo un banco debo serlo —le dijo con la mayor sencillez.

—Dijiste que no eras rico.

—Y no lo soy. ¿Has oído hablar de los microcréditos, Silvia?

—Sí.

—¿Conoces su funcionamiento?

—Sé que los bancos no dejan dinero a las personas que no tienen bienes como garantía, y sin ese dinero, no pueden prosperar. El pez que se muerde la cola. Y sé que hay un tipo de banco que presta dinero en pequeñas cantidades, sin necesidad de garantías o aval, sólo con la palabra dada por la persona que lo pide. Gracias a eso la economía de los países pobres está resurgiendo.

—Los microcréditos han sido la mayor de las aportaciones para la prosperidad de las gentes de eso que llamáis Tercer Mundo —asintió Mahendra—. Los impulsó un hombre llamado Muhammad Yunus, «el banquero de los pobres», al fundar en 1976 el Grameen Bank, que traducido viene a significar Banco Rural o Banco de la Aldea. ¿Sabes que el 94 % de las personas que los piden son mujeres? En la India es más difícil, por lo supeditadas que están a sus maridos, familias... Pero poco a poco esto va cambiando. Las madres de familia son las más necesitadas, las que muestran una mejor predisposición para el trabajo y la administración de bienes. ¿A quién iban a pedir cincuenta dólares para comprar una máquina de coser, o cien para herramientas de labranza, o lo necesario para abrir un pozo y conseguir agua cerca en lugar de tener que caminar muchos kilómetros a por ella? Con ese dinero pueden trabajar y alimentarse, conseguir estabilidad y seguridad, enviar a sus hijos a la escuela, porque saben que la educación es, además, la clave de su supervivencia. Y todas devuelven la cantidad prestada. Todas. Aunque si alguien falla... ¿Qué banco se arruina por perder cincuenta dólares? Por eso se llaman microcréditos, y se han pedido muchos millones de ellos en estos años en los sesenta y cinco países en los que se han implantado hasta ahora.

—¿Y tu banco...?

—Mis hijos no han podido crecer, me fueron arrebatados, pero los de otras personas sí lo hacen, y tienen un futuro. Yo creo en él —Mahendra mostró mucho orgullo al decirlo—. Mi banco está asociado al Grameen Bank.

—Así que por esta razón te enfadaste tanto cuando alguien quiso robarnos.

—Ellos ya han pedido un microcrédito —sonrió—. ¿Seguimos?

* * *

La siguiente parada la hicieron en una zona residencial de Mysore. Amplias avenidas, lujosos edificios, un ambiente distinto al de los barrios más populosos, los mercados o los alrededores de los templos... Pankaj detuvo el automóvil con el morro apuntando a una casa muy señorial. Descendió de él y abrió la doble cancela. Regresó al coche y lo condujo hasta la entrada. Se trataba de una mansión victoriana, con columnas y adornos de época. Existía cierta sensación de abandono en ella, y se hizo más acusado cuando, después de cerrar la doble verja, Pankaj abrió la puerta principal.

Allí no vivía nadie.

Y aun así, el eco del pasado no parecía enturbiar el presente. No había polvo, ni telarañas, sólo aquel silencio tan sepulcral que hizo que sus pasos rebotaran sobre los mármoles del suelo.

—¿Qué es esto? —preguntó por fin Silvia.

—Mi casa de Mysore.

—¿Cuántas casas tienes?

—Sólo una más, en Goa.

El paraíso hippy de los años sesenta, y también de los setenta, prolongando su leyenda hasta el presente.

Era absurdo preguntar por qué no vivía en la mansión en que se encontraban, o por qué no pasaba épocas del año en Goa. Allí no hubiera sido feliz. Lejos de aquel lago no existía nada para sí mismo.

—Si no vives aquí, ni utilizas esta casa, ¿por qué no la vendes?

—Porque es la casa de mis padres, de mis abuelos, de mis bisabuelos. Ellos la construyeron hace casi doscientos años. No podría venderla.

Estuvo a punto de decirle que un día, tarde o temprano, se perdería. Salvo que él se casara de nuevo y tuviera los hijos que pudieran perpetuar su nombre.

Prefirió callarse.

Comenzaba a sentir una vaga sospecha de por qué estaba allí.

—¿Por qué me enseñas todo esto? —se estremeció.

—Quería que me conocieras un poco más.

El estremecimiento se hizo más acusado. Conocerle. Era como si le enseñara cuánto podía ofrecerle, como si le mostrara el más impresionante ajuar, la dote que recibiría quien le aceptara.

Silvia le miró. Vio en él, de nuevo, aquella imagen del comienzo, la del príncipe perdido, la del hombre solitario, la del niño asustado. Por encima de sus negocios y de lo que estuviese haciendo de bueno por sus gentes, por encima de sus estudios en Inglaterra, de su cultura y de su impresionante legado, Mahendra continuaba siendo el joven casado a los quince años, el joven enamorado de una mujer perfecta, el joven que la echaba de menos y, más que caminar, flotaba por la vida. Era el personaje central de su propio cuento de hadas y no se daba cuenta. En un pasado remoto habría sido una divinidad, un niño dios, al que habrían adorado los hombres que poblaban sus tierras. En pleno siglo XXI, en cambio, se convertía más y más en un residuo.

Y no era ella quien podía rescatarlo.

—Mahendra, se hace tarde y no quiero viajar de noche.

—Claro.

La visita a la mansión se dio por concluida. Salones de baile, bibliotecas, estancias egregias. En ninguna había visto retratos de Pushpa o de sus hijos. Nada. La casa del lago, Pashbar, sí había sido su morada. Aquélla no.

Regresaron al coche, Pankaj cerró las puertas de aquel palacio y luego las de la cancela. Iniciaron el camino de vuelta al RHT en silencio.

Mahendra sonreía, ajeno, como si nada de todo aquello fuese con él. Su belleza india era como una máscara perfecta extraída de un templo dorado.

El viaje de regreso fue mucho más silencioso que el de la ida.

Llegaron ya de noche.

* * *

No tenía ningún correo electrónico.

Ninguna respuesta por parte de Arturo.

Podía significar muchas cosas, buenas y malas, que estuviese pasando unos días fuera, desconectado, apurando el final del verano; que lo hubiese leído y no quisiera ser tan grosero como para cortar por carta, incapaz de continuar con ella después de su sentimental sinceridad; que lo

hubiese leído y se tomara su tiempo para responder mientras meditaba qué hacer...

Le había dicho que era hora de tomar decisiones.

Ella había dado el primer paso, pero le tocaba a él cerrar el círculo, dar el siguiente. No quedaban más juegos por celebrar.

Tal vez acabase como Leo.

Entregada a una causa en la que creía, pero sola, pensando siempre si había hecho bien, si valía la pena.

Extraña circunstancia la soledad.

Le vino a la cabeza una frase de aquellas que leía, se le quedaban grabadas a fuego en la mente y luego ni siquiera recordaba de dónde la había sacado. Decía: «No estamos hechos de lo que somos, sino de aquello que nos falta para completarnos, a lo que aspiramos».

Si no estaba hecha de lo que era, si le faltaba algo para sentirse completa, ¿se refería al amor?

Se preguntó qué haría si llegaba el día de la inminente partida y aún no había recibido noticias de Arturo. Se imaginó el viaje de regreso a casa con el gran interrogante colgado de su alma. Le quedaba llamarlo por teléfono, como última instancia.

Pero eso tal vez fuese doblegarse.

¿Y si de todas formas había llegado el momento de renunciar a una de sus dos mitades?

* * *

Lakshmi tenía el ojo vendado y protegido, pero seguía con la fiebre muy alta. Le quedaban un mínimo de cuarenta y ocho horas de esperanzas. Después ya no habría vuelta atrás y, si no recuperaba fuerzas y el afán de vivir, moriría de forma anónima y oscura.

Una más.

Cuando Silvia se sentó a su lado, el rostro de la niña se iluminó igual que si hubiera recibido una descarga de energía. Lo primero que hizo fue buscar su mano para agarrarse a ella y no soltarla.

—Silvia —pronunció su nombre convirtiendo la ese en una suerte de serpiente que fluía de sus labios y la «a» final en un canto abierto y gozoso.

—Hola, Lakshmi —le acarició la mejilla con la otra mano.

—Ho-la —repitió ella.

Era extraño. Algo muy indefinible la había unido a Sahira, como si existiese un nexo común, como si se viese a sí misma, de alguna forma y por raro que pareciera, reflejada en un espejo. No tenían nada en común, ni físico, ni anímico, pero habría sido capaz de llevársela a Barcelona, siguiendo un impulso.

Ese impulso era el mismo con el que Lakshmi la había «adoptado» a ella.

No hablaba con nadie más, no le sonreía a ninguna otra persona, médico o enfermera. Su rostro sólo se iluminaba, desparramando aquella rendida sonrisa, cuando aparecía Silvia.

—Debes de recordarle a una estrella de cine —sugirió Leo después de obligarla a regresar el primer día, tras su escapada—. O tal vez le parezcas una diosa. Dudo mucho que haya visto algo más hermoso en toda su vida.

Silvia se había puesto roja, por primera vez tras unas palabras de su compañero.

—¿Cómo estás hoy? —le susurró a la niña.

—Silvia, ho-la —repitió, con voz tan débil como lo estaba su liviano cuerpo sacudido por la fiebre.

—Vas a ponerte bien, ¿verdad? No le harás esto a tu amiga, ¿vale?

Intentó que la pequeña no viera la emoción que la sacudía, los deseos de llorar de nuevo. Ponerse bien, ¿para qué? Lakshmi no tenía a nadie, estaba sola. Si le curaban el problema ocular, volvería a la esclavitud del taller de alfombras, o tal vez caería en la prostitución por mero instinto de supervivencia. Sería un prematuro desecho humano.

En tal caso..., ¿no era mejor morir ya?

Sintió una extrema rabia ante ese pensamiento.

Un «¡No!» interior que la sacudió de arriba abajo.

Lakshmi dejó de apretarle la mano con las suyas. La tomó en alto y la miró. Ya no era la misma mano del comienzo, suave y cuidada, pero todavía era muy distinta a las de las mujeres que trabajaban la tierra o envejecían en pocos años. Con su minúsculo dedo siguió el perfil de las uñas, ahora cortadas por completo. Luego la olió. Dijo algo, una palabra incomprensible. Le acarició el dorso, hasta la muñeca primero y el antebrazo después. Por último hizo lo mismo que le estaba haciendo ella, acariciarle la mejilla.

Otra palabra. Una sonrisa.

Silvia le mojó los labios con una esponja húmeda.

¿Quién podía esclavizar a una niña así? ¿Quién podía abusar de su inocencia?

Y, sin embargo, eran millones los niños explotados y convertidos en muertos prematuros, sin ningún futuro, a lo largo y ancho del mundo.

Tuvo que apartar la cabeza.

Hasta que, sobreponiéndose con un titánico esfuerzo de voluntad, dominando el dolor y las lágrimas, comenzó a cantarle una canción.

Tan simple como Paraules d'amor.

* * *

Habían cenado todos juntos, a modo de fiesta, para celebrar la despedida de los dos cooperantes alemanes y una chica suiza que sólo llevaba con ellos tres semanas. El flujo constante del verano tocaba a su fin, sobre todo porque en la mayoría de los países europeos las vacaciones estivales eran más cortas. Silvia sería la penúltima en marchar. Leo dispondría todavía de casi dos semanas más. Pero la labor humanitaria no terminaba con ello. Simplemente cambiaba.

A los enfermos tanto les daban los ciclos de las estaciones bajo los cuales regían sus vidas occidentales, salvo para la supervivencia propia según si era época de monzones o no en la India.

Durante la cena, Silvia siguió en más de una ocasión los ojos de Lorenzo Giner, dirigidos siempre a Elisabet Roca.

Mientras ella explicaba anécdotas, gritaba, comía, reía y mostraba su felicidad, él apenas si abría la boca.

Al terminar la cena, después del último brindis, le vio alejarse hacia la carretera, y una vez en ella, apoyarse en la valla, bajo las estrellas, para fumarse nada menos que un puro.

Fue el momento escogido por ella para acercársele.

—No creo que le guste que se fume esas cosas.

—Ah, hola, Silvia —se sobresaltó, arrancado de sus pensamientos—. ¿A quién te refieres?

—A Elisabet, por supuesto.

—¿Elisabet?

Vaciló un instante, pero recordó la valentía de aquella otra vez, hacía de eso algunas semanas, cuando le habló de sus sentimientos en relación con la doctora pillándolo por sorpresa. Ahora parecían haber transcurrido muchos meses desde entonces.

—Tendrá que dejar de fumar.

—¿Por qué?

—Quien algo quiere, algo le cuesta. O eso dicen.

—Vaya por Dios —agitó la cabeza con pesar, al comprender de qué iba la cosa—. Veo que no vas a marcharte de este lugar sin remover un poco más nuestras conciencias, doña metomentodo listilla.

—Ya me voy —hizo el gesto de dar media vuelta.

—No, espera —la detuvo.

Se quedó quieta, a su lado, apoyada también en la valla mientras le observaba de hito en hito. Lorenzo Giner le dio una imponente chupada al puro y luego expulsó el humo despacio, permitiendo que fluyera por entre sus labios entreabiertos. Al terminar el ritual se enfrentó a sus ojos inquisidores.

—Has hablado mucho con Elisabet, ¿verdad?

—Un poco —admitió.

—¿Sobre mí?

—Sí.

—¿Y?

—No me ha dicho nada, pero creo que no le toca a ella, sino a usted.

—Ya se lo...

—Sí, lo sé —le interrumpió—. Pero eso fue hace tiempo. Deberá lanzarse de nuevo.

—¿Así de fácil?

—Mucho más sencillo que operar a alguien aquí casi a corazón abierto, y eso usted lo hace con los ojos cerrados.

—Jovencita... —el médico no se cortó un pelo—. Si tuviera treinta años menos, a quien me iba a declarar es a ti.

—Con veinte menos ya le diría que sí.

—Maldita sea —rezongó fingiéndose herido.

—Escuche, doctor Giner —Silvia se puso seria—. Por si no tengo tiempo de decírselo antes de que me vaya, puesto que siempre tiene trabajo o andamos muy liados... Quiero que sepa que estas semanas han sido fundamentales para mí, y que lo que usted y la doctora Roca están haciendo... Bueno..., me siento muy honrada de haberlos ayudado —se emocionó pero acabó de soltarlo—, y también quiero que sepan que han sido como unos padres, ¿vale?

El hombre arrojó los restos del puro a un lado.

—Ven aquí —le dijo.

Silvia no rehusó el abrazo. Se refugió en el corpachón del médico y los dos se estrecharon el uno al otro con mucha fuerza. Por una vez a ella no le molestó la peste que solían hacer los fumadores, y más los de puros.

—Ahora y aunque me duela, porque tal vez nunca pueda volver a abrazar algo tan maravilloso como tú, será mejor que te apartes, porque como me vea Elisabet sí que lo tengo crudo, ¿no crees? —terminó su afecto con socarronería dándole un beso en la frente.

Capítulo diecisiete

Se acercaba el día de la partida y ésa sí era una realidad.

Fue consciente de ello mientras se lo decía a Lorenzo Giner.

Se miró en el espejo y trató de recordar a la Silvia Prats Olivella que había llegado al hospital semanas atrás. Era la misma, pero en ella había cambiado algo más que el aspecto físico. Y tal vez los cambios más evidentes fuesen precisamente los que no se veían, los anímicos, los emocionales, los que atañían a la mente y el corazón, los sentimientos y las sensaciones. Por fuera sí, estaba más delgada, muchísimo, demasiado, rozando la cordura. Tenía los pómulos muy marcados, lo mismo que los arcos situados por encima y al lado de los ojos, que a su vez se hallaban algo más hundidos en las cuencas, el mentón más afilado, las mandíbulas más salidas, el cabello hirsuto. Le bastaba con ver también sus manos, ásperas, con algunas cicatrices, o la reducción de sus senos y el pronunciamiento de los huesos pélvicos, los pies con algún que otro callo...

Por primera vez no estaba como para ganar ningún concurso de belleza.

Arturo se iba a llevar una buena sorpresa.

Se puso el pijama, como cada noche, en silencio, y también como cada noche se asomó a la ventana para ver la luz del mausoleo de Pushpa, el altar creado en aquella habitación que ahora conocía.

—Si una mujer merece que se la recuerde tanto, es por algo —expresó lo que sentía en voz alta.

Comprendió que quería volver, con Arturo, a casa, a los estudios, porque ya era hora de hacerlo y todo tenía un tiempo en la vida. Pero en la misma medida sintió el zarpazo de la nostalgia atravesándola desde ese mismo instante, cuando aún le quedaban algunos días de estancia en el RHT. Por ello ya no tuvo la menor duda de que el siguiente verano regresaría.

Habría otra guerra en casa, pero regresaría.

Y en cuanto a Arturo...

Trató de imaginarse a sí misma un año después y no pudo. Nunca había jugado a ver el futuro. No servía de nada. Intentó visualizar también al doctor Giner y a la doctora Roca, a Leo, a Mahendra...

Fracasó.

Lo único que, seguro, seguiría igual, sería el hospital, el lago, Pashbar, la propia India.

Pero ellos...

¿Y si, a fin de cuentas, también seguían igual?

No, igual imposible. Mahendra había cambiado en el transcurso del verano, y se sabía responsable de ello; Leo se enfrentaba a la no renovación de su beca y a la incertidumbre; Narayan tendría ya un hijo y Viji tal vez habría aceptado casarse con quien fuera para no sentirse marginada.

Habría más Sahiras y más Lakshmis.

El destino.

Sintió aquella peculiar impotencia cuando se metió en la cama. La frustración de quien ve que todo se escapa de entre las manos sin poder evitarlo.

No era más que una soñadora de diecinueve años.

¿Qué podía hacer ella?

¿Qué?

El calor golpeaba la tierra como si fuera un yunque.

Podían escucharse sus aldabonazos, su machacón e infernal ritmo. ¿O era el de su corazón, intentando mandar la sangre caliente por todo su cuerpo a través de las ardientes autopistas que formaban sus venas y sus arterias?

Silvia se detuvo un momento.

Sintió el mareo, incipiente, y su cuerpo tan ligero como una pluma. Se llevó una mano a la frente y retiró la humedad que la poblaba, moteándola de millones de gotitas que se unían entre sí hasta formar aquellos ríos que descendían por sus mejillas. Llevaba toda la mañana bebiendo agua, y tenía más sed. Como si estuviese deshidratándose poco a poco.

—Ahora vuelvo —le dijo a su compañera.

Se dirigió a las cocinas. Necesitaba algo que le calmara la sed, no sólo agua fría. Estaba segura de no tener fiebre, pero aun así notaba su cuerpo ardiendo. Lo que menos quería era flaquear a última hora. No se lo perdonaría.

Luchó contra el mareo en su segundo acceso.

Tuvo que apoyarse en el quicio de la puerta. Lo que sentía no era una arcada, era algo más. Una mente poderosa la estaba hipnotizando por dentro, le hacía perder el control, le provocaba una náusea tras la cual era como si el mundo perdiera su estabilidad.

Sí, exacto, el mundo... ya no era llano.

Se movía.

Ni siquiera fue consciente de su desplome. Perdió el conocimiento y se desmayó mucho antes de caer al suelo. Por suerte no se dio con la cabeza contra nada que pudiera causarle un daño mayor. Su misma compañera india reparó en el incidente y su grito los puso a todos en alerta, en pie de guerra. La primera en llegar a su lado fue Elisabet Roca, pero el que la cogió en brazos fue Leo. La llevó hasta el bungalow y allí la refrescaron, la hicieron reaccionar. Cuando entreabrió los ojos, sus retinas lograron concretar a duras penas a la doctora y a su compañero cooperante.

—Ha sido sólo el calor, tranquila —la alivió ella.

—¿Me he... desmayado?

—Como si estuvieras embarazada, cielo.

Silvia se puso roja. Leo lanzó una carcajada.

—Para escuchar tonterías y que os burléis de mí, mejor me vuelvo a desmayar —suspiró.

Y cerró los ojos.

* * *

La cena se la trajo Leo, en una bandejita.

—Hola, dormilona —metió la cabeza por la puerta después de llamar muy quedamente.

—No dormía.

—Menudo cuento tienes tú. Y mucho morro

—cerró con el trasero y dejó la bandejita en la silla, al lado de la cama. Con la mosquitera bajada, Silvia tenía todo el aspecto de una princesa embalsamada—. Espera, voy a quitarte este sudario.

Silvia se incorporó con fatiga.

—¿Te ayudo?

—No, ya puedo yo sola.

—Pensaba darte la sopa.

—Anda ya.

—Venga, mujer, déjame —fingió implorarlo.

—Antes no eras tan payaso.

—¿Y me preferías más duro?

—No, que eras muy borde.

—Pues si ni de borde ni de cariñosón tierno...

—Va, siéntate aquí y cuéntame qué ha pasado hoy.

Le puso la bandeja en el regazo. Para su sorpresa, descubrió que tenía hambre. Primero bebió la solución que le había preparado Elisabet Roca.

—¿Qué quieres que haya pasado? Nada. Ah, bueno, sí —fingió hacer memoria—: Se ha desmayado una de las cooperantes, una chica monísima pero algo esquelética. Por lo visto trabajaba mucho y se olvidaba de comer, aunque yo creo que era una de éstas que ha venido aquí para perder peso, ya sabes.

Le sacó la lengua.

Luego empezó a cenar con apetito, bajo la atenta mirada de Leo.

—¿Vas a quedarte aquí como un pasmarote? —le endilgó sin dejar de masticar, olvidándose de los buenos modales.

—Eres lo más bonito que hay ahora mismo por estos lares.

—¡Leo, por favor! —se sintió derrotada.

No sabía si le molestaba más el cambio de su compañero, y más después del desmayo, o si era por lo que consideraba una mentira piadosa.

Sabía que debía de estar esperpéntica.

—Vale, ahora en serio —el tono de Leo se hizo natural—. Nos has dado un susto.

—No sé qué me ha pasado.

—Yo sí: te has volcado en esto, en cuerpo y alma, y te has olvidado de la primera norma de la supervivencia: que empieza por uno mismo. Si no te cuidas, flaco favor les harás a los demás a los que pretendes ayudar. ¿Cuánto pesas?

—Ni idea.

—Bueno, me gustan huesudas.

—Y a mí los que saben callarse a tiempo.

Se encogió de hombros, como si lo considerara una guerra perdida. De forma aparentemente maquinal le apartó un mechón de cabello que la molestaba, porque con una mano ella sujetaba el plato y con la otra la cuchara. Pero más allá del gesto el acto rebotó cariño y atención. Silvia se sintió inundada de ternura.

Eran los gestos que siempre agradecía, los pequeños detalles, la sutileza de la dulzura.

Siempre se había derretido ante ellos.

—¿Cómo está Lakshmi? —preguntó de pronto, igual que si se sujetara a un clavo ardiendo.

—Resiste.

—Han pasado cuarenta y ocho horas.

—Tal vez necesite otras veinticuatro.

—Pero la infección ya...

—Silvia —la detuvo.

Otras veinticuatro horas. Continuó cenando, con Leo a su lado, sentado en la cama, observándola en silencio, sin atreverse ya a decir nada más.

No era necesario.

Lakshmi mantenía la incertidumbre.

La fiebre no menguaba, pero tampoco subía. Su cuerpo respondía bien a la medicación, pero no daba muestras de iniciar el retroceso que la devolviera a la vida. Un misterio, o tal vez que todo era distinto allí, hasta el pulso entre la vida y la muerte. Los dos extremos se tomaban su tiempo. Había pasado cerca de media hora con ella por la mañana y más de una hora por la tarde. Hablaban las dos, sin entenderse, pero les daba igual. Lo importante era escuchar el sonido de sus voces, débil la de la pequeña, llena de armonía y energía la de Silvia. Le cantaba, la acariciaba, y en todo el tiempo Lakshmi no dejaba de sujetarle la mano, su punto de contacto con la realidad, con el espacio, el tiempo y la supervivencia.

Sabía que la veía como a la madre que nunca recordaba haber tenido, o la hermana mayor que tanto hubiera necesitado. Y también como a la diosa blanca capaz de hacer el milagro final.

Eso era lo que más le pesaba a Silvia.

Si Lakshmi moría, como había muerto Sahira, su último segundo, sola, perdida y vencida, quizás fuese lo más triste del universo, preguntándose ¿por qué?

El peor dolor.

Silvia cerró los ojos y acompasó la respiración. Aquélla era una máxima esencial en algunos trabajos, y más en la medicina: no llevarse los enfermos a casa. No arreglaría nada torturándose. Que aparcara la angustia unas horas no significaba que la olvidara. La noche tenía todos los visos de ser especial, fascinante. Una noche de cuento de hadas en la recta final de su estancia allí.

—Pankaj, dime la verdad, ¿parezco...?

El hombre que cuidaba a Mahendra le dirigió la primera sonrisa de su relación.

Y fue muy tierna.

—Está usted preciosa, señorita.

Llevaba puesto el sari que se había comprado en Mysore.

Las dudas fueron muchas, no estaba segura de si hacía bien o mal, pero después de probárselo... Le fue imposible quitárselo. Necesitaba volver a sentirse ella misma, superado el día en cama, el desmayo, la certeza de su agotamiento. Necesitaba, por primera vez en toda su vida, recuperar su autoestima como mujer. Y aquel sari era perfecto. Bajo él se sentía libre, auténticamente india.

La invitación de Mahendra también era especial: «Esta noche, gran cena en Pashbar. Se ruega etiqueta».

¿Por qué no?

¿Por qué escapar, darle la espalda a la penúltima fantasía oriental de su viaje a la India, privarse de toda la magia de que fuera capaz?

Logró su objetivo de que nadie la viera, es decir, ni Elisabet Roca ni Leo. No habría sabido dónde meterse, muerta de vergüenza. Subió al Packard con el que viajaron hasta la ciudad y se dejó conducir hasta el viejo palacio, apenas un trayecto de tres minutos en el coche manejado con parsimonia por Pankaj. Cuando descendió de él, no encontró a Mahendra esperándola al pie de las escaleras. Las puertas de Pashbar estaban abiertas, y el suelo cubierto de velitas señalando un camino. El olor a incienso era muy fuerte, dulce.

El camino de fuego la condujo al gran salón.

Hasta la mesa exquisitamente engalanada.

Y hasta un Mahendra señorial, egregio, sublime con toda su parafernalia oriental y todavía más radiante que el día del juicio a los ladrones, que apareció en silencio procedente de la terraza y acudió

a su lado con una sonrisa en los labios.

* * *

Silvia se dejó admirar.

—Estás sublime.

—¿Me lo dices en serio?

Le bastó con verle el semblante. Mahendra la tomó de la mano y se la besó, a la vieja usanza. El salto hacia atrás, hacia el pasado, fue inmediato. Se sintió transportada.

Sólo entonces, y por un momento esquivo que trató de apartar de su mente, se dio cuenta de que con aquella ropa el parecido con Pushpa tal vez fuese algo más que casual.

Aunque Mahendra no pareciera haberlo advertido.

Sus ojos era un canto de vida.

—No sabía que tuvieras un sari.

—No sabía que iba a ponérmelo.

—Ven.

—¿Qué celebramos?

Mahendra se detuvo.

—Tu próxima partida, tu futuro regreso, mi vuelta al mundo, esta noche tan hermosa... Hay tantas cosas por las que celebrar algo que todas sirven, ¿no te parece? Lo importante es tener un motivo.

—Estás desconocido.

—¿Lo dices por la ropa?

—Lo digo por ti.

—Silvia de Barcelona, España: gracias.

No le preguntó el porqué ni se hizo la sorprendida. Tampoco era el momento de alargar aquel prólogo celestial. Llevada de la mano por su anfitrión, salieron a la terraza. Por detrás de ellos apareció Pankaj, solícito. Se encargó de poner música india, una envolvente raga conducida por el sitar, la tabla, la tamboura, el sarod, el mridagam, la khangira y el resto de los mágicos instrumentos de la música del país. Después, él mismo llenó la mesa de la comida que también debía de haber preparado. Eran dos y había suficiente para una docena. Tuvo exacta conciencia de lo que, para muchos, podía llegar a ser el lujo oriental, aunque casi siempre con esta denominación cualquiera se imaginaba el verdadero Oriente, China, Japón...

—Mahendra, esto es demasiado.

—No para ti.

—Vamos, no seas tonto.

—¿Lo soy?

—Ya sabes que no me gustan estas cosas, los halagos, me hacen sentir incómoda.

—Esto es la India.

—Si vuelves a decir eso una vez más, te mato.

—Pero...

—¡Mahendra!

Pegó un brinco y alzó las cejas. Otro récord: Silvia apostó a que era la primera persona, hombre o mujer, que le gritaba, y en su propia casa.

—Venga, enséñame a bailar vuestra música —le pidió cambiando de expresión y de tono—. En

las películas siempre bailáis de una forma... ¿Cómo se hace? Va, un poco, antes de cenar.

Si estaba delgada, si había perdido peso, después de aquella cena estaba segura de haber recuperado al menos un par de kilos. No podía más. Todos los platos eran exquisitos, dignos de la mejor y más alta cocina. Pankaj había tenido la delicadeza de no hacérselos picantes, y si alguno excedía el mínimo aconsejable para un estómago occidental, se lo advirtió antes, para que estuviera sobre aviso. Los probó todos, hasta el derroche de los postres. Por una parte lamentó que estuvieran solos, que Mahendra no hubiese invitado a nadie más. Por otra apreciaba la deferencia, el egocéntrico placer que le producía saberse el objeto de toda aquella atención.

Nunca lo había probado, pero de pronto se sentía igual que si se hubiera colocado con un porro.

Estaba excitada.

Su mente corría más que su cuerpo.

¿O era al revés?

—Gracias por una noche perfecta —miró el lago y quiso lanzarse a él, echarse de cabeza al agua.

¿Por qué seguía allá abajo el cadáver de Pushpa? ¿Por qué el lago lo guardaba tan celosamente para sí? ¿También era porque estaban en la India, y esas cosas sucedían allí y no en cualquier otra parte?

—Gracias a ti por un verano perfecto.

—Creo que he bebido demasiado.

—Puedes quedarte a dormir aquí si lo deseas. Pankaj te prepararía una habitación.

—Sabes que no puedo.

Tampoco hubiera podido conciliar el sueño.

—Entonces no te preocupes. Te llevaré a tu bungalow.

—Si mi madre le conociera, te lo robaría.

—Puede que si yo conociera a tu madre la robase a ella.

—Dios... —se echó a reír—. Mi padre tendría que decir algo al respecto, ¿no crees?

—¿Qué esperas de la vida ahora, Silvia?

—Pues... a corto plazo lo más natural: seguiré estudiando, luchando contra medio mundo, aferrada a mis convicciones...

—¿Regresarás?

—Lo deseo —bajó los ojos—. Creo que sí.

—¿Como médico?

—Y como persona. Esto te abre los sentidos.

—Te esperaré.

Tuvo un primer ramalazo de miedo.

—No, no lo hagas. No esperes nunca a nadie, y menos tanto tiempo. ¡Un año, santo cielo!

—Llevo cinco esperando —Mahendra dirigió sus ojos al lago.

Silvia no supo qué decir.

—¿Qué ha significado para ti este verano? —volvió a preguntarle él.

Ninguna opción a la nostalgia. No aquella noche.

—Un punto de inflexión, eso sí lo tengo claro —dijo ella—. Habrá un antes y un después en mi vida. Por primera vez he estado sola, me he valido por mí misma, he hecho lo que realmente deseaba,

me he sentido útil, valiosa.

—Son muchas cosas para un solo verano.

—No, te equivocas, es una sola.

Sabía que cuando estuviese en Barcelona, y más aún en lo más duro del invierno, echaría de menos todo aquello. Sus amigos y amigas no tenían nada que ver con Mahendra o con Leo. Ni siquiera con Elisabet Roca. Se imaginó que tal vez el sari la hiciera sentir distinta, como una auténtica india. Era capaz de notar su integración plena.

Se estaba haciendo tarde, y no quería mirar el reloj.

—¿Puedo pedirte algo? —preguntó el dueño de Pashbar.

—Claro.

—¿Puedo besarte?

El ramalazo la atravesó de arriba abajo. Fue una descarga cerrada, tensa, que no sólo la puso en guardia. Toda la paz de su mente se convirtió en guerra. La cena se le alborotó en el estómago.

Había cometido un error al ponerse el sari. De pronto lo veía claro.

Aunque él sólo le pidiera un beso.

—No, Mahendra, no..., por favor.

—Un beso, un recuerdo de ti.

—Sabes que es más que eso —pensó en Arturo—. Sería...

—¿Una llave? —sonrió él con aquella candidez especial.

—No lo sé, pero no puedo dejar que lo hagas. No sería justo.

—¿Para quién?

Seguía pensando en Arturo.

—Para ti... para mí...

—Silvia, has hablado de que tu vida tiene un sentido ahora. Podrías ayudarme a darle un sentido a la mía.

—El sentido de tu vida es enterrar el pasado, salir de aquí.

—Es lo que intento.

—Pero has de hacerlo solo, enfrentarte primero tú a todo.

La noche había perdido su magia. Se sentía culpable, como si le hubiese fallado. Mahendra sin embargo sonreía, con entereza, con valor. La miraba con sus ojos cristalinos y se sintió desnuda ante ellos.

El sueño había llegado a la última frontera, la más peligrosa.

—Debería irme —susurró.

Bajo la noche inmóvil, repentinamente quieta, Mahendra puso una mano en la suya. Sólo eso. Se la presionó una vez, de forma cariñosa, y luego la retiró para apartarse de su lado e ir a buscar a Pankaj.

* * *

El coche se detuvo en la carretera. Silvia no quiso que entrara en el recinto por si el ruido del motor pudiera despertar a los que ya dormían. Pankaj estuvo a punto de bajar para abrirle la portezuela, pero ella se lo impidió descendiendo antes. Le deseó buenas noches, el servidor de

Mahendra inclinó su cabeza y eso fue todo.

O casi.

—Gracias por devolverle la sonrisa —dijo el hombre.

Silvia se lo quedó mirando unos segundos. No era un criado, era mucho más, una especie de ángel de la guarda, de padre secreto. No se sintió violenta por aquella sinceridad. Sonrió y renació en ella un poco de la paz que acababa de perder.

—Cuídelo —suspiró con afecto.

Siguió quieta mientras el elegante Packard se alejaba de vuelta a la casa, y no reaccionó hasta que sus luces traseras desaparecieron en la oscuridad.

La noche era muy hermosa, como siempre, y el aire estaba lleno de aromas y promesas.

No tenía sueño. El intento de Mahendra y su negativa formaban una bola en su cabeza. Le pesaba. Y también estaban las voces. Unas le gritaban que no era más que un beso, una deferencia y un regalo, otras le decían que no, que se trataba de un paso demasiado importante y decisivo, sobre todo para él. Las voces no se ponían de acuerdo.

Caminó sin prisa por la explanada interior del RHT en dirección a los bungalós, pero cuando los alcanzó no se dirigió al suyo, al contrario, se desvió de forma intencionada, bordeándolos, para caminar hasta al lago. Desde la orilla el agua era un espejo sobre el cual se reflejaban dos luces, la de la Luna y la de la habitación de Pushpa en el palacio. El único sonido procedía de las ranas.

No llegó a alcanzar su destino.

Se detuvo, de pronto, al ver dos cuerpos abrazados.

Besándose.

Había suficiente luz, porque la Luna estaba casi llena, así que pudo reconocer sin dificultad a los protagonistas de aquella insólita escena. Los rasgos eran inconfundibles, la ropa, el pelo, la envergadura del hombre, las formas de la mujer...

Elisabet Roca y Lorenzo Giner.

Silvia se quedó sin habla, con el corazón latiéndole a mil.

El beso era largo, dulce, lleno de todas las promesas de un mañana.

Retrocedió despacio, sin hacer ruido, apartándose de los dos protagonistas, y ahora sí regresó a su bungaló para acostarse, con la cabeza llena de sueños.

Capítulo dieciocho

Aquella mañana Viji no hizo acto de presencia. En consecuencia amaneció un poco más tarde de lo normal, con el sobresalto de los despertares bruscos, tuvo que precipitarse hacia la ducha a la carrera y luego vestirse con igual premura. Cuando vio por primera vez a la doctora Roca revivió de golpe la mágica escena de la noche pasada, pero no sólo no dijo nada sino que intentó que sus emociones no la traicionaran. Elisabet Roca parecía normal.

No tardó en ver que no era así.

La primera vez que sus ojos se perdieron a lo lejos, embelesada, y se quedó en suspenso, con la cabeza en otra parte, lo advirtió. Al repetirse la imagen no mucho después, supo que todo era cierto, que Lorenzo Giner había dado el paso y que ella lo había aceptado.

¿Cómo era el amor en la madurez?

¿Por qué tenía que ser diferente?

Le bastaba con verla, con sentir su emoción, con fijarse en los detalles. Todo era igual y al mismo tiempo distinto. Su rostro emitía una nueva luz. Su sonrisa era plácida. Flotaba.

Estarían juntos el resto de sus días.

La mañana no resultó complicada, pero tardó dos horas en tener un minuto libre para ir a ver a Lakshmi. Lo hizo nuevamente a la carrera, sintiéndose más fuerte que nunca. Por lo menos una de las piezas de aquel rompecabezas estival acababa de encajar, y empezaba a tener la sensación de que el resto podía hacerlo igualmente si se detenía a pensarlo. Salvo por lo de Mahendra, se sentía optimista.

Lorenzo y Elisabet le habían devuelto la esperanza.

Los pacientes de la sección la vieron entrar agitando el aire a su paso. Alguno, después de mirarla a ella, deslizó su vista hacia la vacía cama de Lakshmi. Silvia la contempló sintiendo el golpe en su estómago.

—Lakshmi... —gimió.

Otra Sahira, otra muerte espantosa e inútil, otro hito perdido en la memoria de la India, como una madre gigantesca capaz de devorar a sus hijos.

Se le doblaron las rodillas.

Temió volver a desmayarse.

Hasta que, por detrás de ella, escuchó la voz de una de las enfermeras locales.

—Tu amiga ha salido del peligro y se recuperará. Leo la está reconociendo ahora. Felicidades.

Felicidades.

Silvia se llevó las dos manos a la cara y, logrando vencer el pánico que la había dominado, rompió a llorar como una niña asustada.

* * *

Elisabet Roca la vio entrar con algo más que determinación. Era como si la empujasen todos los vientos y la dominasen todas las fuerzas de su poderosa juventud.

—¿Tienes un minuto?

—Dos. ¿Qué sucede? —reparó en la humedad de sus ojos.

—Lakshmi Madurian —anunció Silvia—. Se ha recuperado y vivirá.

—Me alegro casi tanto por ti como por ella —la doctora se dejó caer hacia atrás, emitiendo un

leve suspiro de alivio—. Te lo habías tomado casi como algo personal.

—Sigo tomándomelo como algo personal.

—¿Me pongo a temblar?

—¿Qué vamos a hacer ahora con ella, dejarla de nuevo en la calle cuando pueda valerse por sí misma?

—No, claro.

—No tiene a nadie y... —dejó de hablar con su vehemencia al recapacitar con lo dicho por la mujer—. ¿Ah, no?

—Si se recuperaba, pensaba hablar con la Fundación para que la acojan.

Silvia también suspiró. El aire, aunque eternamente cálido, la alivió y le despejó la cabeza, los pulmones, la tensión que sentía en el cuello, la espalda y las articulaciones. Fue un bálsamo.

—Gracias.

—No me las des.

—Yo... —sus últimas lágrimas se notaban con extrema intensidad—. Pensaba decirte que quería adoptarla.

—No puedes llevártela a España.

—Adoptarla aquí, ya sabes.

—Claro, perdona. Es que conociéndote como te conozco ya creía...

—Pagaré su educación, y todo lo que haga falta. No quiero que sea una adopción como las demás, con la cartita anual, la foto, y a los trece o catorce años adiós y si quieres adoptas a otra. Quiero que esa niña sepa que me tiene.

—De acuerdo, hablaré con ellos.

—Y perdona que...

—¿Creías que íbamos a dejarla de nuevo sola en la calle y que para eso la habíamos curado?

—Ya no sé qué pensar. Hay momentos...

—Hay momentos en los que sigues queriendo salvar al mundo entero y no puedes, ya lo sé. Y otros en los que te comportas como una persona adulta y comprendes que las cosas hay que hacerlas paso a paso, aunque siempre nos parezca poco.

—¿Cuándo cambiaste tú?

—¿Y quién te dice que haya cambiado?

Se envolvieron en sus sonrisas. El relajamiento las alcanzó a ambas. Elisabet Roca hizo algo más: se levantó, le abrió los brazos y la acogió en ellos. Silvia lo agradeció más allá de lo que pudiera expresar con palabras. Cerró los ojos y los restos de su llanto resbalaron por sus mejillas hacia el mentón, mojando la ropa de la mujer. De pronto recordó cómo la noche anterior la había visto abrazada al compañero de su madurez y su vejez.

Estuvo tentada de contarle lo de Mahendra, pero comprendió que ése era su problema. Nadie le conocía mejor que ella después de tantas horas de conversaciones en Pashbar.

—A veces la vida es incluso justa —se separó de la doctora.

—Depende de si va contigo o si te cae encima

—argumentó ella con sabiduría.

Silvia llegó a la puerta. Se lo dijo entonces, sin poder callarse.

—Esta mañana te noto distinta. Como más feliz.

Le guiñó un ojo y salió de allí dejándola sola y perpleja.

Había pasado parte de la mañana mirando la casa de Mahendra, llena de pensamientos esquivos, ideas cruzadas, ramalazos de tensión y momentos de angustia.

Se sentía cobarde.

Cuando él le pidió aquel beso tuvo miedo. Mucho miedo. Algo absurdo, porque ya no eran niños aunque él permaneciera todavía anclado en su pasado. No importaba nada que lo hiciera tan educadamente, en lugar de agarrarla y lanzarse. En España si un amigo íntimo le hubiese pedido un beso, se lo habría dado. Incluso fuerte, nada de un roce de labios. Eso no tenía nada que ver con el hecho de estar enamorada y tener una pareja. Un beso seguía siendo la muestra más hermosa de ternura. Mahendra, más que pedírselo, se lo había suplicado. Muchas personas coleccionaban cosas, y otras guardaban recuerdos. El beso tal vez fuera lo más importante para él en aquellos momentos.

Lo necesitaba.

Aunque siempre existía el peligro de que en pleno arrebato perdiera la cabeza, la deseara, buscara...

—Fue la cena, el vino, el sari —se repitió un par de veces.

Sentía pena por Mahendra, y eso no era bueno. Cuando una persona siente lástima por otra se pierde la perspectiva, la amistad se convierte en una servidumbre, y la servidumbre es frágil. Amistad significa compartir, no supeditar. La admiración por cuanto encerraban su porte y su legado ancestral había dado paso a otra clase de relación, casi fraternal.

Y sin embargo era un hombre, con mucho de fascinante.

—Cualquier persona, hombre o mujer, debería agradecer que alguien se enamore de ella, sobre todo en estos tiempos en los que se habla mucho de amor, todo el mundo utiliza la palabra, pero pocos lo practican.

Estaba hablando sola, signo de que o bien se volvía loca o bien estaba preocupada.

Comprendió que si Mahendra había roto cinco años de encierro por ella, desde su perspectiva era un honor.

Y había salido corriendo.

* * *

Lakshmi era la niña más feliz del mundo.

Se recuperaba, sabía que iba a vivir, y ya le habían dicho que no iría de vuelta a su oscuridad sin futuro, que tendría una oportunidad, de estudiar, de crecer libre, de sentirse útil en una sociedad que se disponía a echarle una mano. También sabía que, además de los médicos que la habían curado, Silvia era su hada madrina. Sería su madre en la distancia, aunque para ella lo de las distancias aún fuese demasiado.

—Nosotros estamos aquí —Silvia puso su dedo en el mapa—, pero yo vivo aquí, y eso está muy, muy lejos. Hay que llegar volando por el cielo.

La enfermera que le hacía de intérprete era una de las más jóvenes del RHT, piel oscura, cuerpo esbelto. También había llegado un día a la Fundación, con su madre moribunda, sin nada, y después quiso quedarse y colaborar, echar una mano para que otras como ella consiguieran lo mismo.

Lakshmi era el último eslabón de esa cadena hasta ahora.

—Pregunta si algún día podrá visitarte a ti, volando por el aire.

—Dile que sí, cuando haya crecido y sea mayor.

La muchacha se lo dijo. La niña india no había perdido su costumbre de aferrarse a la mano de Silvia. Todavía estaba muy débil, y tenía el vendaje en el ojo intervenido, pero aquel contacto era su punto de apoyo, de conexión con la esperanza. Su voz era un murmullo cristalino, el nuevo canto de un pajarito dispuesto a desplegar sus alas.

—Dice que cuando pueda tejerá una alfombra para ti.

—No —Silvia movió la cabeza de lado a lado—. Si un día teje una alfombra, que sea un motivo de orgullo, una fiesta. Lo que hizo antes de ahora no cuenta. Fue una pesadilla.

La traducción fue rápida, lo mismo que la respuesta.

—Dice que será un regalo.

—Entonces de acuerdo —suspiró rendida.

La convencieron de que tenía que marcharse, a trabajar, a cuidar a otras personas, niñas como ella. Lakshmi acabó soltándose de su mano. Pero ya no mostraba miedo alguno. El cambio había sido brutal. Arrancada de las garras de la muerte y lanzada al cielo.

Ella también llamaba a sus puertas.

Silvia dejó el ala del hospital en la que se recuperaba su protegida. Acortó por la explanada mientras su cabeza reventaba. Le quedaban un montón de cosas que hacer antes de meter su ropa en la maleta y comenzar a despedirse. No sabía cómo podría con todo. Además, las despedidas le dolían siempre. Las aborrecía. Eran necesarias pero las aborrecía. Siempre acababa llorando alguien y la arrastraba, con su lágrima fácil. Si lloraba en los campamentos de verano de su infancia, adonde iba a pasarlo bien, ¿cómo no lloraría allí, después de unas semanas tan intensas haciéndole constantemente un pulso a la vida y la muerte?

Y le quedaba el peor y más largo de los caminos, hasta Pashbar.

¿De qué forma se despediría de Mahendra?

Tenía su nombre en la mente cuando se detuvo en seco.

El coche corría por la carretera. Corría de verdad, levantando una nube de polvo que flotaba igual que una niebla ocre. No tuvo la menor duda: era el Packard que siempre conducía Pankaj, único, inconfundible.

Sólo que Pankaj jamás hubiera ido tan rápido.

A no ser que algo grave...

Tuvo una sacudida, reaccionó ante el alarido de su instinto.

—Mahendra... —susurró.

Vaciló dos, tres segundos, el tiempo que tardó en comprender que no se equivocaba, que sucedía algo más que grave, mientras el vehículo hacía sonar el claxon y frenaba casi en seco al llegar al hospital.

Silvia echó a correr.

Llegaron antes la doctora Roca y dos de las muchachas, alertadas por el clamor, dispuestas ya para la emergencia. Pankaj saltó de su asiento, abrió la portezuela de atrás e intentó sacar a la desesperada un cuerpo abatido e inerme. Dijo algo de que lo había encontrado en el suelo, que no sabía qué había sucedido, ni cuándo. Las voces se mezclaron entonces con una primera visión de la sangre.

—¡Mahendra! —gritó Silvia descompuesta corriendo más y más.

No la habían dejado entrar. No a ella y en su estado. El quirófano, aunque precario, gozaba de cierto aislamiento, las medidas justas y suficientes para impedir la contaminación exterior. En él se encontraban Mahendra, Elisabet Roca y Lorenzo Giner, así como una de las cooperantes francesas y una de las enfermeras indias.

Afuera esperaban Pankaj y ella además de Leo, que intentaba serenarla.

—Vamos, cálmate.

—Es culpa mía.

—¿Qué estás diciendo?

No quería contárselo, pero le quemaba en el alma.

—Déjame, ¿quieres?

—Ni hablar.

—¿No tienes nada mejor que hacer?

—Ahora, no —Leo fue terminante.

Se lo agradeció. En el fondo se lo agradeció. La cabeza le daba vueltas. No conseguía apartar de su mente aquella imagen rota, descompuesta, el cuerpo de Mahendra en brazos de Pankaj, la profundidad de la herida en el cuero cabelludo, la profusión terrible y siempre escandalosa de la sangre...

Se movió adelante y atrás, adelante y atrás, incapaz de detenerse, sometida a la mayor de las presiones, formulándose tantos porqués que no le cabían en el alma.

—¿Le quieres?

La pregunta la atravesó. Estaba vacía, así que fue como pasar a través de una enorme opacidad en la que todo se desvanecía. Miró a Leo para comprender que hablaba en serio.

—¡No! —gimió.

—Entonces...

—¿Cómo puedes pensar eso?

—Todo este tiempo, en su casa. No sé.

—¡Somos amigos!

—¿Como tú y yo?

El quid de la cuestión. La pregunta en realidad era aquélla. Silvia sintió la aceleración de la sangre. Ya había herido a uno. No quería herir a otro. La respuesta, no obstante, fluyó de sus labios con tanta seguridad como dulzura.

—Pues claro.

Amigos.

Levantó su mano derecha, la colocó en la mejilla derecha de Leo y le besó la izquierda.

Suficiente.

* * *

Fue la hora más larga que recordaba haber pasado en mucho tiempo. Una hora silenciosa después del beso a Leo y la paz generada con él, pero expectante y preñada de malos presagios por el fantasma negro que sobrevolaba sus cabezas. Pankaj era una máscara. Con la ropa bañada en sangre no apartaba los ojos del suelo, inmóvil. Si rezaba, lo hacía para sí mismo. Su vida, su destino estaba indefectiblemente unido al de su amo, aunque su actitud nunca hubiese sido servil, sino la de un padre

oculto, un hermano callado, un amigo discreto, el fiel servidor que cuidaba y protegía en cuerpo y alma al heredero de una dinastía al borde del ocaso.

El ángel de la guarda, como evocó Silvia la noche anterior.

Cuando Leo tuvo que retirarse, obligado por su deber, se quedaron solos.

Fue entonces cuando Silvia se acercó a él.

Puso una mano sobre las suyas.

—Pankaj...

El hombre hundió la cabeza un poco más.

—¿Te dijo algo anoche, o esta mañana?

—No volví a verle, señorita. Se acostó mientras yo la llevaba a usted de vuelta. Y esta mañana creí que dormía, o que trabajaba. No me ha llamado para nada. Si tiene cerrada la puerta de su despacho, es que no desea ser importunado. He tenido que hacer unos recados y me he ausentado de Pashbar. A mi regreso, puesto que ya era muy tarde, la hora de la comida, he subido a preguntarle qué deseaba que le preparara, si tomaría un baño...

—¿Cómo...?

—No lo sé, no lo sé —repitió asustado.

Reapareció el silencio, y se hundieron en él juntos a lo largo de otros muchos minutos.

Hasta que se abrió aquella puerta.

Se levantaron de golpe, al alimón, al ver a Elisabet Roca en el hueco. La doctora no dejó que mirasen en el interior del quirófano. Cerró la puerta a su espalda. La primera muestra de alivio la encontraron en su sonrisa.

—Vivirá, está fuera de peligro —les dijo.

Pankaj pronunció una palabra que no entendieron. Silvia se llevó las dos manos a la cara y ahogó un grito.

—De todas formas va a tener que pasar cuarenta y ocho horas más en observación. Los golpes en la cabeza siempre son malos y podrían surgir complicaciones —los tranquilizó de inmediato—, que desde luego no espero. La herida era limpia. Lorenzo le está dando los toques finales. En unos días no será más que un mal recuerdo.

Pankaj quiso besarle la mano. Elisabet Roca se lo impidió. Le tomó la suya y se la oprimió con calor. El rostro del criado estaba inundado de amaneceres.

—Vamos, vamos, pudo haber resultado peor, pero a la postre no ha sido nada —les calmó un poco más—. Estos golpes siempre son aparatosos, aunque siendo una persona joven y con buenos reflejos seguro que al caer lo ha amortiguado lo suficiente.

A Silvia se le cortó la respiración.

—¿Al... caer? —vaciló.

—Todo hace indicar que ha resbalado o ha tropezado con algo. Por la forma de la herida y el tipo de contusión...

—¿Entonces no se ha...?

Elisabet Roca la miró con las cejas en alto.

—¿No se ha qué?

—¿No ha intentado... suicidarse? —completó la frase.

—¿Mahendra? —la sorpresa de la doctora no tuvo límites—. Desde luego que no, querida, ¿por qué habría de hacer semejante estupidez?

Se sintió ridícula. Aliviada pero ridícula.

La última página de su drama, de su novela india, se convertía en lo más vulgar: un accidente.

Felizmente vulgar.

—¡Oh, Elisabet! —volvió a dejarse embargar por la emoción, pero ahora llena de un absoluto relajamiento que la empujó a lanzarse en brazos de la mujer con la misma intensidad o más que lo había hecho al levantarse y pactar con ella el futuro de Lakshmi.

Capítulo diecinueve

La copia impresa del correo electrónico de Arturo tembló en sus manos. Tanto que, cuando empezó a leerlo, se atropelló, incapaz de asimilar las palabras, tuvo que parar, respirar y volver a iniciar su lectura.

«Silvia, tu mail me acaba de ayudar a ver las cosas claras, y perdona la tardanza en responderte, pero no tuve más remedio que escaparme, evadirme estos últimos días de verano, y no lo he leído hasta mi regreso a casa. Ha sido una conmoción, el despertar después de una pesadilla. Ya sabía que he sido un completo idiota. Lo sabía pero siempre es duro reconocer los errores propios. Este verano ha sido espantoso sin ti. Por primera vez he sentido lo que es el vacío, la nada más absoluta. Estaba con amigos y amigas pero no podía escucharles sin que me causaran dolor, o pena. De pronto se me antojaban insulsos, sin alma. He tratado de no parar, de divertirme, pero sin ti no ha sido lo mismo. Dicen que te das cuenta de lo que tienes cuando lo pierdes. Yo sé que no te he perdido, pero he estado a punto. Cariño, si tú eres Miss ONG, yo soy Mister Imbécil, el Campeón Mundial de los Estúpidos. Hace falta tener mucho valor para hacer lo que has hecho, desafiando a tus padres, intentando demostrarme que la felicidad y la libertad pasan por la comprensión y el apoyo de quienes te aman. Supongo que la rabia es mala consejera del amor. La rabia va aunada a la impotencia. Quería retenerte, pero eres como el viento y como el agua: ninguna mano es capaz de atrapar su esencia. Sentía envidia de esos niños o adultos a los que te has entregado este verano. Pensaba que yo y nadie más que yo merecía el regalo de tu voz y de tu sonrisa, tus caricias y besos. Ahora no sé si te basta con que te pida perdón.

¿Sabes, amor? Me ha dado por escribir poesías. ¿Cómo lo ves? Yo, el futuro economista, con la cabeza siempre llena de números, he renacido convertido en poeta. Pero es que han sido tantas noches de soledad, tantos pensamientos torturados, unas veces por tu silencio y otras por esos retazos que me has enviado desde la distancia. Tu último mail decía que ahí las cosas suceden muy rápido y que, a veces, resultan inexplicables. Decías que creías ser fuerte y un día te desmoronabas, y que creías ser débil y entonces sacabas fuerzas de donde no sabías que las tenías. Decías, por último, que estabas descubriendo no tener límites. Esas frases me hicieron comprender aún más la naturaleza de tu entrega. ¡Encerraban tanta alegría y tanto dolor a la vez, pero sobre todo, tanto de ti, de tu coraje! Cuando regreses quiero que rías y llores conmigo, no sola. Y que cantes sin llegar a sufrir como expones antes de preguntarme si tienes mi mano.

La tienes, Silvia. Si aún estoy a tiempo, la tienes. Mi mano y todo mi ser. Entenderé si pasas de mí. Te fallé en el momento más importante. No sé cómo podré compensarte lo mal que hayas podido pasarlo estas semanas. Pero te quiero. De eso no puedes dudar. Un día dijimos que lo nuestro era especial, diferente. Y me aferro a ello.

Ya te he dicho que sí, que te quiero, ahora... ¿te cuento cómo estoy, qué pienso? Pues estoy destrozado y pienso que soy una mierda. ¿De qué color es nuestro cielo? Del que tú quieras, del que trencemos desde ahora, de arco iris y luz pura. Tu última pregunta es muy simple y la respuesta también: sí, vamos a llamar a las puertas del cielo, como dijo Dylan. Y lo haremos a golpes si es necesario.

Si me perdonas, aquí estoy.

Te quiero.

Arturo.»

Silvia comprobó la hora, cuánto llevaba colgada del aparato. Aunque la llamada era a cobro revertido, no quería monopolizar el teléfono, por si acaso. Ya se habían dicho todo lo que se tenían que decir, máxime cuando el regreso estaba a la vuelta de la esquina y en dos días estaría en casa.

—Mamá, hay una última cosa de que quiero hablarte, y es muy importante —logró intercalar.

—¿Qué es?

—Van a darle una beca a un tal Leonardo Marín Acosta. Bueno, la beca ya la tiene, pero por lo visto sucede algo y no quieren renovársela o hay problemas. Te daré los detalles cuando llegue.

—¿Quién va a dársela?

—Es lo que tendrás que conseguir tú.

—No te entiendo.

—Es muy sencillo. Aquí hay un cooperante, como yo, que es un genio en lo suyo, la oftalmología. Pero tiene principios, ideas propias, y ya sabes lo malo que es eso para los que mandan. Está a punto de terminar la carrera pero van a cortar el grifo, ¿me sigues?

—¿Y quieres que yo...?

—Lo que no consiga Cristina Olivella no creo que lo consiga nadie. Pero aunque no lo consigieras, Leo terminará la carrera igual porque entonces te convertirás en una persona altruista que financiará esa beca, ¿de acuerdo?

Lo dijo en un tono que no admitía réplica.

—¿Quién es el tal Leonardo?

—Un amigo.

—¿Nada más?

—El mejor.

—¿Y eso significa...?

—Significa lo que te he dicho, y no pienses nada más porque no van por ahí los tiros. Como acabo de decirte, no es más que un amigo, pero de los de verdad, de los que te encuentras aquí. ¿No decían que en la guerra sólo puedes fiarte de tu compañero? Pues en esta guerra él es el compañero perfecto. Yo sigo enamorada de Arturo, y él de mí. Todo esto nos ha ido bien para descubrir qué somos y qué queremos.

—Me alegro por los dos —suspiró su madre.

—¡Ah, muy importante! —recordó algo—. Leo no puede saber que yo estoy detrás de esto, ¿vale? Ni yo ni tú ni papá... Se le ampliará la beca para que acabe la carrera y punto.

—¿Por qué no quieres que lo sepa? ¿Es orgulloso?

—No se trata de su orgullo, sino del mío. Hay unos mandamientos del buen cooperante, ¿sabes? Creo que te los leeré cuando regrese. Dicen cosas como «No ayudarás a quien no se ayude a sí mismo», «Te convencerás de que la finalidad del cooperante es desaparecer», «Aceptarás que la meta no es ser querido por los pobres»... Lo importante no es lo que se da, mamá, sino cómo se da.

—Hemos de hablar mucho a tu regreso —le confesó la mujer.

—No es el único tema que queda pendiente —fue al grano Silvia—. Ahora le toca a papá.

—No está en casa, cielo.

—Maldita sea... —rezongó.

—Te veo muy..., no sé, combativa —vaciló su madre.

—Lo estoy —sonrió—. Pero no temas, se acabaron las peleas. Necesito hablar con él para prepararle, decirle qué voy a hacer cuando llegue y en el futuro. Y te aseguro que si no le gusta, lo

sentiré, pero es mi vida. No voy a discutir más, ni a tratar de convencerlo.

—No creo que sea necesario —dijo Cristina Olivella.

—¿Ah, no?

—Anoche hablamos mucho, los dos, casi ni dormimos —se produjo una ligera inflexión, como si por la línea surgiera un remanso de paz muy envolvente—. Dijo que estos meses sin ti han sido los peores de su vida, porque, disputas al margen, tú y tu hermano sois su vida, y tú encima su ojito derecho, aunque siempre haya parecido que el trabajo lo tenía absorbido y que su carácter fuese el de un negrero.

—Ha sido un negrero, mamá —la interrumpió.

—No digas eso.

—¿Qué más dijo anoche?

—Finalmente entiende lo que has hecho y te respeta por ello. Comprende que tienes diecinueve años, un carácter fuerte, una personalidad acusada, que siempre quisiste ser médico, no por obligación ni por seguir nuestros pasos, sino por pasión propia. No ha estado de acuerdo en lo de que te fueras tan lejos, por miedo, pero te ha valorado más y más, y ahora incluso empieza a cambiar él mismo, a aceptar que la medicina actual... No sé, es como si hubiera vuelto a sus orígenes. Siempre quiso ser un moderno Frankenstein, es lo suyo, pero esta última semana ha estado trabajando conmigo, no en su clínica, recomponiendo caras de personas accidentadas y no precisamente ricas, de las que pueden pagar, sino todo lo contrario. Gente de la Seguridad Social que requería complicadas reestructuraciones faciales y cosas así. Sabes que es el mejor en eso.

—¿Papá trabajando para el seguro? —no se lo pudo creer.

—Lo que oyes. En el fondo es como el arqueólogo que encuentra una tumba llena de maravillas. Un rostro roto que ayuda a recomponer, hueso a hueso, es lo mismo para él. Es un mago. Y me confesó que tenía olvidado ese espíritu, que lo perdió en algún lugar del camino. Así que si lo ha reencontrado es gracias a ti.

Se tuvo que apoyar en la mesa.

Tal vez no hubiera ninguna pelea, ni siquiera una gran tormenta.

—Bueno, eso me ayuda —suspiró largamente.

—¿A qué?

—Va a haber cambios, mamá.

—Lo imaginaba —el tono no fue doloroso, sólo comprensivo.

—¿Cuento contigo?

—Cuentas con los dos, cariño.

Finalmente, una puerta abierta.

Sería un regreso muy denso, Arturo, su padre, sus nuevos planes...

Vivir.

—¿Cuándo puedo llamar para hablar con papá?

—fue su última pregunta.

* * *

Mahendra tenía la cabeza vendada y un pequeño ventilador a los pies de la cama, para remover el aire. Por lo menos, dado que aquellas tierras eran suyas, disponía de cierta comodidad, una habitación propia. La penumbra hacía que la aparatosidad del vendaje blanco fuese más ostensible. Daba la

impresión de ser un turbante al que únicamente le faltaba un broche a un lado para hacerlo más solemne. Cuando Silvia cerró la puerta, Pankaj se quedó en el otro lado, haciendo su impenitente guardia.

El herido sonrió al reconocerla.

—Hola —la saludó primero.

—¿Cómo estás?

—Cabeza dura —dijo lo más normal en aquellos casos—. Bien.

—Me han dado permiso para estar aquí cinco minutos.

—¿Tan sólo?

—Sí, lo siento. No debes fatigarte.

—Tú no me fatigas.

Silvia le cogió la mano. La extendió sobre la suya y acarició sus dedos.

—Nos diste un buen susto —manifestó.

—Resbalé, ¿te imaginas? Nunca me había sentido tan estúpido.

—Le puede pasar a cualquiera.

—No a mí —se burló de su nobleza—. ¿Cuándo te vas?

—Mañana después de comer. Dormiré en Mysore y al día siguiente a Bombay y a España. Pero no me iré sin despedirme, descuida.

—Todo ha pasado muy rápido, ¿verdad?

La dimensión de las cosas la daba el tiempo, pero no el real, el que transcurría mientras uno las vive, sino el posterior, el tiempo en el que una persona se detiene y mira hacia atrás. La perspectiva siempre es la misma.

Rapidez.

—Sí —reconoció ella.

—Quiero que sepas que te debo mucho, Silvia de Barcelona, España.

—No seas tonto.

—Ojalá te quedaras aquí.

—Volveré.

—Ya no será lo mismo. Un año es mucho tiempo.

—Depende de para qué.

—«El tiempo es demasiado lento para los que esperan, demasiado rápido para quienes tienen miedo, demasiado largo para los afligidos, demasiado corto para los alegres, pero, para los que aman, el tiempo es una eternidad», dijo alguien una vez.

Silvia le apretó la mano. Le quedaba algo por hacer y no quería llorar.

—Para mí, el tiempo es lo que te da la vida para cumplir tus esperanzas —desgranó despacio.

—Has cambiado.

—Lo sé.

—La India es poderosa, ¿verdad?

—Te obliga.

—¿A qué?

—A todo, pero especialmente, a los que venimos aquí como he venido yo, a tomar decisiones, enfrentarte a la vida, y, en mi caso, me ha obligado a ser yo misma.

—Entonces tú eres como la India —dijo Mahendra—. Voy a salir de Pashbar, abriré la casa de Mysore, quizás viaje un poco, por la región, por el país. Y eso no lo habría hecho sin ti —su voz estaba cargada de matices—. Quiero vivir, Silvia. Si ha habido una oportunidad para mí, puede que haya otra.

—Entonces estamos a la par —le confesó ella—. Tu compañía estas semanas, tu afecto...

—Afecto es una palabra demasiado insignificante para describir lo que siento.

Silvia volvió a recordar aquella frase: «No estamos hechos de lo que somos, sino de aquello que nos falta para completarnos, a lo que aspiramos».

A la postre lo que completaba a los seres humanos casi siempre era lo mismo: el amor.

—Quiero darte algo.

—¿Qué es?

Mahendra no lo esperaba, así que se vio sorprendido por la acción de su visitante. Silvia se inclinó sobre él, entreabrió los labios, cerró los ojos con ternura y

le besó, despacio, con entrega, obligándolo a superar la sorpresa y reaccionar. Ella notó cómo se relajaba, la forma en que, tras el envaramiento inicial, daba paso a la dulzura. Sus labios también se entreabrieron para recibirla.

Su tiempo, entonces, dejó de contar una breve eternidad.

* * *

El último día, el último anochecer.

Le quedaban las terribles despedidas, de cooperantes y enfermeras, de amigos y amigas, de personas tan singulares como Viji...

Sentía el abrumador peso de la nostalgia tanto como la alegría del regreso. Su corazón estaba dividido. Su mente también. Miraba hacia atrás y ya no veía los muertos por los que no habían podido hacer nada en el hospital, sino los vivos a los que habían abierto las puertas del futuro. Y por esos muertos, se luchaba todavía más, en su memoria. Veía a todas las Sahiras perdidas, pero también a todas las Lakshmis recuperadas. La Fundación, con su obra social, y la red de hospitales y dispensarios que trabajaba con ella eran un símbolo. El mundo siempre sería un lugar perverso, cruel, en el que se extinguirían especies y se atentaría contra la naturaleza, en el que el poder se impondría a la razón, en el que los intereses de unos pocos atentaría contra la vida y la libertad del resto, con políticos mentirosos o corruptos, dictadores sanguinarios, locuras de muchos tipos. Pero en ese mundo nunca faltarían personas dedicadas a los demás, a paliar, aunque fuese mínimamente, el desastre del egoísmo y la avaricia, la estupidez y la intolerancia. Personas como Elisabet Roca o Lorenzo Giner, como Leo.

Tal vez, algún día, como ella misma.

Todavía no estaba segura de poder aspirar a tanto.

—¿En qué piensas? —le preguntó la doctora.

—Oh, lo siento, me había quedado colgada.

—Cuando una mujer se queda colgada a los diecinueve años es porque piensa en un hombre.

—Pues no pensaba en ninguno, sólo en esto, en que parece que fue ayer cuando llegué.

—Has hecho un buen trabajo —ponderó Elisabet Roca.

—¿En serio?

—Sabes que sí, no hace falta que te lo diga.

—No estaba segura, de verdad. A veces...

—A veces has sentido que flaqueabas. A veces has llorado de impotencia. A veces... ¿Crees que no me sucede exactamente lo mismo a mí, y llevo aquí toda la vida?

—Sabes que volveré, ¿verdad?

—Es posible.

—Y cuando acabe la carrera...

—No corras tanto, calma. Si no vives primero tu propia vida, no podrás dar una parte a los demás.

—Sé lo que quiero.

—No lo dudo. Pero saber lo que quieres ahora no es lo mismo que aceptar lo que vas a querer llegado el momento. También hace falta gente allí, luchando por los que estamos aquí. Necesitamos dinero, medios, comprensión.

—Entiendo.

Elisabet Roca le cogió la mano.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Claro.

—¿Por qué creíste que Mahendra se había suicidado?

—Porque soy una tonta romántica.

—¿Se ha enamorado de ti?

—No lo sé. Puede que ni él lo sepa. A veces nos engañamos y creemos lo que no es. De la misma forma que yo me sentí fascinada por su aureola, su personalidad, la fantasía que representa, puede que él se sintiera fascinado por lo que represento yo, la occidentalidad, el hecho de ser una mujer distinta a las de aquí, mi forma de ser —se encogió de hombros—. Es un hombre singular. ¿Sabes que tiene un banco y que ofrece microcréditos?

—Sí. Lo cierto es que tiene un gran corazón.

—La muerte de su esposa y sus hijos le convirtió en una persona distinta, está claro. Su parte india le hace ser como es, y su educación occidental le obliga a actuar como actúa. Por lo menos he logrado que salga de Pashbar y vuelva al mundo.

—Así que podremos navegar otra vez por el lago.

—No sé si llegará a tanto —admitió Silvia—. Eso lo hablaremos el año próximo.

—¿Y Leo?

—¿Qué pasa con Leo?

—Habéis acabado siendo uña y carne.

—No sé lo que habría hecho sin él.

—También le has devuelto un poco de vida. Eres buena en eso.

—¡Oh, sí! —gimió.

—Tienes belleza en el alma, Silvia —le confió la doctora—. Siempre has creído que atraías por tu físico, pero no es cierto. O por lo menos, si lo es de entrada, lo que cuenta es lo que viene después. El físico es una máscara, una pantalla tras la cual nos ocultamos, nos protegemos, o de la cual nos servimos para actuar ante los demás. No importa ser guapa o fea. Importa cómo te sientas y cómo te percibe el resto de la humanidad. Hay personas atractivas idiotas y se les nota a las primeras de cambio. Pero la luz de un rostro va más allá de la belleza. Es un faro, actúa de reclamo. Luego llegas y puede que esté en lo alto de un promontorio rocoso e inaccesible. Tu luz es diáfana, Silvia. Te lo he dicho: sale del alma. Siempre enamorarás, pero lo esencial es retener y tú lo harás porque eres una buena persona. Después mantendrás ese amor porque tu fondo es lo que cuenta. Y déjame que te diga algo, querida: no pierdas nunca tu inocencia.

—Se supone que he de madurar, ¿no? —estaba roja por todo lo que acababa de decirle.

—Una cosa es madurar, y otra cambiar hasta volverse estúpido o creer que uno ha de actuar de acuerdo a su edad. ¡Menuda idiotez! Ser inocente no significa quedarse atrás, anclado en la juventud. ¿Desde cuándo los ideales han de perderse u olvidarse con los años? La inocencia es lo que nos diferencia de la complejidad de este mundo. La mayoría de las cosas son sencillas, pero las complicamos. Sólo desde la inocencia podemos creer, soñar, esperar y actuar.

Se sintió abrumada.

Demasiado para saber qué decir después de todo aquello.

—Gracias, Elisabet.

—Puede que debamos dártelas a ti.

Hablaba en plural.

Y llena de misterio.

—¿El doctor Giner y tú?

Logró sorprenderla. Su sonrisa, además, la traicionó.

—¿Cómo sabes...?

—Os vi la otra noche, y no hablando precisamente.

Elisabet Roca soltó una enorme carcajada. Ningún atisbo de vergüenza alteró sus facciones o traicionó su voz.

—¡Válgame el cielo! —protestó—. Eres una chismosa, ¿sabes?

* * *

Leo se apoyó en la puerta del bungalow y se cruzó de brazos. No había mucho que recoger, pero Silvia ya lo estaba haciendo, por si acaso por la mañana alguna emergencia se lo impedía. Cualquier cosa era posible hasta el último momento.

—Puedo doblar tu ropa interior si quieres —se ofreció.

—No hace falta.

—Era para ver de qué color es.

—Entonces no hay ningún secreto, ¿ves? —le enseñó varias braguitas muy livianas, de colores vivos unas y más apagadas otras.

—Esto no se hace, y más el último día —protestó él.

—No haber dicho nada.

—Desde luego no eres una chica ñoña y mojigata, de las que se escandaliza por cosas así.

—Si lo he sido, estas tonterías se me han ido aquí. De todas formas has visto todo esto colgado cuando se secaba, ¿o no?

—No me darás una como recuerdo, ¿verdad?

—¿La quieres? —se la ofreció.

—Tienes una cara...

Se echaron a reír. Leo no se movió de donde estaba y Silvia guardó su prenda íntima en la bolsa. Su conversación picante murió en este punto, en tierra de nadie. El muchacho siguió observándola y ella se dejó observar.

No podía hacer nada.

Recordó las palabras de la doctora Roca.

Si Leo había caído...

—¿Nos veremos en España?

—Sí, claro, en coche sólo son tres horas o menos.

—Pero tú estarás con él.

—Es posible.

—Entonces me esperaré hasta el año que viene. ¿Aquí el mismo día a la misma hora?

Era una película. Habían conversado una noche sobre ella. Una pareja se conocía en un hotel una

noche, se enamoraban, y como los dos estaban casados quedaban en verse al cabo de un año, el mismo día. Un año después se reencontraban y seguían tan enamorados que decidían mantener el ritual. Así pasaban años, una buena parte de sus vidas, y a través de sus encuentros puntuales se veía su evolución, los cambios en sus existencias y en el devenir social, del propio país.

—Aquí estaré —le prometió.

—Me gustaría decirte que no fallaré, pero ahora mismo... —Leo ensombreció su rostro aún más de lo que ya lo estaba por su marcha—. Dentro de dos semanas, cuando regrese, igual estoy sin nada, colgado, sin ninguna posibilidad de seguir, con la carrera sin terminar...

Silvia se acercó él.

—Te irá bien, seguro.

—Tú eres muy optimista.

—Tengo una corazonada —le presionó el brazo con su mano.

—En este caso...

—Sabes que mi instinto funciona.

—Así que llegaré y todo se habrá solucionado —lo dijo en plan final de película Disney.

—Has de confiar.

—¿En qué?

—De entrada en ti. Tienes una estrella —señaló un punto invisible encima de su cabeza.

—Ojalá tengas razón.

—¿Qué te apuestas?

—Una cena el año que viene, pero tú y yo solos, íntima.

—Vale.

Lo hizo Silvia.

Abrazarle.

Por entre ese contacto, denso y fuerte, escuchó la voz de su amigo surgiendo del fondo de su ser.

—Esto va a quedarse muy vacío sin ti.

Silvia le apretó con todas sus fuerzas, y dejó que él la acariciara, la sintiera.

Tal vez fuera un regalo muy pequeño, pero era cuanto podía ofrecerle.

* * *

Le quedaba tan sólo aquello.

Hablar con su padre.

Podía hacerlo cuando llegase, y desde luego lo haría, pero necesitaba decírselo antes de la partida, sin verle la cara ni los ojos, sin sentirle tan cerca como para hacer que volviera a ser una niña temerosa. En su casa siempre jugaría en campo contrario.

Y quería cerrar ese capítulo.

—¡Papá!

—¡Hola, cariño!

—Regreso mañana. Pasado ya estaré aquí.

—Lo sé. Iremos a buscarte al aeropuerto, todos, hasta Jordi.

—No me lo puedo creer.

—Pues créetelo. Está como un guante.

—¿En serio? Entonces le va bien que yo esté fuera.

—No seas tonta —protestó él—. Aunque sí es cierto que este verano ha dado un salto de calidad. Se ha visto solo por primera vez en la vida.

—A veces la soledad conviene. Has de enfrentarte contigo mismo.

—Tú no has estado precisamente sola. Mamá me habló de un tal Leonardo.

—Es mi amigo, nada más. Necesitaba que se le apareciera su hada madrina.

—Y has sido tú.

—Ya ves.

—¿No hay más sorpresas?

—Llamad a Arturo. Me parece que también se apuntará para ir al aeropuerto.

—Entonces...

—Nos queremos, sí.

—Para haber estado tan lejos no has perdido el tiempo.

—Papá... —se mordió el labio inferior, asustada.

—Dímelo de una vez —la invitó su padre demostrando que la conocía sobradamente bien.

—Puede que... —¿por qué había dicho «puede»? No era una posibilidad, sino una certeza. Estaba decidida—. Este año me buscaré un apartamento para... Bueno...

—Tienes el piso de la abuela. Sigue vacío. A ella le habría encantado. Y tan cerca de casa.

Ningún grito. Ninguna protesta. Su padre incluso le sugería...

Eso sí era increíble.

—¿No piensas... enfadarte?

—¿Yo? ¿Por qué?

A veces no les entendía. Y otras...

—Te quiero, papá.

—Yo también, ya lo sabes.

—¿Aunque sea una Prats testaruda y obcecada?

—Más bien porque eres una Prats testaruda y obcecada.

—Entonces quiero que sepas que te pediré algo más.

—¿Me he de echar a temblar?

—Quiero que el próximo año, cuando regrese aquí, me prometas que mamá y tú os vendréis al menos una semana, sólo eso.

Se produjo un silencio al otro lado de la línea telefónica.

Cerró los ojos y se estremeció. Tiraba demasiado de la cuerda. Un piso para ser libre, la comprensión de su padre, y ahora aquello.

—¿Papá?

—Tú tienes más valor que yo para esas cosas, Silvia —le reconoció con honestidad—. Siempre has querido cambiar el mundo, mientras que yo me siento del otro bando, de los que han perdido, de los que han sido cambiados por el mundo.

—Jamás te he pedido nada, papá. Me gustaría que entendieras...

—¿Y si es tarde? —detuvo su vehemencia.

—¡No lo es, eso es lo maravilloso! ¡Nunca es tarde! ¡Si conocieras a la doctora Roca y al doctor Giner! ¡Tienen más años que tú!

—Picasso dijo: «Nunca es tarde para tener un infancia feliz».

—¡Y es verdad!

El suspiro de su padre sonó igual que una brisa muy lejana.

—Habla en casa, ¿de acuerdo? —exclamó mostrando un atisbo de pesar.

—Dime que lo considerarás.

—Te lo prometo.

—¿En serio?

—He estado a punto de hacer ese viaje desde el día que te fuiste, cariño. Muy a punto. Varias veces. Para verte, y también para saber por qué todo eso era tan importante para ti.

Ahora sí se sintió sobrecogida.

Atrapada.

—Gracias, papá.

No quería llorar. Se mantuvo firme. Bastante lo haría en casa, tal vez. O tal vez no. Tampoco había motivos.

Recordó otra frase, una más.

«El paraíso es la capacidad que tenemos de que los sueños se hagan realidad.»

La vida tenía algo fantástico: había que pasar por ella, sin vuelta atrás.

Había que vivirla.

Y estaba en ello.

Créditos y agradecimientos

El 1 de julio de 2003 la cooperante española de 22 años Ana Isabel Sánchez Torralba, natural de Ocaña, Toledo, murió acribillada a balazos cuando circulaba por carretera en un autobús, a tres kilómetros de Mongomo, Guinea Ecuatorial. Su destino final era Aconibe, donde iba a impartir durante el verano clases de alfabetización a mujeres y niñas. Otras dos personas resultaron heridas. La cooperante muerta llevaba un día en Guinea en su primera misión de voluntariado con las Misioneras Escolapias. Según se dijo, el conductor del transporte pasó detrás de un taxi al subirse la barrera por un control del Ejército y eso hizo que los militares lo detuvieran e hicieran bajar a todos los ocupantes. Poco después el autobús continuó su marcha, pero uno de los militares, airado, lo siguió en un taxi, lo obligó a detenerse, y entonces disparó indiscriminadamente contra la parte trasera del vehículo, donde se encontraba Ana Isabel.

Este libro surgió a consecuencia del impacto que me causó aquella noticia. Cada año, cientos de cooperantes y voluntarios españoles trabajan de forma desinteresada y altruista en los cinco continentes con un único deseo, ayudar a quienes lo necesitan; un único sueño, hacer un mundo mejor; y una única esperanza, que las cosas cambien. Este libro está dedicado a todos ellos.

Gracias a las personas y entidades que me han ayudado de forma directa o indirecta, sabiéndolo o sin saberlo, en la preparación de la historia. Para empezar, Silvia Noguer, en cuyo honor la protagonista se llama igual; Carmen de la Iglesia Vicario, Antonio José Hernández Corona, la Fundación La Caixa a través de sus archivos y publicaciones, Tomás Martí Huguet por su obra La mirada etíope (editorial Flor del Viento, 2001), Víctor Viñuales (autor de Los catorce mandamientos del buen cooperante), Deepak Vohra (embajador de la India en España), Elena Bravo Ruiz (que aportó el término Miss ONG repetidamente citado en estas páginas), a Bob Dylan por prestarme el título y, por supuesto, a la Fundación Vicente Ferrer y al RDT (Rural Development Trust) de Anantapur, de quienes me he servido como verdadera inspiración para crear el ámbito en el que se mueven los personajes de la novela. Para quienes deseen saber más o colaborar en la adopción de niños u otras funciones, el correo electrónico de la Fundación Vicente Ferrer en Barcelona es bcncentral@fundaciónvicenteferrer.org y en Anantapur fvfisdn@sancharnet.in.

Mi recuerdo a cuantos conocí en mis distintos viajes a la India en Bombay, Aurangabad, Jodhpur, Udaipur, Jaipur, Ajmer, Agra, Varanasi (Benarés), Nueva Delhi, Amritsar, Madrás, Bangalore, Mysore, Madurai, Mahabalipuram, Pondicherry, Chidambaram, Cochin, Trichy y tantos pueblos de cuyo nombre es difícil acordarse.

El guión de esta novela, que forma parte de un experimento literario que he denominado Proyecto RMK, fue escrito en San Pedro de Majagua, Isla Grande (Parque Nacional Los Corales del Rosario y San Bernardo), Islas de Rosario, cerca de Cartagena de Indias, Colombia; y el texto en Vallirana, Barcelona, entre junio y julio de 2004.

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

